

¡INCLUYE
8
PÁGINAS
CON FOTOS
A COLOR!



STAR EL DESPERTAR DE LA FUERZA WARS™

LA NOVELA

 Planeta

HACE MUCHO TIEMPO, EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA...

Revive la emoción de una de las películas más esperadas de todos los tiempos en las páginas de este libro lleno de acción: ***Star Wars. El despertar de la Fuerza.***

Muchos años han pasado desde que el Caballero Jedi, Luke Skywalker y la Alianza Rebelde triunfaron sobre el malévolo Imperio y la galaxia ha estado en paz. Pero ahora, el poder del mal ha vuelto a levantarse. Los valientes hombres y mujeres de la Resistencia deberán luchar contra Kylo Ren y la temible Primera Orden.

La adaptación del autor Michael Kogge transmite la aventura y la acción de la exitosa y taquillera película. ¡Busca en su interior exclusivas escenas!

STAR EL DESPERTAR DE LA FUERZA WARS

El despertar de la Fuerza

(La Novela)

Michael Kogge

Basado en el guión cinematográfico de Lawrence Kasdan & J. J. Abrams

y
Michael Arndt

NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: The Force Awakens: A Junior Novel*

Autor: Michael Kogge

Traducción: Paola Carola Gómez Lagunes

Publicación del original: 2016



30 años después de la batalla de Endor, 34 años después de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Michael Kogge

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

Luke Skywalker ha desaparecido. En su ausencia, la siniestra PRIMERA ORDEN se levantó de las cenizas del Imperio, y no descansará hasta que Skywalker, el último jedi, sea destruido.

Con el apoyo de la REPÚBLICA, la general Leia Organa lidera la valiente RESISTENCIA. Está desesperada por encontrar a su hermano Luke, y así lograr que los ayude a restaurar la paz y la justicia en la galaxia.

Leia ha enviado a su más intrépido piloto a una misión secreta a Jakku, donde un viejo aliado ha descubierto una pista acerca del paradero de Luke...

PRÓLOGO

HACE MUCHO tiempo existió la Antigua República, un gobierno justo y benévolo que mantuvo unida a la galaxia durante cientos de años. Una paz suprema reinó bajo una gran democracia. La ciencia y la tecnología se desarrollaron, nuevos sistemas estelares fueron descubiertos y poblados, las artes florecieron y los ciudadanos decían lo que pensaban. Se estableció un Senado Galáctico, el cual le otorgó voz en el gobierno a cada planeta miembro. Pero, como todo aquello que envejece, la República comenzó su declive; sus partes comenzaron a desintegrarse y su núcleo se pudrió. La guerra se convirtió en una tragedia cotidiana. Cuando, finalmente, se declaró la muerte de la República, esta ya era un recuerdo difuso en la mente de sus ciudadanos.

Hace mucho tiempo existió una mística orden de Caballeros Jedi. Ellos eran los guardianes de la paz y la justicia de la Antigua República. Las leyendas contaban que poseían habilidades más allá de lo ordinario, que incluían poderes de la mente, fuerza invisible, sabiduría y adivinación. Pero, aun siendo tan sabios como eran, los jedi no lo fueron tanto como para entrever el mal en el interior de su adorada República. Aquellos amigos y aliados en los cuales los jedi depositaron su confianza, los traicionaron y mataron.

Hace mucho tiempo existió un Imperio Galáctico, que nació de las cenizas de la República, aunque era totalmente lo opuesto a todo aquello por lo que la República peleó alguna vez. En él nunca existió una gran democracia; un emperador tiránico gobernó con puño de hierro. Las libertades fueron abolidas, la obediencia era la regla, la propaganda invadió las artes; la ciencia y la tecnología solo se desarrollaron para el beneficio de la milicia, los sistemas estelares nuevos y viejos fueron conquistados y saqueados. Los ciudadanos vivieron bajo el miedo al castigo en caso de hablar en contra de los abusos que cometía el Imperio. El Senado se disolvió. Los jedi fueron exterminados. La única voz que importaba era la del Emperador. Sin embargo, por más que este lo intentó, no pudo extinguir las llamas de la esperanza.

Hace mucho tiempo existió una Rebelión encabezada por unos cuantos entusiastas que atesoraban los principios de la República y despreciaban al Imperio. Al inicio estaba integrada por una variopinta alianza de desafiantes librepensadores, artistas disidentes, nobles progresistas y jóvenes inquietos. La Rebelión comenzó una desorganizada lucha contra el Imperio, que era pequeña y débil, incapaz siquiera de ganar una refriega ni mucho menos una guerra. A pesar de que las derrotas se apilaban y la victoria parecía asunto imposible, aquellos rebeldes no se rindieron. Encontraron la esperanza en los actos heroicos de un joven llamado Luke Skywalker, quien aprendió las enseñanzas jedi y ayudó a ponerle fin a la tiranía. Con la misma velocidad con la que el Imperio se erigió, también cayó. Una Nueva República se levantaría.

Hace mucho tiempo, sin importar cómo, la guerra de la galaxia comenzó y es casi imposible detenerla. De hecho, la Nueva República surgió para restablecer la paz. No todos estaban convencidos de regresar a la democracia. La guerra civil había endurecido

muchos corazones. Aquellos planetas que defendieron la disciplina imperial se separaron de la Nueva República y se hicieron llamar la Primera Orden. Su objetivo era destruir a la Nueva República y devolver a la galaxia las falsas glorias del Imperio. Pocos en la Nueva República percibían en la Primera Orden una amenaza real, y aquellos que sí lo hicieron organizaron un contragolpe; sin embargo, contra el creciente poderío militar de la Primera Orden, la Resistencia comenzó a parecer demasiado pequeña: ya era muy tarde.

El único que tenía el poder para ayudar dicha causa era un hombre llamado Luke Skywalker, pero nadie sabía dónde encontrarlo.

CAPÍTULO 1

LA GUERRA se aproximaba al planeta Jakku.

Su heraldo era el colosal crucero de batalla conocido como *Finalizer*. Atravesaba las profundidades del espacio sin preocuparse por una emboscada. Contaba con alrededor de tres kilómetros de distancia entre proa y popa; el Destructor Estelar ponía los nervios de punta con sus cañones turboláser, sus rayos tractores, sus generadores de escudos, así como con sus lanzamisiles. Y eso era solo en el exterior.

En su interior, el *Finalizer* albergaba el verdadero armamento: su tripulación. Cientos de oficiales, artilleros, soldados y técnicos estaban ahí reunidos con un solo propósito: convertir a la Primera Orden en el poder que dominara la galaxia. Su devoción hacia la causa era inquebrantable, y esa lealtad engendró una eficiencia mortal. Las órdenes se cumplían exactamente como eran solicitadas, sin miramientos hacia cualquier consecuencia moral. En las mentes de quienes conformaban la tripulación, la Primera Orden siempre estaba en lo correcto.

Aquellos que llevaban a cabo la voluntad de la Primera Orden en el campo de batalla eran llamados «soldados de asalto». Y tal como los Destrucción Estelares de la Primera Orden, estos no solo inspiraban temor, sino terror.

Los soldados de asalto portaban la misma armadura blanca que había sido el símbolo más reconocible del antiguo Imperio, pero ahora refinada. El armazón era más ligero y menos voluminoso, lo que proporcionaba mayor flexibilidad y libertad en el movimiento. El rostro tan particular que representaba la brutalidad del Imperio, el casco del soldado imperial, se había simplificado. Su visor se había alargado para permitir un mayor campo de visión, sin perder su ligero parecido con el cráneo humano.

Pero aquellos soldados de la Primera Orden eran más que soldados ordinarios con atemorizantes armaduras. Sus habilidades en el combate los diferenciaban. Habían sido seleccionados para unirse a las filas desde su infancia. Así, los cuerpos de soldados de asalto se convirtieron en sus familias y sus códigos alfanuméricos se convirtieron en sus nombres. Sus entrenamientos eran tan meticulosos y tan disciplinados que nada los atemorizaba. Sacrificarían sus vidas sin dudar un instante o cometerían cualquier acto atroz si se les ordenaba. La culpa nunca les preocupaba: la Primera Orden siempre estaba en lo correcto.

Dado que hacía poco tiempo que había sido asignado como soldado de asalto de tiempo completo, FN-2187 se encontraba ansioso por cumplir con su deber.

Avanzó con su tropa hacia un asentamiento en el desierto. La mayoría de los aldeanos habían escapado, aunque unos cuantos, vestidos con nada más que harapos, montaron una defensiva que resultó ser débil y de corta duración. Por cada disparo que hacía un aldeano con un bláster deportivo o con un slugthrower, los soldados de asalto disparaban muchas veces más con sus rifles. El primer soldado en regresar los disparos era casi siempre FN-

2187. El último disparo que hizo derrumbó a un francotirador que se encontraba en un techo.

—¿Puedes darles a otros la oportunidad, Ocho-Siete? Ya tenía a ese último objetivo en la mira —dijo FN-2003 a través de los comunicadores internos del casco.

—¿Para qué? ¿Para que los falles, Slip? —contestó FN-2199, a quien apodaban «Nueves».

—Slip puede fallar lo que quiera, pero necesito matar a alguien —dijo FN-2000, o «Ceros», como lo conocían todos en la cuadrilla de entrenamiento—. No es justo que Ocho-Siete se lleve toda la gloria.

Según el contador de la pantalla en el interior del casco de FN-2187, este había eliminado más objetivos que cualquier otro soldado de la tropa. Sin embargo, la distinción no lo hacía sentirse orgulloso; solo estaba haciendo su trabajo.

Los sensores infrarrojos de FN-2187 detectaron un ligero movimiento al otro lado de la calle. Amplificó la visión. Una mujer con el cabello lodoso se agachó detrás de una estacada; temblaba, y los dientes le castañeteaban. Observó a los soldados y metió la mano en su bolsillo; lo que sacó de ahí era oscuro y redondo, con la misma forma de una granada.

—¡Todos al suelo! —FN-2187 se tiró. Sus camaradas hicieron lo mismo.

A un latido de tirar del gatillo, el casco de FN-2187 reconoció el objeto entre las manos de la mujer como una fruta nativa: un gugu. Ella la mordió, probablemente para calmar sus incesantes dientes y así aliviar su temor.

El comunicador estalló en risas.

—Cuidado, misiles comestibles —bromeó Nueves—. Pueden manchar las armaduras. Ceros se levantó y ajustó la placa de su pecho.

—La mía ya está abollada. Gracias, Ocho-Siete.

—Hago lo que puedo —contestó FN-2187, continuando con la broma. Había estado a punto de dispararle a alguien que no era un combatiente enemigo. Necesitaba ser más cuidadoso.

Una mano con un guante negro lo alcanzó para ayudarlo a levantarse. Era FN-2003, Slip.

—Sin importar lo que digamos, Ocho-Siete, tu tiempo de reacción para reevaluar al objetivo fue increíble.

—Dudo que yo hubiera sido capaz de no tirar del gatillo —agregó Nueves.

—Por eso siempre te quedas sin municiones, Nueves —dijo Ceros, y los cuatro miembros de la tropa se rieron.

El incesante ruido de la contienda se detuvo.

—Soldados, abandonen el servicio —indicó una voz severa proveniente de unos altavoces ocultos—. La simulación ha terminado.

El pueblo del desierto desapareció. FN-2187 y los demás soldados de la tropa se encontraron a sí mismos de pie, ante el blanco vacío en el cuarto de simulación del *Finalizer*. Los cientos de agujeros que cubrían las paredes, el techo y el piso ya no

proyectaban las imágenes holográficas que habían logrado que el entrenamiento pareciera tan real.

—Reúnanse para un despliegue inminente —retumbó la voz sin cuerpo.

Al dirigirse con su tropa hacia el hangar, FN-2187 notó una emoción palmaria entre sus camaradas. Ocho-Siete la sentía, acompañada de un sentimiento de alivio. No más simulaciones. Estaban a punto de embarcarse en su primera misión de combate verdadera.

En la bahía de acoplamiento, otras tres tropas de soldados de asalto se les unieron desde entradas opuestas. Todas avanzaron hacia donde se encontraban las hileras de cazas TIE, y se detuvieron al mismo tiempo, equidistantes a la capitán Phasma, líder de las legiones de soldados imperiales de la Primera Orden.

Phasma se detuvo frente a cuatro transportes de tropas. Su impecable armadura cromada lucía reluciente. El símbolo de su cargo, una capa negra con una cinta roja en los bordes, colgaba sobre su cuerpo, con un broche en el hombro izquierdo.

—Soldados —dijo con una voz modulada a través de su casco—, su objetivo es simple: capturen a este fugitivo de la justicia a cualquier costo. —Sacó un holopad personal. La imagen miniatura de un humano anciano, que vestía prendas de arpillera, se materializó por encima de la palma de su mano—. Se hace llamar Lor San Tekka y es un jurado enemigo de la Primera Orden. Soliciten apoyo inmediato en caso de encontrarlo. Necesitamos atraparlo vivo para que sea interrogado.

FN-2187 estudió el holograma azulado del hombre. El fugitivo debía ser muy importante como para justificar que la Primera Orden enviara un Destructor Estelar y cuatro tropas de soldados de asalto para atraparlo.

—¿Alguna duda? —preguntó Phasma.

Todos los soldados permanecieron en silencio e inmóviles, sujetando los rifles con ambas manos. Phasma dio un paso hacia adelante.

—Para la mayoría de ustedes esta será su primera experiencia real de combate. No puedo creer que ninguno de ustedes tenga preguntas o preocupaciones.

FN-2187 alzó la mano.

—Hable, Dos-Uno-Ocho-Siete —dijo Phasma.

FN-2187 regresó su mano hacia el rifle.

—¿Qué hay con el daño colateral? ¿Cómo prevenimos la pérdida de civiles?

—No lo hacen —contestó Phasma—. Esos aldeanos podrán parecer pobres e indefensos, pero le han declarado la guerra a la Primera Orden al darle refugio a un conocido enemigo. Si no se rinden a la primera, hagan lo que sea necesario. —Se dio la vuelta para dirigirse a todos los soldados—. ¿Entendido?

—Sí, capitán —respondió FN-2187, y su voz se perdió en la respuesta de sus camaradas.

—Todos recuerden no pensar demasiado la situación. Confíen en su entrenamiento, sigan las órdenes, y regresarán victoriosos en menos de lo que esperan. —Phasma hizo un

gesto con su rifle—. Ahora pueden abordar el transporte que les fue asignado —dijo—. Larga vida a la Primera Orden.

FN-2187 y el coro de soldados de asalto repitieron la frase.

—¡Larga vida a la Primera Orden!

Los soldados saludaron a la capitán Pasma mientras marchaban hacia los transportes. La mirada de ella pareció detenerse en FN-2187 durante un momento más largo que en los otros. O tal vez solo eran los nervios del soldado. Él sabía que Pasma esperaba grandes cosas de él. Tiempo atrás, ella lo había elogiado antes que a sus colegas como uno de los nuevos cadetes más fuertes. Pero ya no era un cadete. Ahora era un soldado de asalto de la Primera Orden, y estaba a punto de poner a prueba su entereza en la «realidad», en un escenario de vida o muerte. En esa misión les podría enseñar a sus camaradas que él merecía su lugar en ese rango; les comprobaría a la capitán Pasma y a la Primera Orden que había valido la pena lo que habían invertido en él.

Siguiendo el ejemplo de sus compañeros, FN-2187 saludó a su capitán y abordó el transporte, listo para hacerse cargo de la Resistencia.

Una de las ventajas de ser un piloto de caza estelar era que podías viajar a través de la galaxia. Poe Dameron la conocía desde los bordes hasta el núcleo, por haber pilotado primero para la Nueva República y después para la Resistencia; pedazos de rocas inertes, lunas boscosas, planetas de lodo que estuvieron a punto de devorar su X-wing y un buen número de planetas desérticos, como Jakku. La general Leia Organa lo envió en una misión secreta, en una «misión vital para la supervivencia de la Resistencia», le dijo, una misión que podría ayudarla a encontrar a su hermano perdido, Luke Skywalker.

Hasta ese momento, la misión había resultado según lo planeado. Se introdujo a la atmósfera de Jakku, rodeado de oscuridad, y escondió su X-wing debajo de un denso afloramiento rocoso. Le ordenó a su esférico droide astromecánico BB-8 que hiciera el racionamiento mientras se ponía su chaqueta de vuelo y viajaba a través del helado desierto nocturno hacia la cercana villa de Tuanul. Ahí, entre las carpas y chozas, vivía Lor San Tekka, el hombre al que Poe debía contactar.

Los aldeanos no eran los más amigables, pero tampoco lo molestaron. Jakku era un planeta donde cada quien se hacía cargo de sus propios asuntos, por razones que resultaban claras. La galaxia era un enorme lugar, llena de planetas que albergaban climas mucho más templados. Todos aquellos que a duras penas se ganaban la vida en el planeta desértico o habían nacido ahí o intentaban ocultarse de algo. Lo mejor era no hacer preguntas ni echar un vistazo indiscreto; nunca podías estar seguro de a quién harías enojar.

Tekka no pareció sorprendido en lo más mínimo con la llegada de Poe. Le hizo un gesto para que entrara a su choza y lo saludó con una cálida sonrisa. Tekka era humano y viejo, muy viejo, arrugado en lo que parecían las líneas de expresión de varias vidas. El

hombre debió haber estado en su mejor época durante las Guerras Clones, un conflicto que se había peleado alrededor de medio siglo atrás. La galaxia había cambiado mucho desde ese entonces, y un hombre entrado en años como Tekka lo había presenciado todo.

El anciano se puso de pie, y se mostró alto y fuerte, sin manifestar ninguno de los padecimientos habituales que la vejez conlleva. Cuando se dirigió a Poe, su tono fue cálido y genuino, como si se hubieran conocido desde siempre. Charlaron un poco de temas triviales, lo cual era parte del juego, para no llamar la atención de algún fisgón. Pero la breve charla terminó cuando Tekka le entregó a Poe una delgada y pequeña bolsa de piel. Después puso sobre ella su mano.

—Esto hará que las cosas se compongan —dijo, quitando su mano y dejando que Poe sujetara la bolsa.

—La leyenda dice que este mapa es imposible de obtener —dijo Poe—. ¿Cómo lo hizo?

El anciano solo le sonrió y Poe le correspondió la sonrisa.

—No me va a contar nada, ¿verdad? Está bien. —Sujetó la bolsa con fuerza—. He escuchado historias de sus aventuras desde que era niño. Es un honor poder conocerlo.

El anciano reaccionó a la admiración de Poe con un gesto severo.

—He viajado lo suficientemente lejos como para ignorar la angustia colectiva que amenaza con sumergir a la galaxia en una oscura desesperanza —dijo el anciano—. Algo debe poder hacerse, bajo cualquier costo, bajo cualquier peligro. Sin los jedi no puede existir el balance de la Fuerza. Así todo sería entregado al lado oscuro.

Poe era lo suficientemente sensato para saber que no debía hablar acerca de los jedi o de la Fuerza. Esos temas no correspondían a su jerarquía.

—La general ha estado buscando esto durante mucho tiempo —aseguró.

—«General». —La sonrisa del hombre regresó a su rostro—. Para mí, ella es de la realeza.

—Claro, pero no la llame «princesa» —advirtió Poe—. Al menos no frente a ella. No le gusta para nada.

Estaba a punto de partir cuando BB-8 entró girando a la choza. Aquellos que ignoraban las capacidades del droide siempre comentaban algo acerca de lo adorable que parecía. Algunos comparaban su cabeza en forma de cúpula y su cuerpo redondo con un tazón para fruta volteado encima de una esfera naranja y blanca. Pero las apariencias engañan, pues ese diseño hacía que BB-8 fuera el compañero más apto en operaciones de espionaje. El droide le reportó a Poe, con urgentes pitidos, lo que había visto en el reconocimiento fuera de la villa.

Poe sacó sus quadnoculares y se apresuró a salir; Tekka iba detrás de él.

Enfocándose en el cielo, los quadnoculares revelaron cuatro transportes que se acercaban de prisa. Al instante, Poe reconoció la marca y el modelo de los vehículos. Era la Primera Orden.

La guerra se aproximaba al planeta Jakku.

CAPÍTULO 2

UN ESPÍRITU de camaradería invadía el transporte de la Primera Orden. Entre todos se daban palmadas en la espalda. Las armas eran inspeccionadas. Se intercambiaron algunas bromas desenfadadas. ¿Acaso FN-2000 lograría ser preciso al transmitir los datos de ubicación? ¿Acaso FN-2199 se quedaría sin municiones en el bláster? ¿Acaso FN-2003 sería capaz de seguirles el paso o se quedaría detrás de los demás? ¿Acaso FN-2187 podría permanecer con el casco puesto?

FN-2187 se rio con sus camaradas, pero sabía que debía concentrarse y no dejar que la euforia que le generaba la misión nublara su preparación. El gesto de apoyo de FN-2003 le confirmó a FN-2187 que el suyo era un sentimiento generalizado. El transporte de la tropa se estremeció cuando tocó el suelo. FN-2187 se mantuvo firme: sólido, inmóvil, listo. Los compañeros de su tropa hicieron lo mismo. Era su momento. Era aquello por lo que habían entrenado durante años. Alguna vez recordarían ese día como el inicio de lo que sería una larga e ilustre carrera en los cuerpos de soldados de asalto.

La trampa se levantó. La rampa se extendió. El visor del casco de FN-2187 compensaba la oscuridad de la noche. Sería capaz de mirar a los enemigos en potencia con el infrarrojo. Pero hubo que esperar un momento para que el polvo que había levantado el aterrizaje se asentara y le permitiera a FN-2187 tener una vista completa del campo de batalla.

La aldea era aún más pequeña y triste que como había sido retratada en las simulaciones. Las desgastadas carpas y las arenosas chozas difícilmente parecían el refugio adecuado para los combatientes de la Resistencia. Pero la tarea de FN-2187 no consistía en cuestionar a sus superiores, sino en seguirlos. La Primera Orden siempre estaba en lo correcto.

FN-2003 golpeó su hombro. FN-2187 lo golpeó también.

Alguien dio la señal.

FN-2187 marchó con sus camaradas hacia la batalla.

Poe subió a la cabina de mando de su X-wing y encendió los sistemas. Se sintió culpable de escapar mientras los soldados de asalto de la Primera Orden atacaban Tuanul, pero Lor San Tekka no dejó que se quedara; le dijo que su misión era demasiado importante. Los riesgos eran altos. El destino de la galaxia entera dependía de que Poe entregara el artefacto que había recibido de Lor San Tekka.

La galaxia entera. Tekka no se andaba con rodeos.

BB-8 se balanceó hacia delante y hacia atrás en la base para astromecánico, detrás de la cabina de mando. El droide comenzó a impacientarse.

—Ya vamos, ya vamos —le indicó Poe.

Activó los repulsores y comenzó a sacar la nave del afloramiento rocoso. Un momento después, ya tenía el camino despejado para despegar.

Se escuchó un agudo *ping-ping* y, de pronto, la nave se sacudió. Poe tomó la palanca de vuelo para evitar que el X-wing se estrellara contra la roca que lo rodeaba. Estaban recibiendo disparos enemigos. Su escáner mostró a dos soldados de asalto acercándose a la nave, con los rifles en alto.

Los soldados no estuvieron mucho tiempo de pie. Poe disparó con el cañón láser desplegable de su caza, prendiéndoles fuego a los soldados y a la abundante vegetación vecina.

Más soldados debían estar en camino. Poe debía irse. Descartó toda la revisión previa y arrancó los motores. El X-wing traqueteó en respuesta. Poe saltó de la cabina de mando y revisó el fuselaje. BB-8 saltó de su base para acercarse a él.

El daño era más severo de lo que Poe imaginaba. Dos de los motores echaban humo; habían sido atacados en los puntos más débiles. Aquellos soldados de la Primera Orden conocían los lugares precisos que dejarían inservible un X-wing. Poe no abandonaría Jakku en poco tiempo.

Recuperó la bolsa de piel que Tekka le había entregado y sacó lo que guardaba: un objeto curioso que parecía un manojo de bloques plateados de distintos tamaños. Los bloques estaban pegados los unos con los otros, y algunos tenían cuadros y rectángulos rojos visibles a los lados. Por pequeño que fuera, el objeto era capaz de preservar lo bueno que había en la galaxia.

El tamaño no determinaba lo que verdaderamente importaba. BB-8 se lo demostraba todos los días. Fue por eso que Poe confió en que el pequeño droide mantendría seguro lo que Tekka le había entregado y completaría la misión en su ausencia. Así que insertó el objeto en la ranura frontal de información de BB-8.

—Vete tan lejos como puedas. Volveré por ti.

El droide le chilló una negativa a su dueño, pues no quería partir.

—¡Vete! —le dijo Poe, y después bajó el volumen de su voz. Él apreciaba su leal compañía de una manera que pocos humanos demostraban a los astromecánicos—. Voy a acabar con tantos cabezas de cubeta como pueda. Todo estará bien. Volveré por ti.

BB-8 pitaba objeciones, pero no convencería a Poe.

—¡Anda! Todo estará bien —le repitió.

El pequeño droide se alejó, guardando en su memoria información vital para la seguridad de la Resistencia: la pista del paradero de Luke Skywalker, el último de los jedi.

CAPÍTULO 3

LA BATALLA para tomar Tuanul mostró que no era nada parecido a las simulaciones en las cuales FN-2187 y su tropa habían practicado. Los aldeanos no se encogían aterrorizados ni se rendían ante los relucientes soldados de asalto. En lugar de eso, peleaban con una ferocidad que los drones de entrenamiento y los soldados holográficos no habían exhibido nunca. Algunos se acercaron a los soldados con la cabeza en alto, disparándoles con sus armas de cacería. Otros se escondían detrás de los cráteres y derribaban a los soldados aleatoriamente. Podías morir y ni siquiera saber que habías sido herido a causa de un disparo.

Como parte de la última tropa que llegó al lugar, FN-2187 ni siquiera había disparado su arma de mano cuando FN-2003 se desplomó en el suelo. Su armadura humeaba. FN-2187 de inmediato se dejó caer a un lado de su amigo. Deseaba brindarle algo de ayuda médica, pero su herida era demasiado grave. Ya no había nada qué hacer por el soldado al que todos llamaban Slip.

FN-2187 contempló a FN-2003. Solo los dedos de Slip se encontraban expuestos, extendiéndose fuera de un guante desgarrado y sangriento.

El interior del casco de FN-2187 se empapó, y no precisamente de sudor. Se sintió aliviado de que Slip no pudiera ver su rostro. Sus lágrimas habrían traicionado las incontables horas de entrenamiento y disciplina.

Los dedos de FN-2003 dejaron de extenderse.

Después de permanecer un momento junto a su amigo, a manera de homenaje, FN-2187 se levantó. Avanzó tambaleándose hacia la aldea, sin pensar. El fuego que encendieron los soldados lanzallamas consumió edificios y cuerpos. El humo cubrió todo como un sudario.

Al dar la vuelta en la esquina se topó con una aldeana que no era precisamente un cadáver. Instintivamente levantó su bláster. Ella se detuvo, no llevaba ningún casco que ocultara su terror. El terror de que ese pudiera ser su final, de que FN-2187 accionara su rifle y convirtiera su cuerpo en llamas.

FN-2187 bajó su arma. La mujer no se movió; lo miró, confundida. Él la miró y pensó en Slip.

Un estruendo los distrajo a ambos. Ella escapó. FN-2187 estiró el cuello para ver qué pasaba.

Una flamante nave plegó sus alas y descendió a tierra. Era de una clase exclusiva para los altos miembros de la Primera Orden.

Una vez que se encontró firme sobre la tierra, la trampilla se abrió y apareció un hombre envuelto en una oscura túnica. Sobre su rostro llevaba una máscara metálica. Era uno de los más altos encargados del Líder Supremo: Kylo Ren.

FN-2187 no podía quitarle la mirada de encima a Ren, quien caminó hacia el corazón de la embravecida pelea. Cada paso transmitía su fuerza y su poder.

Alguien le dio a FN-2187 una palmada por detrás, con tal fuerza que lo hizo tambalearse. Uno de los comandantes del escuadrón estaba detrás de él.

—Regrese con su equipo. Esto aún no ha terminado. FN-2187 hizo lo que le pidieron, no sin antes mirar atrás. Sin embargo, la imponente figura de Kylo Ren había desaparecido entre el humo negro de la batalla.

Cuando BB-8 se encontró lejos, a una distancia segura, Poe Dameron se dirigió hacia la aldea, esperando poder salvar a algunos de los inocentes habitantes de ser asesinados.

El humo y los escombros lo ocultaron de los soldados de asalto, pero no de los cadáveres que tenían los ojos abiertos y que tenía que esquivar. Sus muertes le recordaron por qué se había unido a la Resistencia. La Primera Orden recurría a la única estrategia que conocía para resolver conflictos: la violencia.

Dos siluetas conversaban al frente. Poe se acercó con cuidado. Una era ni más ni menos que Lor San Tekka, alto, de pie, en sus vestimentas típicas del desierto. Pero la otra silueta casi hizo que Poe regresara corriendo a su X-wing.

Había sido advertido sobre ese hombre: su nombre era Kylo Ren, y parecía que había salido de las páginas más oscuras de la historia galáctica. Vestía completamente de negro, un gran cinturón le rodeaba la cintura y una oscura túnica le colgaba de los hombros; llevaba una capucha sobre la cabeza y su rostro estaba cubierto con una máscara de metal.

Poe se mantuvo en su escondite y aguzó el oído para escuchar a ambos hombres. Era difícil a esa distancia, con las explosiones de la batalla que aún continuaba, pero creyó escuchar a Tekka decir que Ren no pertenecía a la Primera Orden, que Ren había rechazado su propia herencia.

Lo que era claro era que Ren quería algo del anciano, y Tekka no estaba dispuesto a dárselo.

Poe desenfundó su bláster y abandonó su escondite. Necesitaba estar más cerca para tener una mejor puntería y matar a Ren. Si fallaba, dudaba que Ren le diera una segunda oportunidad.

Poe siguió escuchando la conversación conforme se acercaba.

—Podrás intentarlo —le dijo Tekka a Ren—, pero nunca podrás negar la verdad que es parte de tu familia.

Ren pareció elevarse en estatura. Un cilindro metálico voló hacia su mano; en él se encendió una ardiente espada roja. Dos rayos conformaron la empuñadura. Era la legendaria arma de los Caballeros Jedi: el sable de luz.

—Eso es muy cierto —gruñó Ren a través de su máscara, y balanceó su sable, atravesando al anciano indefenso. Lor San Tekka no volvió a hablar.

Poe Dameron gritó, disparándole a Ren. No dejó que su dedo se alejara del gatillo. No le importaba nada. Ren volteó y mantuvo la palma de su mano abierta. Los disparos de Poe se detuvieron en el aire, congelándose en el vuelo, crepitando llenos de energía.

Poe estuvo en lo correcto, no tendría una segunda oportunidad para matar a Ren. Quizá no tendría una segunda oportunidad para nada. Con una mirada de Ren, Poe se congeló. De pronto fue incapaz de disparar su bláster o siquiera de mover sus extremidades. La mirada diabólica del hombre enmascarado parecía mantener a Poe paralizado.

Dos soldados imperiales llevaron a Poe hacia Ren. Poe no pudo resistirse a su fuerza, pues no podía moverse. Kylo Ren guardó su sable láser y lo ajustó en su cinturón. Miró a Poe. Sus ojos estaban escondidos detrás del visor de su máscara.

Poe intentó parecer despreocupado por su situación.

—¿Quién habla primero? ¿Tú? ¿Yo?

—Por lo que veo es un piloto de la Resistencia —indicó Ren a los soldados, ignorando las preguntas de Poe—. Revísenlo.

Un soldado llevó a cabo la solicitud de Ren con el deleite propio de un matón: lo golpeaba en lugar de registrarlos solamente. El otro pasó un escáner personal sobre el cuerpo de Poe, desde la cabeza hasta los pies.

Decepcionado por el resultado de la examinación, el soldado que maltrató a Poe notificó a Ren:

—Nada, señor.

El segundo soldado contempló la lectura de su escáner.

—Lo mismo por aquí, señor. Este no tiene nada por dentro. ¿Lo liquidamos?

Poe permaneció inmutable ante la mirada del hombre enmascarado. Si iba a morir ahí, lo haría con dignidad.

—No —contestó Ren—. Llévenlo a la nave.

Los soldados se llevaron a Poe, quien, lejos de la presencia de Ren, por fin pudo volver a mover los músculos.

Lamentablemente no se encontraba en condiciones de utilizarlos para dar respuesta a los alaridos que escuchaba, provenientes de la aldea. Por el momento, Kylo Ren había perdonado la vida de Poe, pero los aldeanos no habían corrido con la misma suerte. Una descarga del fuego de varios blásters finalmente acalló su sufrimiento.

En cuanto fue arrojado hacia un transporte de tropas, Poe se preguntó si habría sido mejor formar parte de los aldeanos acribillados en lugar de enfrentarse a lo que le esperaba.

Al menos BB-8 estaba allá afuera, en algún lugar.

CAPÍTULO 4

EN JAKKU, cuando alguien mencionaba algo acerca de los Destruidores Estelares, las miradas no se dirigían al cielo sino a las arenas lejanas. Si alguien viajaba a las profundidades del desierto, más allá del Puesto de Niima, las naves eran justamente lo que encontraría. En las dunas sobresalían imponentes, como enormes puntas de lanza enterradas, los descomunales escombros de los Destruidores Estelares imperiales. Algunos restos de naves menores estaban regados alrededor de los titanes accidentados, como las reliquias de una terrible batalla que era mejor dejar en el olvido.

La mayoría evitaba ese cementerio a toda costa. Las violentas tormentas de viento de Jakku habían erosionado las ruinas, convirtiéndolas en auténticas trampas mortales. Sus pisos oxidados podían desmoronarse bajo los pies de algunos desafortunados visitantes. Las vigas podían tambalearse y colapsar. Las viejas cañerías podían reventarse, rociando fluidos peligrosos.

Rey no tenía miedo, no podía darse ese lujo. Si no enfrentaba esos peligros, no comía.

Se colgaba de la pared de un Destructor demolido y utilizaba sus herramientas para extraer algunos componentes que el óxido no hubiera devorado. La nave se volvía un tesoro escondido cuando encontraba láminas metálicas y tecnología militar que, si limpiaba adecuadamente, podía intercambiar por una comida o dos en el Puesto de Niima.

Tenía diecinueve años y esa era su vida. Pasaba los días aventurándose en lugares peligrosos, recolectando aquello que otros llamaban «basura». Es necesario admitir que tenía habilidades de chatarrera, pero no por elección. En Jakku, los trabajos legítimos eran tan escasos como el agua, por lo que necesitaba hacer algo con lo que tenía a mano, como recoger chatarra de los deshuesaderos e intercambiársela a Unkar Plutt por raciones de comida.

Una vez que recolectó tanto como pudo, Rey descendió lentamente y con cuidado por el muro. Vestía el atuendo de desierto, con goggles verdes que le protegían los ojos, una mochila llena a reventar sobre los hombros y su báculo de soporte entre las correas; se sentía parecida a los pájaros metaleros que también rebuscaban por esa zona. Esas criaturas pululaban en las instalaciones durante la noche, masticando el metal corroído y el cableado que estaba suelto, ayudando a convertir los Destruidores en polvo.

Rey cayó al suelo cerca de un montón de piezas que había rescatado antes. Lo levantó con ambas manos. Los músculos le dolían por el peso, pero su estómago le dolería aún más si no lo llevaba consigo.

El abrasador sol de Jakku le dio la bienvenida cuando salió del interior del Destructor. Dejó en el suelo lo que había encontrado, se quitó los goggles y bebió de su cantimplora.

Desde el lugar en el que estaba parada, tenía la vista completa del deshuesadero que la rodeaba. La arena había cubierto la mayoría de las naves más pequeñas de aquella

batalla, que sucedió en un pasado remoto. Pero, ahí y allá, algo metálico sobresalía, como el panel solar de un Caza TIE o la punta de un viejo X-wing.

Sostuvo la cantimplora sobre su boca y le dio unas palmaditas, desesperada por vaciar hasta la última gota. Cuando nada más salió, la enganchó en su cinturón. Deseó que aquello que había recolectado pudiera saciar su sed y satisfacer su hambre durante la noche.

Depositó lo que había reunido en un trineo hecho con un fragmento de chatarra metálica, y después lo empujó por la pendiente. Su speeder estaba estacionado abajo. No era una belleza ni mucho menos; sólo una caja con motores, pero su trabajo actual no requería nada más.

Después encontró otro fragmento metálico. Se colocó sobre él y comenzó a descender por la duna, detrás del material rescatado. Más abajo, se derrapó para detenerse. Se deshizo del trineo, cargó su speeder con su botín y pronto se encontró yendo a toda prisa hacia el Puesto de Niima. El desayuno, la comida y la cena la esperaban... O al menos eso deseaba.

Al llegar al Puesto de Niima, Rey estacionó su speeder y llevó su botín hacia una estructura al aire libre con un toldo que protegía del sol. El lugar funcionaba, principalmente, como una estación de limpieza para aquellos que hacían negocios con el comerciante de chatarra, Unkar Plutt. En unas largas mesas de trabajo, individuos de muchas especies cepillaban y pulían el botín del día. Mientras más nueva y reluciente se viera la chatarra, Plutt pagaría con mejores porciones de comida. Rey encontró un lugar vacío y comenzó a refregar.

Después de que hizo su mejor esfuerzo para lograr que su chatarra pareciera costosa, se acercó a Plutt. Esa era la parte menos favorita de su día. El grasoso crolute se mantenía fresco en una caseta construida con paneles de carguero, en donde determinaba el valor del material encontrado y de la chatarra, como un príncipe de hojalata. Definitivamente había algo de eso: un gorro de piel coronaba su gorda y pelona cabeza, y lonjas de piel colgaban alrededor de su cuello, como un manto real. Su cuerpo estaba tan hinchado como el concepto que tenía de su propia generosidad. Le gustaba creer que era caritativo en sus valoraciones, cuando en realidad no existía individuo más avaro que él en Jakku.

Rey esperó frente a la cabina de Plutt, mientras este inspeccionaba sus bienes entre sus gordas manos.

—Un ofrecimiento decoroso, pero nada del otro mundo —indicó Plutt, tocando su colecta—. El día de hoy tendrás un cuarto de porción.

¿Un cuarto de porción por metal utilizable y componentes de un Destructor Estelar? Rey quiso gritar; Plutt la estaba timando. En cualquier otro planeta lo que ella le había entregado hubiera sido suficiente para vivir, al menos, un mes.

Desafortunadamente, Jakku no era cualquier otro planeta. Era un planeta aislado donde las necesidades básicas valían más que los metales extraños y que la tecnología militar. Para empeorar las cosas, Plutt había comprado o vencido a cualquier otra competencia en el Puesto de Niima, con lo cual había conseguido el monopolio del intercambio local de chatarra. Si Rey quería alimentarse, aun con un cuarto de porción, necesitaba acudir a él.

En la ventanilla de intercambio, ella aceptó sus dos paquetes de raciones. Uno contenía una sustancia harinosa de color café, y el otro, un cuadro de proteína verde.

—Esa es mi chica —dijo Plutt.

Ella odiaba que la llamara así.

Rey preparó la cena en su humilde hogar. Abrió ambos paquetes de raciones y echó el cuadro de proteína verde en la sartén que estaba en una hornilla. Mientras aquello se cocinaba, mezcló en un recipiente la harina café con agua. La reacción química hizo su magia, y una pastosa pieza de pan se elevó.

«Carne y pan» era como Plutt llamaba esa combinación de paquetes, aunque Rey dudaba que supiera como algo parecido a los alimentos verdaderos. Comió en un plato que después lamió por si quedaban sobras de comida. A través de un hoyo que era el resultado de una explosión, y ahora una ventana, observó la estela de humo de una nave que despegaba por encima del Puesto de Niima. Rey se limpió la boca con su manga y contó sus pocas posesiones. Siempre le alegraban el día y le recordaban que había más en la galaxia que la vida en Jakku.

Tenía una muñeca que, cuando era una niña, había cosido con la tela color naranja de un traje de piloto, una lata con flores extrañas que había recolectado en el desierto y la computadora que había construido con chatarra, a la cual le instaló un programa de simulación de vuelo, para practicar el pilotaje de naves estelares. En el lugar donde Rey dormía se encontraba su único lujo: una almohada con plumas de bloggin. Por último, yacía en una repisa el casco dañado de un piloto, que encontró en un X-wing de la época de la Rebelión; no era algo de lo que se pudiera deshacer o intercambiar como chatarra, pues eso habría sido deshonor al piloto que lo portó.

Tomó el casco de la repisa, lo puso en su cabeza y después salió a mirar el atardecer. El visor polarizado protegía sus ojos y le permitía mirar cómo el sol se sumergía en el horizonte. Rey le debía su supervivencia a aquellos que utilizaron esos cascos, pues la gran batalla que libraron la había provisto, hasta ese momento, de chatarra para vender y le había dado un lugar para vivir.

Su hogar no era tan modesto desde el exterior. La oxidada nave se extendía sobre unas salinas como una bestia caída. Rey habitaba en su vientre, en una sección acorazada que alguna vez transportó tropas de soldados de asalto imperiales. La cabina de mando

sobresalía como una cabeza a través de un cuello tubular. Cuatro enormes piernas mecánicas se extendían sobre la arena, congeladas en una posición inerte.

Durante aquella batalla, esa metálica monstruosidad caminó lentamente a través del desierto, dispersando las dunas arenosas y aplastando soldados. Debió haber aterrorizado a aquellos que se atravesaron en su camino de destrucción. El Imperio la clasificó como AT-AT, o Transporte Acorazado Todo Terreno. A Rey le gustaba más su nombre común: «caminante», o como ella la llamaba: «hogar».

Un lamento interrumpió sus pensamientos. Extrañamente no sonaba como alguna de las criaturas que habitaban en esa parte del desierto. El sonido era agudo, casi... ¿electrónico?

Tomó su báculo del caminante y corrió hacia el desierto, hacia donde se originaba el sonido. Se repitió el mismo tono con un ritmo preciso. A juzgar por el sonido, parecía binario: el lenguaje de los droides.

Rey subió a la cima de una duna y observó que los lamentos provenían de un droide esférico con un domo astromecánico. Rodaba dentro de una red, enredándose más y más. Un teedo intentó tirar al droide atrapado hacia el luggabeast acorazado que conducía.

Rey no ambicionaba lo de los otros chatarreros, ya que ella era una de ellos, pero el pequeño droide oponía tal resistencia, defendiéndose enérgicamente, que su captura parecía injusta. Esa no era una unidad binaria de cargamento promedio o un espía sonda. Sus gritos eran ruegos desesperados de ayuda, y Rey tuvo la sensación de que el droide la habría ayudado en caso de que la situación fuera al revés y ella fuera la que estuviera atrapada en la red.

Rey gritó en el lenguaje natal del teedo para llamar su atención. Captor y cautivo detuvieron su lucha y la miraron. Ella siguió gritando, ordenándole al teedo que dejara al droide en paz. El teedo reptiliano silbó a través de su máscara oxidada.

Rey tenía experiencia lidiando con esas especies. Si se mostraba intimidada en lo más mínimo, perdería el duelo de poder. Así que sacó su cuchillo y bajó de la duna, apoyando su báculo en la arena.

El teedo maldijo cuando Rey comenzó a cortar la red que rodeaba al droide, pero permaneció en su luggabeast y no llevó a cabo las amenazas que profería.

Aun así, Rey no iba a permitir que la insultaran; profirió a su vez algunas amenazas y las reforzó apuntándolo con su cuchillo.

El teedo le contestó, despotricando groserías. Pero al final tomó las riendas de su luggabeast y avanzó pesadamente, alejándose.

El droide rodó libre de la red y le pitó enojado al que había sido su captor.

—*Shhh*—indicó Rey, y se arrodilló a la altura del droide—, sólo es un teedo.

Al revisar las condiciones del droide, Rey notó que la antena estaba doblada. Algunas marcas de quemaduras estropeaban su domo. El pequeñín había estado en medio de la acción.

—¿De dónde vienes?

El droide dijo algo con severidad. Rey se burló. Con su habilidad para las cosas mecánicas había logrado aprender a hablar binario con fluidez.

—¿Clasificado? ¿De verdad? Bueno, yo también tengo un gran secreto. Yo guardo el mío y tú el tuyo.

Se levantó y apuntó lejos de su casa.

—El Puesto de Niima está por allá. Mantente lejos de Kelvin Ridge. Mantente lejos de los Campos Movedizos del norte, o te hundirás en la arena. Mientras más te acerques a Niima menos probabilidades tendrás de caer en manos de un teedo merodeador.

Pero sus consejos no fueron tomados en cuenta. En lugar de eso, el droide la siguió mientras ella se dirigía hacia su caminante. Rey se detuvo.

—No puedes venir conmigo. No quiero que nadie esté conmigo. ¿Entiendes?

El droide lloriqueó, pero esta vez ella no se dejaría manipular. Rey lo había salvado y eso debía ser suficiente.

—No, y no me lo preguntes otra vez. No soy tu amiga.

Ella dio grandes zancadas hacia delante, y el droide siguió emitiendo un sonido suave y triste. Rey suspiró y se dio la vuelta. La imagen de una unidad astromecánica rodando sola a través del desierto le parecía absurda; si el droide no caía en una fosa de arena, lo más probable sería que otra tribu de teedos lo capturara, especialmente en la noche, cuando merodeaban en grandes grupos.

—En la mañana te vas —le dijo al droide, y recibió un pitido de agradecimiento—. De acuerdo, de nada. —El droide siguió silbando emocionado. Ella sonrió—. Sí, hay mucha arena por aquí.

El droide astromecánico se presentó formalmente, pitando su denominación.

—¿Be-Be-Ocho? Muy bien. Hola, BB-8. Yo me llamo Rey. —El droide le preguntó si tenía un apellido—. No, solo Rey.

Las preguntas continuaron, esa unidad era una pelotita platicadora.

—No vas a hablar toda la noche, ¿o sí?

BB-8 se disculpó con un último sonido.

—Muy bien —respondió Rey.

Ambos entraron al caminante, donde pasaron la noche en paz y tranquilidad, en cierta manera.

CAPÍTULO 5

LOS SOLDADOS de asalto que sobrevivieron la redada descendieron de los transportes de tropas en la bahía de acoplamiento del *Finalizer*. Un par empujó al piloto de la Resistencia hacia la zona de detención. El resto se apresuró hacia las habitaciones para liberarse de las armaduras estropeadas. FN-2187 no los siguió.

Se alejó de su tropa y se inclinó en uno de los contenedores de desperdicios más cercanos. Se sacó de un tirón el casco manchado de sangre y vomitó todo lo que tenía en el estómago.

Sin importar cuántas veces lo hiciera, no se sentía diferente. Su malestar no había sido causado por algo que hubiera comido, fue causado por lo que vio y escuchó, por aquello en lo que había participado, aquello que no había logrado detener.

Las atrocidades que ocurrieron en Tuanul estaban grabadas en su memoria como una cicatriz ocasionada por un bláster. Los aldeanos habían gritado e implorado por sus vidas, mientras eran colocados en filas frente al escuadrón de soldados de asalto. La mujer a la que había dejado escapar estuvo frente a ellos. Y esa vez no hubo nada que pudiera hacer para salvarla.

La orden para ejecutar a los aldeanos fue del hombre enmascarado con la capa negra, Kylo Ren, quien se la transmitió a la capitán Pasma. FN-2187 y sus compañeros de tropa levantaron sus rifles bláster, esperando su señal.

—¡Fuego! —ordenó la capitán.

Esa había sido la primera orden que FN-2187 desobedeció. Sus camaradas soltaron una salva que no requirió la participación de FN-2187 para ser efectiva. Él miró horrorizado mientras cada uno de los aldeanos se colapsaba y caía. La terrible visión despertó algo en las profundidades de su ser: furia, culpa, voluntad propia. Todo eso revolvió el malestar que ahora vomitaba en el contenedor de desperdicios.

Después de muchos esfuerzos, FN-2187 respiró. No podía decirle a nadie cómo se sentía. Si sus superiores se enteraban, sería interrogado, lo bajarían de rango e incluso podría ser ejecutado por albergar pensamientos rebeldes. Necesitaba mantener en secreto sus verdaderos sentimientos.

Se irguió, en la postura propia de un soldado de asalto, y volteó. Se sorprendió al encontrar a otro soldado con una reluciente armadura cromada y una capa negra de oficial detrás de él.

—Efe-Ene-Dos-Uno-Ocho-Siete —dijo la capitán Pasma—, por lo que entendí, tuvo algunas dificultades con su arma. Por favor, sea tan amable de llevarla a inspección.

Él miró el rifle que aún cargaba. Cuando un comandante de la tropa le preguntó por qué no le disparó a los aldeanos, respondió que su rifle se había atascado, pero esa no era una explicación que a Pasma le interesara escuchar. Su entrenamiento le había enseñado que solo había una respuesta apropiada.

—Sí, capitán.

Ella siguió mirándolo.

—¿Y quién le dio permiso para quitarse el casco?

—Lo siento, capitán. —Y volvió a colocarse el casco.

—Repórtese en mi división —dijo ella.

Después de saludar, FN-2187 se dio cuenta de que mantener su secreto a salvo de sus superiores no iba a ser tarea fácil, descubrirían su traición y no lo verían muy distinto de los habitantes de la aldea: era prescindible.

FN-2187 comenzó a considerar otras opciones.

«Quédate aquí. Volveré por ti, cariño. Te lo prometo».

—¡Sí! ¡Estoy aquí!, ¡estoy aquí! —gritó Rey. Sus ojos se abrieron y miró alrededor del caminante. Las luces del domo de BB-8 brillaban con una intensidad muy baja. Las puertas estaban cerradas. Nada en su hogar se encontraba fuera de lugar.

Como siempre, aquella voz no tenía cuerpo.

Había sido perseguida por un sueño, o más bien, por una pesadilla. En ese punto de su vida no podía decidir qué era. Lo único que sabía era que esa voz iba y venía a su antojo, en ocasiones se ausentaba durante meses, pero, cuando menos lo esperaba, regresaba; nunca la dejaba sola. Nunca.

Se levantó de su colchoneta, y en ese momento BB-8 se iluminó completamente. Aun estando en modo de reserva, sus sensores pasivos estaban activos.

Rey entrecerró los ojos debido a la luz.

—Baja tu intensidad, ¿quieres? Me estás lastimando los ojos.

Las luces del domo de BB-8 se atenuaron, no sin antes hacer una preocupada pregunta.

—Estoy bien —agregó Rey—. Solo necesito un poco de aire.

Tomó su báculo y salió. Cualquiera podría congelarse en el desierto de noche, pero Rey no salía para contemplar las estrellas, sino para sudar.

Con su báculo sostenido en una primera posición, Rey realizó su rutina de ejercicios: saltó, se balanceó, esquivó y atacó. Ella fingía luchar contra enemigos invisibles, los numerosos rufianes de Jakku, que siempre intentaban robar sus hallazgos. Lanzó su báculo entre mano y mano y después lo revoleó con un estilo rápido. Lo clavó en la arena y saltó sobre él sin perder el control.

La única manera en que lograría conciliar el sueño aquella noche y descansar para la recolección de piezas del día siguiente era agotarse primero.

Kylo Ren entró a la celda de detención. El prisionero, a pesar de estar amoratado y herido, intentó levantarse de la silla. Las ataduras lo aseguraban, dejando marcas en las muñecas y los tobillos.

Debajo de la máscara, Ren sonreía. El sufrimiento de sus enemigos le causaba placer.

—No tenía idea de que teníamos al mejor piloto de la Resistencia a bordo —señaló. El nombre del prisionero era Poe Dameron. Los informes de bajas indicaban que había derrotado a muchos valientes pilotos de la Primera Orden en sus enfrentamientos con cazas estelares—. Ponerte al descubierto por tu inútil intento de matarme fue estúpido. Incluso si no hubieras sido lento y débil, Tekka ya estaba muerto —indicó Ren. Dameron forcejeó en su silla una vez más—. ¿Cómodo?

Dameron intentó mover una mano.

—No precisamente.

El piloto lamentaría su sarcasmo después de lo que Ren le haría.

—Ambos queríamos la misma cosa de ese anciano. Aunque fue más sociable contigo que conmigo.

—Quizá debas replantearte tu técnica —respondió Dameron.

Realmente estaba actuando como un estúpido. No tenía idea de la técnica que Ren estaba a punto de usar, la cual lo convertiría en un idiota chismoso. Muy pronto Ren lo sabría todo.

Se acercó al prisionero con los dedos enguantados. A través de ellos, Ren canalizaba corrientes de dolor de su propio abismo sin fin, así como ondas que explorarían las profundidades de la débil mente de Dameron.

—Cuéntame, cuéntame.

Dameron se enderezó. Sus ojos estaban inyectados de sangre, experimentaba una silenciosa agonía mental. Y justo como Ren lo esperaba, el piloto habló.

Una vez que tuvo la información, Kylo Ren se dirigió al puente del Destructor, donde notificó al general Hux, el comandante de la nave.

—El mapa con la ubicación de Skywalker está en un droide. En una unidad BB-8 ordinaria.

El general de cabello pajizo y uniforme negro, cuya inteligencia lo impulsó a la cadena de comando a una temprana edad, contemplaba la pantalla de visualización que mostraba Jakku.

—Eso facilita las cosas. Las indicaciones están en un droide, y ese droide sigue en el planeta.

Ren siguió la mirada del general Hux hasta la pantalla de visualización, y se abstuvo de comentar que, tratándose de encontrar a Luke Skywalker, nada era tan fácil.

Rey terminó su jornada unas cuantas horas antes de lo esperado, en gran medida gracias a BB-8. El diminuto droide no podía cargar nada, por supuesto, pero sus sensores la

ayudaban a localizar mejores objetos. A pesar de que su constante silbido la enojaba, hacía que las horas parecieran pasar más rápido. Y aunque nunca deseó tener a un amigo, el hecho de poder darle salida a sus frustraciones con alguien que la escuchara, aun si ese alguien era un droide, hacía más llevadero el vivir en Jakku.

Pero solo era temporal. Muy pronto todo volvería a la normalidad; ella volvería a estar sola.

Como pago por su ayuda en los deshuesaderos, Rey llevó a BB-8 al Puesto de Niima, para encontrarle un transporte que lo sacara del planeta.

—Hay un comerciante en la bahía tres que tal vez podría llevarte hacia donde sea que vayas —le dijo—. Así que, adiós.

Y echándose el saco al hombro, comenzó a caminar hacia la cabina de Unkar Plutt. BB-8 lloriqueó como un cachorro de happabore. Rey se detuvo y volteó.

—No te rindas. Él aún puede aparecer por aquí, quienquiera que sea tu amigo clasificado —le indicó con actitud engreída—. Confía en mí; soy una experta en lo que se refiere a esperar.

BB-8 soltó un largo y preocupado silbido. A Rey le sorprendía que el droide pudiera expresar una gama tan amplia de emociones con solo unos cuantos sonidos. Ella regresó y se arrodilló ante BB-8.

—Estoy esperando a mi familia. —Sus ojos se llenaron de lágrimas ante el recuerdo—. Algún día regresarán.

Ella nunca había aceptado eso frente a nadie, ni siquiera ante ella misma. El hecho de que ese simple droide la hiciera decir semejantes declaraciones la sorprendía.

BB-8 ajustó el aumento de su fotorreceptor y silbó empáticamente.

—¿Qué? ¡No!, ¡no estoy llorando! —Rey parpadeó para despejar las lágrimas, se levantó y se alejó de la entrometida máquina. ¿Qué le estaba pasando?, ¿llorar frente a un droide?

BB-8 rodó hacia ella, farfullando que su información demostraba lo contrario. Sus sensores habían detectado una condensación en sus ojos.

—¡No estaba llorando! —Pero sí lo había hecho, y seguía haciéndolo. Sin importar cuántas veces parpadeara, las lágrimas seguían saliendo. Así que decidió rendirse y dejó que el droide la siguiera, pero no respondió a ninguna de sus preguntas.

Ella decidió pulir las piezas que encontró ese día. Lo mejor era realizar pronto el intercambio y regresar a su hogar. Ahí podría estar sola y dormir, olvidarse de todo.

Cuando tocó su turno, se levantó y dejó la bolsa en el mostrador. Plutt evaluó su contenido.

—Dos interlifts —señaló, examinando los dos componentes más valiosos que había encontrado ese día—. Te daré un cuarto de porción por el par.

La oferta la insultó, prefería quedarse con hambre esa noche que dejarlo estafarla tan descaradamente.

—La semana pasada cada uno valía media porción, y me comentaste que estabas buscando más.

—Las condiciones han cambiado. —Los anillos de grasa que rodeaban el cuello de Plutt se retorcían mientras la miraba—. ¿Pero qué me dices de ese droide?

La pregunta la sorprendió y lo miró.

—¿Qué con él?

A Plutt se le cayó la baba.

—Te pago por él.

—¿Cuánto?

BB-8 comenzó a emitir sonidos de preocupación.

—Sesenta porciones —contestó Plutt.

¿Acaso Rey había escuchado bien? ¿Había dicho «sesenta porciones»? No había manera de que Plutt ofreciera tal cantidad, ni siquiera por un droide en funcionamiento. Sesenta porciones la alimentarían durante semanas, incluso meses si era mesurada. Seguramente Plutt se había equivocado.

Pero el comerciante de chatarra miró de nuevo al droide y mantuvo su oferta. Eso hizo que Rey sospechara. Rey sabía una cosa acerca de Unkar Plutt: era tan honesto como un merodeador teedo era educado. El valor que Plutt daba siempre estaba por debajo del precio del mercado. De esa manera, él seguía siendo rico, y todos los chatarreros, pobres.

BB-8 le dio un empujón en la pierna, protestando frenéticamente. Rey tecleó un código en su domo. En un instante enmudeció, y su cúpula se deslizó, golpeándose en la tierra.

Rey sintió un poco de culpa, pero por ese precio estaría loca si no lo vendía. Cualquiera en sus zapatos haría lo mismo; era cuestión de supervivencia. Sin embargo, aún no había terminado de negociar. Por primera vez, ella llevaba las de ganar: tenía algo que Plutt realmente quería y no iba a permitir que la embaucara.

—Cien porciones —dijo ella.

La grasa de Plutt ondeó con desprecio.

—Que sean cien, entonces —respondió.

La rapidez de su respuesta la alarmó. De pronto sintió que su oferta había sido demasiado baja y, una vez más, Plutt le había visto la cara.

Rey miró a BB-8, inmóvil sobre la arena del camino. ¿Por qué ese droide era tan valioso?

CAPÍTULO 6

FN-2187 tomó una decisión o, mejor dicho, la decisión «lo tomó a él», después de considerar todas las opciones que no conllevaban interrogatorios, encarcelamiento o ejecución.

No habría podido detener la masacre en Jakku, aún si lo hubiera querido. Sus compañeros de tropa habrían dirigido sus rifles hacia él. Pero quizás había algo que aún podía hacer, alguien a quien podría salvar de Kylo Ren.

El joven oficial encargado en la estación de control del centro de detención parecía tener los ojos adormilados por haber trabajado varios turnos mientras se llevaba a cabo la redada de Jakku. No objetó cuando FN-2187 entró y le dijo que había llegado para liberarlo de su turno. Entusiasmado por ser relevado, el joven estaba olvidando dejar su placa de seguridad hasta que FN-2187 se la pidió.

Una vez que el joven oficial salió, FN-2187 se dirigió al número de celda que mencionaron dos soldados en el desordenado pasillo, y que escuchó sin querer. Pasó la placa sobre el sensor. La puerta de la celda se deslizó, abriéndose.

Sólo un soldado hacía guardia en la celda. El piloto de cabello negro que pertenecía a la Resistencia yacía esposado a una silla, parecía haber sido maltratado física y mentalmente.

—Le llevaré el prisionero a Kylo Ren —le indicó FN-2187 al guardia de la celda.

La sola mención del nombre de Ren hizo que el guardia se pusiera en acción de inmediato. Liberó al prisionero de la silla y lo puso de pie. FN-2187 hizo el resto: arrastrando al piloto a través de la entrada, mantuvo la boca del bláster en la espalda del hombre y lo empujó afuera del centro de detención.

—Da la vuelta aquí.

Cuando se encontraron en un pasillo oscuro y vacío, FN-2187 sujetó al piloto y lo mantuvo firme.

—Escucha cuidadosamente y presta atención. Harás exactamente lo que yo te diga. Puedo sacarte de aquí.

El piloto lo miró boquiabierto, aún fuera de sus cabales.

—Entonces... ¿qué?... ¿quién eres?

FN-2187 se quitó el casco.

—¿Podrías callarte y escucharme? Esto es un rescate, te estoy ayudando a escapar. ¿Sabes pilotar un caza TIE?

Un poco de vida regresó a los ojos del piloto.

—¿Qué está pasando? ¿Estás... estás del lado de la Resistencia?

FN-2187 tuvo que detenerse antes de afirmar impulsivamente su lealtad hacia la Primera Orden, ya que fue entrenado así para responder ante tal pregunta.

—No. Solo estoy liberándote. ¿Puedes pilotar un caza TIE?

—Puedo volar lo que sea —dijo el piloto—. Pero, ¿por qué me estás ayudando?
FN-2187 le echó un vistazo al pasillo en busca de un inminente peligro.

—Porque es lo correcto.

El piloto lo miró escépticamente.

—Amigo, si vamos a hacer esto, debemos ser honestos entre nosotros.

FN-2187 miró al piloto, exhaló y dijo la verdad.

—Necesito a un piloto.

El piloto sonrió.

—Bueno, aquí me tienes.

—¿Sí?

—Claro. Haremos esto.

FN-2187 asintió a su vez, se puso el casco y apuntó con su pistola a la espalda del hombre. El piloto fingió ser su prisionero, bajando la cabeza en señal de sumisión, como si estuviera dirigiéndose hacia su condena.

No tuvieron problemas hasta que llegaron al hangar. Algunos oficiales de cubierta caminaron al lado de ellos, mirándolos de soslayo.

—Tranquilo, tranquilo —murmuró FN-2187.

—Estoy tranquilo —susurró el piloto.

—Me lo decía a mí mismo —contestó FN-2187.

—Ay, amigo.

FN-2187 no se ofendió ante el sarcasmo del piloto. Los pilotos de la Primera Orden demostraban ese tipo de arrogancia. Más bien lo tomó como una señal de que el prisionero estaba volviendo a la normalidad.

Echó un vistazo a las naves de la bahía. El equipo de mantenimiento trabajaba en casi todas ellas, pero había una que estaba sola. Unas gruesas estructuras metálicas unían las dos alas hexagonales a la cabina de mando esférica. El chasis estaba pintado de negro, con una marca roja a la mitad de la cabina y un esmaltado cromado que cubría los paneles solares de las alas.

Sería la perfecta nave para huir. Un caza TIE de las fuerzas especiales.

Una vez que vio el caza TIE, Poe Dameron olvidó su dolor.

Frente a él estaba algo que sí podía controlar. Dos alas sujetas a dos motores gemelos de iones, contruidos con metal y unidos por pernos. No había nada místico en aquello, era mecánica pura.

Atravesaron la cubierta del hangar, evitando a los droides de mantenimiento; después subieron por la trampilla superior del TIE hasta la cápsula de comando. Poe se dejó caer en el asiento del piloto, y el soldado se quitó el casco y tomó el asiento del artillero que estaba del otro lado, espalda a espalda con Poe.

—Siempre quise pilotar una de estas cosas. —Poe estudió los controles—. ¿Sabes disparar?

—Puedo disparar cualquier cosa designada para tropas terrestres —dijo el soldado—. Como blásters.

—Las armas de la nave funcionan bajo el mismo principio. Solo que el efecto es más amplio. —Poe señaló las partes primarias de los sistemas de armas—. Dejemos que la autopuntería te ayude y que los detonantes disparen.

El nerviosismo del soldado no inspiraba confianza.

—Esto es... muy complicado.

Poe tendría que esperar para poder darle un tutorial completo. Necesitaban salir de ahí antes de que la tripulación del *Finalizer* descubriera que su preso faltaba, si es que no lo habían hecho ya.

Poe activó los repulsores, pero unos gruesos cables sujetaban la nave a la cubierta del hangar.

Poe empujaba la palanca de vuelo, intentando liberarse de los cables. Logró romper algunos, pero aún faltaban más. Mientras tanto, las alarmas comenzaron a retumbar por todo el hangar. La patrulla de soldados más cercana se puso en acción: se apresuró hacia el hangar, llevando grandes armas para resistir el ataque del TIE.

—Este sería el momento ideal para comenzar a disparar —sugirió Poe, liberando la nave de más cables.

El soldado probó los controles.

—Haré mi mejor esfuerzo. Pero no estoy seguro de poder...

Unos rayos de luz verde salieron disparados desde la torreta central del TIE, arrasando con el hangar. Otros cazas TIE cayeron de sus lugares y se estrellaron contra el suelo. El centro de operaciones en cubierta se hizo añicos. La patrulla de ataque ni siquiera había hecho detonar sus enormes armas cuando un disparo arrasó con ella.

—Lo siento, chicos —dijo el soldado.

Poe accionó el comando para apagar el escudo magnético que protegía al puerto de visitantes que no eran bienvenidos y de despegues sin aprobación. Debido a que los láseres del TIE destruyeron en su totalidad el centro de operaciones, los circuitos de emergencia obedecían la activación remota. Al encender los motores de iones, Poe se liberó de los últimos cables, y el TIE salió disparado del hangar. Poe hizo girar el caza con una maniobra de tonel volado, esquivando el fuego de turboláser que provenía del Destructor Estelar.

—¡Vaya que esta cosa se mueve!

Una vez que entendió cómo funcionaban las armas, el soldado comenzó a dispararle al Destructor. Sus disparos sin rumbo eran como los de un niño que experimentaba con su primer holojuego, y seguramente dejaban perpleja a la tripulación de la Primera Orden en el interior de la gran nave. Los disparos debían comenzar a dismantelar los depósitos del turboláser antes de que el fuego enemigo acabara con el caza TIE.

—Un objetivo se dirige hacia ti, a mi izquierda: tu derecha —indicó Poe—. ¿Puedes verlo?

—Aguarda —respondió el soldado. Poe escuchó que buscaba a tientas en los controles—. Lo veo.

Un sonido indicó que había un objetivo en la mira, después el soldado accionó las armas. En menos de un segundo, el depósito turboláser del Destructor explotó.

El soldado festejó.

—¿Viste eso?

—Te dije que podías hacerlo. —Poe estaba sorprendido de que el soldado de asalto le hubiera salvado la vida por segunda ocasión, y ni siquiera sabía quién era ese hombre.

—Efe-Ene-Dos-Uno-Ocho-Siete.

Poe volteó.

—Efe-Ene... ¿qué?

—Ese es el único nombre que me otorgaron —dijo el soldado.

Poe se conmovió ante tal situación. Él también era un soldado, por lo que le ofendía que la Primera Orden intentara eliminar las identidades de todos aquellos individuos que estaban dispuestos a morir en la línea de fuego.

—Si ese es el nombre que te dieron, entonces no voy a usarlo —respondió—. ¿Dijiste Efe-Ene? Entonces, te llamaré «Finn». ¿Te parece bien?

El soldado titubeó.

—Claro... ¡Finn! —dijo, escuchando cómo sonaba el nombre, y sonrió—. Me gusta.

—Yo me llamo Poe. Poe Dameron.

—Mucho gusto, Poe.

—Mucho gusto, Finn. —Poe ladeó el TIE y dio la vuelta para ejecutar otro ataque. Lo que la Primera Orden esperaba era que escaparan dando el salto a la velocidad de la luz, pero eso sería un suicidio. El tiempo y la distancia necesarios para dar un salto seguro al hiperespacio harían que el TIE recibiera cientos de tiros libres.

En lugar de eso, Poe pasó rozando el caza TIE a lo largo del gigantesco casco del Destructor Estelar, convirtiéndose en un objetivo mucho más difícil. Los artilleros del Destructor se arriesgarían a dañar su propia nave con tal de dispararle al TIE. Finn también necesitaba estar lo más cerca posible para ocasionar un daño mayor.

Pero, después de ocasionar más daños en el casco del *Finalizer*, Poe no volvió a dar la vuelta para repetir la operación. Aceleró hacia el único objeto que era de mayor tamaño que el Destructor Estelar.

Finn volteó en su asiento para tomar el hombro de Poe.

—¿A dónde vas?

—Querrás decir, ¿a dónde vamos? —Poe bajó la palanca de vuelo. Un resplandeciente orbe dorado apareció frente a la cubierta de la cabina de mando—. A Jakku. Hacia allá vamos.

—¿Qué? ¿Jakku? No, no, no —protestó Finn—. Para ti y para mí, Jakku es sinónimo de muerte. Poe, ¡necesitamos salir de este sistema!

—Y yo necesito recuperar a mi droide antes de que la Primera Orden lo haga — respondió Poe. El espacio a su alrededor resplandecía a causa de los rayos láser de las armas con las que el *Finalizer* los atacaba.

Finn parecía confundido, demasiado confundido como para seguir disparando.

—Tu... ¿droide?

Poeladeó el TIE de estribor a babor, evitando, con muy poco margen, la destrucción.

—Es una unidad BB. Única en su tipo, naranja y blanca.

—¡No me importa de qué color es! ¡Ningún droide puede ser tan importante!

—Este sí lo es, amigo. —Poe hizo que los motores ocuparan hasta el último ion—. Mi droide tiene un mapa con la ubicación de Luke Skywalker.

Ese nombre invadió el aire que los rodeaba como un fantasma. Uno al que todos los integrantes de la Primera Orden, desde el técnico más básico hasta el almirante más condecorado, aborrecían por enseñanza. Culpaban a la persona que llevaba ese nombre por los asesinatos de su adorado Emperador y de su hombre de confianza: Darth Vader.

—Nunca debí rescatarte —concluyó Finn.

Sus palabras coincidieron con una brutal explosión de energía, la cual alcanzó al TIE, superando la capacidad de sus escudos y destruyendo un motor. Los dos pasajeros se sacudieron en sus asientos, mientras las consolas lanzaban chispas y humo.

—Todos los sistemas de armas quedaron inservibles y mis controles fueron neutralizados —indicó Finn—. ¿Y tú?

Poe quiso responder, decirle a Finn que presionara el botón que activaría el asiento de eyección, pero su boca no se movía, ni siquiera su mano. El dolor que ya había olvidado regresaba. Era un dolor real, físico, en el pecho, incluso en los ojos. Lo único que pudo ver fue un planeta expandiéndose frente a él, cada vez más brillante y más grande, que ocupó todo su campo de visión.

Quizá Finn estaba en lo cierto. Quizá Jakku significaba la muerte.

Poe se desmayó.

Cien porciones. Ese era un número que Rey no podía rechazar. Un número que cambiaría su vida.

Observó al pequeño droide que vendería por una considerable suma. El cuerpo redondo de BB-8 estaba inmóvil, su cúpula descansaba sobre la arena, como una pelota desinflada de la que se había deshecho un niño rico. Sin embargo, la basura de uno siempre puede ser el tesoro de otro. Unkar Plutt miraba al droide con avaricia, lo que hizo que Rey volviera a replantearse la transacción.

—¿Qué vas a hacer con el droide?

Plutt atascó el cajón de la cabina con paquetes de raciones.

—Algunos destacamentos han estado preguntado por un droide como ese.

¿Algunos destacamentos? ¿De quiénes hablaba Plutt?

El cajón se abrió del lado de Rey. Al mirar tanta comida, no pudo evitar tomar un puñado de paquetes.

—Esa es mi chica —dijo Plutt.

Esas palabras hicieron que las raciones se vieran menos apetitosas. Rey perdería algo si seguía adelante con el intercambio, sin importar cuántas porciones le diera Unkar.

—En realidad —aclaró Rey, dejando los paquetes de comida—, el droide no está a la venta.

Los ojos del comerciante de chatarra se agrandaron, su voz se volvió menos condescendiente.

—Cariño, ya habíamos llegado a un trato.

—Las condiciones cambiaron —dijo Rey, deleitándose al verlo tan contrariado. El gordo embustero había cambiado tantas veces sus ofertas en el pasado que, ahora, un cambio de opinión de Rey era totalmente legítimo.

Ella se agachó hacia BB-8 e introdujo el comando de reactivación. La cúpula del droide se iluminó y se deslizó hacia la parte superior de su esfera.

—No tienes nada —le rugió Plutt a Rey—. ¡No eres nadie!

Rey no pudo negar aquello mientras se alejaba con BB-8, dejando que el comerciante hiciera un gran berrinche en su puesto. Las miradas respetuosas que le dirigieron otros chatarreros hicieron que Rey estuviera segura de una cosa: no era la chica de Plutt.

CAPÍTULO 7

FINN; FN-2187. Finn; FN-2187.

Ambos nombres parecían golpear su cabeza mientras el viento de Jakku lo golpeaba a él e iba en el asiento de eyección. Lo que sucedería en los siguientes minutos confirmaría su nombre y su destino. Si los cohetes propulsores de su asiento fallaban al despegar o el paracaídas no se abría, chocaría contra la superficie planetaria y moriría. Sería recordado por aquellos de la Primera Orden como el soldado renegado FN-2187.

Pero si sobrevivía, se llamaría como él eligiera.

Los cohetes propulsores se activaron. El paracaídas negro se abrió. Su descenso se hizo más lento, casi imperceptiblemente al inicio, pero lo suficiente para que cuando se estrellara en la superficie de Jakku el impacto solo fracturara su armadura, mientras que sus adoloridos huesos permanecían en su cuerpo.

Se quitó el cinturón y, una vez de pie, se tambaleó. El desierto de Jakku se extendía tan lejos como sus ojos alcanzaban a ver. Solo hacia el este, el panorama infinito de la arena se interrumpió; una columna de humo se alzaba hacia el cielo. Se apresuró hacia ella.

El caza TIE accidentado seguía ardiendo cuando llegó. Esquivó algunos afilados pedazos del fuselaje para acercarse.

—¿Poe? ¡Si puedes escucharme, di algo, Poe!

Algo que parecía ser el codo de un brazo colgaba de lo que quedaba de la cabina de control. Corrió hacia este, lo sujetó y tiró de él, pero el brazo no pertenecía a Poe, sino a su chaqueta de pilotaje, que estaba vacía.

—¡Poe!

El humo ardiente oscureció el interior de la cabina de mando, y probablemente era lo mejor. Las chaquetas de pilotaje estaban elaboradas con materiales que podían resistir las altas temperaturas, pero la piel humana tenía sus límites. Lo más probable era que Poe estuviera tan quemado que sería imposible reconocerlo.

La tierra se removió y se abrió debajo del TIE. La arena se desparramaba entre los restos de la nave, que comenzó a hundirse en el agujero que había causado su impacto. Finn saltó antes de que las arenas movedizas también lo devoraran.

Sí, Finn. Finn sería su nombre a partir de ese momento.

Mientras observaba cómo el TIE desaparecía entre la arena, Finn gritó el nombre de su amigo una última vez; deseó poder salvar la vida de Poe una vez más.

Finn seguía vivo; sin embargo, después de uno o dos días bajo el sol de Jakku ese no sería el caso. En su entrenamiento de soldado de asalto le enseñaron a pelear en el desierto, no a sobrevivir en él.

—¡No sé qué hacer! —gritó furioso. Su grito se extinguió con apenas un eco. Estaba solo, pero quizá no por mucho tiempo. La Primera Orden ya habría rastreado la

trayectoria del TIE y enviaría tropas. Finn debía elegir entre el riesgo que corría con ellos o en el desierto.

Finn eligió el desierto.

Dio grandes zancadas hacia una dirección al azar, despojándose de su armadura a su paso, y haciéndose sombra con la chaqueta de Poe. Si el universo tenía sentido de la compasión, quizá encontraría un asentamiento o un abrevadero antes de que Jakku se convirtiera en su tumba.

Rey tomó un enredado camino a través del mercado del Puesto de Niima. BB-8 rodaba a un lado de ella y no se quejaba; sin embargo, cuando estuvieron a una distancia considerable de Unkar Plutt, el droide comenzó a sonar con entusiasmo.

Ella se inclinó para quedar a su altura.

—De nada, por no haberte vendido. —El droide no dejó de silbar sus agradecimientos—. Está bien, deja de agradecerme. No puedo ayudarte si no me dices a quién esperas.

Lo que BB-8 silbó después estaba muy lejos del agradecimiento. Rey se levantó, insultada.

—¿Que si puedes confiar en mí? ¿Y tú qué crees?

El droide acarició su pierna y chirrió algo que no era simplemente una disculpa. Ella resopló.

—¿Estás esperando a tu amo? ¿Quién es?

BB-8 silbó y después chilló un nombre de una sílaba.

—¿Poe?

El droide dio vueltas a su alrededor y se volvió un manojo de nervios. Después de unos cuantos giros, se detuvo y comenzó a indagar sobre su conocimiento acerca de la historia galáctica.

—Sí, sé lo que fue la Rebelión y, sí, he escuchado acerca de la Resistencia. —Rey frunció el ceño cuando el droide mencionó otra facción—. ¿La Primera Orden? Ellos son terroríficos. Los rumores dicen que uno de sus escuadrones de ataque destruyó una villa sagrada cerca de aquí.

El droide describió la redada con tantos detalles que Rey se horrorizó.

—¿Estuviste ahí?

BB-8 dejó de hacer ruidos. Las sombras que se dibujaban en la tierra alertaron a Rey; dos matones envueltos en sus hediondos harapos se les acercaron.

—Plutt quiere al droide —dijo uno—. Llevarnos al droide. La hembra no interferir.

Rey se defendió.

—El droide es mío, no lo vendí, y Plutt lo sabe.

El otro se paró frente a Rey.

—Tú dices verdad. Plutt saberlo. Tú no venderlo. Así que él tomarlo.

El matón tomó a Rey, y su pareja le arrojó un costal a BB-8, quien no dejaba de chillar.

Kylo Ren atravesó con grandes zancadas el puente de mando del *Finalizer*. Alrededor de él, oficiales y técnicos jóvenes operaban una sección de equipo, escaneando, buscando y separando vastas cantidades de información. Él no les prestó atención y ellos, con un escalofrío, gustosamente lo ignoraban.

Ren se acercó al general Hux y a la capitán Phasma, quienes analizaban los registros holográficos personales de un soldado de asalto. FN-2187 no tenía infracciones previas en su registro. Tuvo buenos resultados en los exámenes de preparación para el combate, tanto físicos como psicológicos, de la misión previa. Desde todos los ángulos, FN-2187 parecía ser el soldado de asalto ideal.

Entonces, ¿qué había salido mal?, se preguntaron Phasma y Hux en voz alta. ¿Debía culparse al entrenamiento?

—Encontrar la falla en sus métodos de entrenamiento no ayudará a encontrar al droide —señaló Ren, uniéndoseles.

El general Hux no quitó la mirada del holoarchivo.

—Hay pendientes más importantes que recuperar a ese droide.

—No para mí —respondió Ren.

El general resopló.

—Lo que dejó muy en claro el Líder Supremo fue que la Resistencia no debía conseguir el mapa que lleva a Skywalker. Así que capturaremos al droide si podemos, pero debemos destruirlo si es necesario.

Ren no quería que el droide fuera destruido. Necesitaba intacta a la unidad BB para encontrar a Skywalker. Pero no podía revelarles eso a Hux, o el general se aseguraría de que sus soldados destruyeran al droide solo para molestar a Ren.

—¿Pero qué tan capaces son tus soldados? Es evidente que están altamente capacitados para cometer alta traición —señaló Ren, lanzándole una mirada al holoarchivo de FN-2187—. Quizá el Líder Supremo debería considerar usar un ejército de clones.

Hux miró a Ren.

—Cuidado. No quiero tenerte por ahí cuestionando mis métodos. Mis hombres están excepcionalmente entrenados, programados desde su nacimiento...

—¿Has revisado las lecturas de Jakku? —preguntó Ren—. Porque creo que el droide puede estar escondido entre los escombros del Puesto de Niima.

—Encontramos la armadura del traidor, un rastro en el desierto, huellas individuales que se dirigen hacia Niima. —Hux miró a la capitán Phasma, quien estaba de pie a un lado de él, en silencio—. Un equipo de ataque va en camino.

—Bien —dijo Ren—. Entonces dejo en sus manos que ese droide sea recuperado sano y salvo, general.

Salió del puente dando zancadas, y disfrutando el miedo que emanaban todos aquellos que pasaban a su lado.

Agua.

Finn vio agua. No le importó que estuviera en un abrevadero ni que un happabore bajito y de cuatro patas estuviera bebiendo de él. Lo único que le importaba era que veía agua.

Había caminado a través del desierto y finalmente logró llegar a un asentamiento: al Puesto de Niima, según leyó en un letrero. Mientras el agua se resbalaba por su garganta, Finn se rehusaba a admitir que aquello que lo rodeaba era real. Podía estar perdido en su propia alucinación del desierto y sus alrededores; quizá solo eran un espejismo. La sed volvía locas a las personas.

Finn sumergió sus manos en el abrevadero y acercó el agua a sus labios. Nada había sido tan refrescante en toda su vida. Bebió.

El agua bajó por su garganta y después se regresó. Atragantándose, la escupió. Era lo más asqueroso que había probado en su vida.

El happabore embistió a Finn y lo derribó. Al golpearse con el suelo se dio cuenta de que el lugar no era un espejismo.

Cuando se puso de pie, vio algo en el bazar que lo hizo olvidar su sed por un momento. Dos matones en harapos mugrientos agredían a una mujer que parecía ser solo unos años más joven que él. Pero, mientras más se acercaba, más le parecía a Finn que en realidad era la mujer quien los agredía.

Ella giraba, saltaba y, de alguna manera, logró derribar al matón que intentó ponerla quieta. El otro rufián tiró el costal que sostenía y corrió hacia ella. Quizá él habría escogido pelear con alguien de mayor tamaño. La mujer, tomando el báculo de su espalda, le dio unos garrotazos y lo golpeó hasta que lo sometió. Cuando Finn pudo llegar a ella, ambos matones yacían inconscientes.

Queriendo ayudar y sintiendo curiosidad, Finn le quitó el saco a aquello que esos brutos habían intentado robar. El droide que apareció rodando lo sorprendió.

Era una unidad astromecánica BB, naranja y blanca. «Única en su tipo», recordó que Poe le había dicho.

Había encontrado al droide de Poe... y también un báculo, que la chica blandía sobre su cabeza.

Finn se agachó, protestando, pero ella no se detuvo. Sabiendo que no estaba en condiciones para pelear, corrió, dejando un caos tras su camino por el mercado. Los comerciantes lo maldijeron mientras derribaba repisas y puestos, tirando sus mercancías.

Cuando volteó y no vio a la chica, redujo el paso, creyendo que se había librado de ella, hasta que su pecho chocó contra su báculo. Le faltaba energía para hacer cualquier cosa, excepto desplomarse en el suelo.

Ella se acercó a él, blandiendo su arma.

—¿Cuál es tu prisa, ladrón?

Antes de que Finn pudiera explicarse, la unidad BB giró alrededor de él y lo atacó con su electrobrazo. Finn soltó un grito.

—La chaqueta. —Ella presionó su brazo con el báculo—. El droide dice que la robaste.

Finn quería agua y sombra, no desperdiciar su aliento hablando acerca de la chaqueta.

—Escucha, no quiero pelear contigo. Ya he tenido un día lo suficientemente desastroso. Así que apreciaría que no me acusaras de ser un ladrón. —Volvió a ser atacado por el droide—. ¡Auch! ¡Detente!

—¿Cómo la obtuviste? —Ella presionó el báculo con mayor fuerza—. Le pertenece a su dueño.

Finn miró hacia la unidad BB, de alguna manera le preocupó lo que ese electrobrazo le haría cuando dijera la verdad.

—Su amo está muerto —respondió Finn.

El ojo radar del droide lo observó, pero el electrobrazo no recibió carga.

—Su nombre era Poe Dameron... ¿cierto? —El droide no respondió. Finn se dirigió a la chica—. Fue capturado por la Primera Orden. Lo ayudé a escapar.

—¿Así que formas parte de la Resistencia? —le preguntó la joven mujer.

Finn miró el báculo de metal que aún podía golpearlo hasta dejarlo inconsciente.

—Obviamente —mintió—. Formo parte de la Resistencia... claro que sí.

La joven pareció creerle, luego mecía el báculo, alejándolo de él y señalando al droide.

—BB-8 dice que tiene una misión secreta y que debe regresar a la base más cercana de la Resistencia.

Finn volteó a ver al droide y recordó lo que Poe le dijo.

—Al parecer guarda un mapa que lleva hacia Luke Skywalker, y todo el mundo muere por tenerlo en sus manos.

—Pensé que Luke Skywalker era solo un mito.

Finn casi soltó una carcajada.

—¿En serio?

BB-8 rompió su acongojado silencio profiriendo un chillido lleno de pánico.

—¿Qué pasa? —le preguntó la chica—. ¿Por ahí? —Dio unos cuantos pasos para tener una mejor vista. Finn se levantó e hizo lo mismo.

Los matones que la habían atacado antes habían recuperado el conocimiento y conversaban con dos soldados de asalto. Un carnoso brazo señaló hacia los alrededores.

Finn tomó la mano de la mujer y comenzó a correr hacia el sentido contrario a través del bazar.

—¡Oye! —gritó ella—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Vamos, BB-8! —le gritó Finn.

El droide hizo lo que le pidió y unos segundos después unos disparos de blásters cayeron al lugar donde habían estado parados. Tirando a la chica hacia él, Finn causó aún más caos en el bazar. Los comerciantes lo maldijeron una vez más en cuanto derribó los puestos que acababan de arreglar.

—¡Suéltame! —La chica tiró su mano para liberarla, pero, en lugar de tirar a Finn al suelo, señaló hacia un edificio—. ¡Por aquí!

Se apresuraron hacia una carpa que aparentaba ser usada como bodega. Una pila de chatarra los cubrió, pero Finn no encontró nada que pudiera usar como arma.

Justo cuando parecía que los soldados habían pasado de largo y que estaban a salvo, BB-8 hizo sonar una alarma y salió corriendo hacia la parte de atrás de la estructura. Finn volvió a tomar la mano de la chica para que lo siguiera.

—¡Deja de tomar mi mano!

Su voz fue lo último que escuchó antes de que la parte frontal de la carpa explotara.

La onda expansiva hizo que Rey cayera al suelo y, de pronto, se encontró con la boca llena de tierra. La escupió y se levantó. A través del techo parcialmente colapsado, vislumbró unos cazas TIE que resonaban en lo alto, disparando una lluvia de fuego láser en todo el Puesto de Niima.

Miró al joven que aseguraba ser parte de la Resistencia. Se encontraba tirado bocabajo en el suelo, inmóvil. Quizá sí le había dicho la verdad. La Primera Orden no enviaría sus cazas estelares tras un criminal común y corriente.

Se acercó al joven y lo volteó. Él siguió inconsciente por un momento y después abrió los ojos. Finn habló primero.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Ella le extendió una mano; él la miró y después la tomó, pero rápidamente la soltó una vez que estuvo de pie—. Sígueme.

Los restos del Puesto de Niima yacían quemados y humeantes. El fuego láser incendió las carpas y redujo las chozas, que alguna vez fueron hogares entrañables, a escombros. Y aún faltaba más por venir. Los dos cazas TIE se dieron la vuelta para realizar otro ametrallamiento. Los comerciantes, los chatarreros y la gente de la aldea se pisoteaban entre sí, buscando un lugar para esconderse. Rey aseguró su báculo con las correas que llevaba en la espalda, y dirigió al joven y a BB-8 hacia un lugar al que nadie más iría, hacia un espacio abierto que funcionaba como el puerto espacial de la ciudad. Alrededor de este había unas cuantas naves fuera de servicio, cubiertas con lonas para proteger sus componentes de las tormentas de arena.

Rey corrió debajo de un arco y atravesó el campo de aviación; BB-8 y el joven le seguían el paso. Pero él estaba claramente desconcertado por su decisión y volteó para mirar los cazas TIE, que volaban a toda velocidad hacia ellos.

—¿No hay algún tipo de refugio por aquí? ¡No podemos escapar de ellos!

Ella señaló un vehículo estacionado en uno de los extremos del campo de aviación.

—Podemos hacerlo en ese quadjumper.

El joven descartó la idea de inmediato.

—Yo soy un artillero, necesitamos un piloto.

—Lo tenemos —aseguró Rey, confiada.

—¿Tú? —Su escepticismo sería algo de lo que ella lo haría arrepentirse.

Finn señaló un destartado carguero corelliano con forma de disco; era uno de los cacharros personales de Plutt.

—¿Qué tal esa nave? Está más cerca y, si no, al menos podemos estar fuera de vista.

—Eso es un montón de chatarra. Necesitamos algo que se mueva, no que solo nos aleje del suelo —agregó Rey.

Una descarga proveniente de los cazas TIE voló en mil pedazos el quadjumper, haciendo caer una lluvia de metal en el área de aterrizaje.

—¡El montón de chatarra funcionará! —exclamó Rey.

Dieron la vuelta y corrieron hacia la rampa de abordaje del carguero. En un abrir y cerrar de ojos, Rey probó los controles del otro lado de la trampilla. Para su sorpresa, la rampa retrocedió y la escotilla se cerró. Quizá ese montón de chatarra no era tan inútil como parecía.

Ella y BB-8 se dirigieron a la cabina de mando, donde ella se deshizo de su báculo y se dejó caer en el asiento del piloto; accionó un interruptor de la consola y los controles se iluminaron. Quizá estaban un poco polvosos, pero se leían a la perfección.

—La posición del artillero está allá abajo —le gritó al joven.

—¿Alguna vez has volado esta cosa? —le gritó él en respuesta.

—Nadie ha volado este cacharro en años.

Ella inició la secuencia de despegue. No pasó nada. Los motores permanecieron inertes. Después notó que una bomba de repuesto había sido instalada en el circuito de combustible. Ella preparó la bomba y reinició la secuencia. Los motores rugieron al revivir.

—Puedo hacer esto, puedo hacer esto —se dijo a sí misma. Curiosamente, podía jurar que escuchó al joven decir lo mismo.

Los repulsores inferiores hicieron un *click* y levantaron el carguero de bajo su lona. Pero su regreso a las alturas fue de corta duración. El vehículo giró a estribor y bajó en picado, golpeando el arco que llevaba contra el campo de aviación y derribando un vapocolelector. Fue en el último instante cuando Rey tomó el control del volante, evitando un violento choque.

Echó para atrás el volante, y el carguero se elevó hacia el cielo, rugiendo con una renovada vitalidad.

Ella pudo ver cómo abajo, en la ciudad, Unkar Plutt estaba de rodillas ante su cabina, que yacía en ruinas, y agitaba un puño hacia la nave.

Pero esa era la última de sus preocupaciones. Los dos cazas TIE salieron disparados del Puesto de Niima y los persiguieron.

CAPÍTULO 8

FINN intentó ponerse cómodo en la torreta. Los controles se parecían a aquellos que mostraban en los programas para coleccionistas de naves espaciales clásicas. Había muchos indicadores e interruptores llamativos, pero no había lugar alguno donde pudiera encontrar un botón de encendido. El carguero corelliano era una auténtica antigüedad.

Pero, ¡oh, cielos!, vaya que podía volar, ese bebé sí que podía volar. Finn sintió el poder de los motores repiqueteando a través de los conductos de la nave. El Puesto de Niima desapareció muy pronto, y fue reemplazado por dunas de arena. Lo que estaba por verse era si el carguero era lo suficientemente rápido como para sacarle ventaja a los cazas TIE de la Primera Orden.

—Quédate por lo bajo —dijo a través del micrófono de diadema—. Y enciende los escudos... ¡sí es que sirven!

La voz de la chica crujió en su auricular.

—¡No es tan fácil sin un copiloto!

Finn se mecía hacia delante y atrás de la torreta, y empezaba a marearse. El giroscopio del asiento estaba tan suelto que incluso un leve meneo lo hacía girar.

—¡Intenta sentarte en esta cosa!

—¡Sujétate! ¡Estoy bajando! —contestó Rey.

Y así lo hizo, el carguero bajó en picado hacia el desierto, después subió un poco, desacelerando para pasar apenas por encima de la superficie. Volaron tan cerca que cortaron las cimas de un par de dunas de arena. Los cazas TIE tuvieron que alejarse para evitar un choque, haciendo caer una lluvia de fuego con sus cañones.

Afortunadamente, la nueva conocida de Finn elevó los escudos a tiempo. El fuego láser crepitó y se extinguió antes de poder causarle un daño al carguero.

—¿En algún momento les dispararás? —La voz de ella se escuchó a través del auricular.

—¡Estoy trabajando en ello! —Presionaba cada botón y alzaba cada interruptor. Sin saber lo que había hecho, de pronto, la computadora que mostraba los objetivos estuvo en línea.

Con los detonadores entre las manos, Finn disparó los láseres quad hacia los cazas TIE.

Ninguno de sus disparos acertó.

Los TIE dieron la vuelta para atacar, él siguió disparando sin tener suerte.

—¡Necesitamos cubrirnos! ¡Rápido!

—Estamos a punto de hacerlo —respondió la chica a través del comunicador.

Lo que ella entendió por «cubrirse», preocupó a Finn; condujo el carguero hacia lo que solo podía haber sido una antigua zona de guerra. Transportes y naves espaciales

derrribados se extendían a lo largo de kilómetros, conformando un aterrador camino de obstáculos, donde un giro equivocado significaba una muerte segura.

Finn siguió oprimiendo los detonadores y finalmente tuvo éxito. Un tiro al azar perforó uno de los escudos de un TIE y se llevó un ala. El caza estelar se estrelló en el casco de una nave capital destrozada.

Finn dejó escapar un grito de celebración.

—¡Qué suerte!

—¡Buen tiro! —dijo la joven.

Pero su celebración no duró demasiado. El otro TIE desencadenó un bombardeo que golpeó los escudos del carguero. El impacto sacudió a Finn en su asiento y atascó la torreta. No podía girar, lo que significaba que no podía dirigir su tiro, solo podía disparar.

—Los cañones están atascados en la posición delantera —anunció—. ¡No puedo moverlos, así que tendrás que perderlos de vista!

La joven intentó despistar a su perseguidor entrando en picado hacia el centro del motor de propulsores de un Superdestructor Estelar Imperial abandonado. De pronto se encontraron avanzando a través de un apretado laberinto de vigas retorcidas y paredes abolladas.

—¿Realmente estamos haciendo esto? —preguntó Finn con incredulidad.

—¡Prepárate! —le dijo ella a través del comunicador.

—¿Prepararme? ¿Para qué?

Los estrechos pasadizos no ahuyentaron al TIE. Su piloto rastreaba cada movimiento que hacían y bombardeaba al carguero con rayos láser.

Después de una rápida subida, escaparon del destructor hacia el cielo azul. Finn se sacudía en su arnés de seguridad cuando la joven desaceleró y giró para enfrentar a su perseguidor. El caza enemigo emergió del destructor justo en el centro de la mira de Finn. La chica se encargó de alinear el objetivo para Finn, lo único que él debía hacer era disparar, y lo hizo.

El TIE explotó, y sus láseres se extinguieron antes de alcanzar su objetivo.

Finn suspiró con alivio mientras el carguero salió disparado, lejos del planeta Jakku.

Rey puso la nave en modo autopilotaje y revisó a BB-8. El feroz viaje lanzó al pequeño droide en todas direcciones en el interior de la cabina de mando, como una kernpop en una olla. Él silbó que necesitaría 1.3 minutos estándar para calibrar sus servomotores.

Rey se dirigió a la estancia, donde el joven se encontraba sentado, cerca de la mesa de holoajedrez, y tenía una gran sonrisa.

—A eso sí que lo llamo pilotar. ¿Cómo lo hiciste?

—Gracias —respondió ella—. Pero... no estoy muy segura.

—Espera... ¿Nadie te entrenó? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza. El parecía asombrado.

—¿Nadie?

—He pilotado naves más pequeñas, pero nunca había salido del planeta. —No mencionó que la mayoría de esas «naves» eran virtuales, las de su simulador de pilotaje.

—Pues eso fue impresionante. —Su sonrisa se volvió aún más grande—. ¡Me engañaste!

—Y ese último tiro dio justo en el blanco —respondió ella—. Lo eliminaste con un solo disparo.

Él asintió, impresionado por lo que había hecho.

—Lo sé, fue realmente bueno.

Ella se rio.

—¡Fue perfecto!

Por unos cuantos instantes, todo fue perfecto. Rey le dio a Unkar Plutt su merecido. Escapó de soldados y pilotos que deseaban matarla. Y encontró a un nuevo amigo quien, a diferencia de BB-8, era de carne y hueso. De hecho, bien mirado, era bastante...

Él interrumpió sus pensamientos.

—¿Por qué estamos...?

—¿Mirádonos?

—Sí —respondió.

—No lo sé.

Completamente calibrado, BB-8 giró en la estancia lanzando miles de pitidos. Rey tocó su cúpula, intentando calmarlo.

—Oye, estás bien, estamos bien. Él es parte de la Resistencia y va a llevarte a casa. Ambos lo haremos.

Ella miró al artillero y hasta ese momento se dio cuenta de algo obvio.

—No sé cuál es tu nombre.

—Efe-Ene-Dos... —comenzó a decir, pero se corrigió—. Finn, ¿y el tuyo?

—Me llamo Rey.

—«Rey» —repitió él, y a ella le gustó cómo lo pronunció.

Un pequeño estallido y un silbido hicieron que la presentación se interrumpiera. La placa de una cubierta se reventó y el gas había comenzado a escapar. Rey corrió hacia el hueco.

—¡Rápido, ayúdame!

Finn la alcanzó rápidamente.

—¿Qué pasa?

Ella miró detenidamente pero no pudo ver nada a través de la nube de vapor.

—No sé. ¡Solo espero que no sea el motivador!

Después de taparse los ojos, Rey se introdujo en el agujero.

Kylo Ren tenía la mirada clavada en la oscuridad del espacio desde el puente del *Finalizer*. La mayor parte de la tripulación se encontraba en sus cuarteles, descansando. Pero Ren no podía conciliar el sueño; no cuando estaba a punto de lograr algo tan importante.

El oficial en turno, el teniente Mitaka, se acercó. Los pasos del hombre eran vacilantes, como si estuviera a punto de echarse a correr en cualquier momento.

—Señor —dijo con voz temblorosa—, no logramos capturar al droide en Jakku. Se escapó en un carguero corelliano modelo YT, robado.

Ren volteó desde el puerto de observación.

—¿El droide robó un carguero?

—No exactamente, señor. Tuvo ayuda. Aún no hay nada confirmado, pero creemos que Efe-Ene-Dos-Uno-Ocho-Siete pudo haber...

Ren tiró de su cinturón la empuñadura de su sable láser, encendió el rayo de luz y lo sostuvo en lo alto. Mitaka cerró los ojos.

Pero no fue al teniente a quien Ren atacó. En lugar de eso, atacó con el sable láser todo aquello que lo rodeaba. Cortó las consolas, desgarró las paredes e hizo agujeros en el suelo de la cubierta.

Cuando su furia se agotó, Ren desactivó el sable y lo colocó nuevamente en su cinturón.

—¿Algo más?

Mitaka tragó con dificultad.

—Los dos estaban acompañados de una chica.

Como si algún tipo de combustible hubiera entrado en contacto con una incipiente llama, la ira de Ren se incendió de nuevo. Tomó la garganta de Mitaka y la apretó.

—¿Qué chica?

Poe Dameron estaba muerto. O al menos así se sentía él.

Atravesó rengueando una salina del desierto de Jakku. Sin su chaqueta de pilotaje, estaba tan quemado por el sol que parecía haber sido achicharrado. El cuerpo le dolía, estaba lleno de moretones y cortadas. A ambos lados de él se elevaban colinas de arena, en ellas estaban esculpidas filosas crestas que algunas veces le proporcionaban sombra, pero la mayor parte del tiempo la arena que soplaba el viento hacía que los ojos le ardieran y que la boca se le secara. Lo único bueno que podía sacar de todo eso era que seguía en el reino de los vivos. A duras penas.

Él no tenía idea de durante cuánto tiempo había avanzado a tropezones a través de las dunas ni de qué distancia había caminado. Recordaba vagamente haberse golpeado la cabeza después de que la descarga del fuego enemigo lo alcanzó en la cabina de mando del caza TIE. Cuando despertó, se encontró en una trayectoria de colisión hacia un planeta. Sus instintos tomaron el control y levantó el volante. Aquella acción ralentizó lo

suficiente la velocidad de descenso del caza TIE, como para realizar un aterrizaje de emergencia y sobrevivir. Temiendo que los tanques de combustible pudieran estallar, salió gateando de inmediato de la nave. Su chaqueta de pilotaje se atoró con un borde de metal arrugado, forzándolo a abandonarla.

Pero no solo había estado él en aquella cabina de mando. También estuvo alguien más. Un soldado de asalto. Uno al cual Poe le puso un nombre.

—¿Finn...? —gritó Poe—. ¡Finn... Finn!

Por supuesto no hubo respuesta, ni siquiera un eco. La arena amortiguó sus gritos.

Lo más probable era que Finn hubiera sido eyectado del TIE, y, dependiendo de dónde y cuándo hubiera sido lanzado, podría estar a kilómetros o a metros de distancia. Probablemente Poe nunca lo sabría.

Quizá tampoco conocería el destino de su droide astromecánico, BB-8. Pero si alguna criatura era lo suficientemente astuta como para escapar de Jakku, esa era aquella pequeña maravilla mecánica. BB-8 haría los cálculos correspondientes para concluir su misión. Poe tenía fe en que eso sucedería.

Sin embargo, Poe no tenía la misma fe en que él pudiera hacer lo mismo. El sol caía a plomo sobre él. Lamió el sudor de alrededor de su boca y siguió caminando.

CAPÍTULO 9

SÍ FUE el motivador.

Finn se colocó sobre el agujero del piso en la estancia y le proporcionó a Rey una hidrollave, una llave Harris y otras herramientas que no podía nombrar y que ella necesitaba para hacer las reparaciones pertinentes. Rey había sellado la mayoría de las fugas de gas, pero seguía trabajando.

—¿Qué tan grave es? —le gritó.

—Si queremos vivir, muy grave —le gritó ella a su vez.

—Nos están cazando. Necesitamos escapar de este sistema... ¡ahora! —aseguró Finn.

Rey asomó la cabeza fuera del agujero de la cubierta.

—BB-8 dijo que la base de la Resistencia está ubicada en un lugar que sólo «algunos» conocen. Y si voy a llevarlos, necesito saberlo. —Ella volvió a agacharse para seguir martillando el motivador.

Finn también necesitaba saberlo, así que intentó convencer al droide de que se lo dijera, pues la base de la Resistencia sería, en realidad, el único lugar donde la Primera Orden no podría matarlos.

Desafortunadamente, por los sonidos del droide astromecánico, lo que Finn entendió fue que BB-8 no confiaba en él, ni un poco.

—Me acabas de echar en cara que no formo parte de la Resistencia, ¿verdad? —preguntó Finn.

El droide se movió hacia arriba y hacia abajo, haciendo lo que parecía ser un gesto aprobatorio. Finn observó al extraño droide redondo. Poe estuvo dispuesto a arriesgar su vida con tal de recuperar a BB-8, esa era una señal de que quizá podía confiarle lo que estaba a punto de revelar.

—Muy bien, aquí entre nosotros, no formo parte de ellos; sólo intento escapar de la Primera Orden —susurró de manera que Rey no lo pudiera escuchar—. Pero dínos cuál es tu base, y yo me encargaré de llevarte ahí primero. ¿Trato?

El ojo radar de BB-8 miró a Finn, pero su altavoz permaneció en silencio.

Rey volvió a aparecer.

—Conductor pilex, ¡rápido! —Mientras Finn iba hacia el contenedor de almacenamiento, ella se dirigió al droide—: ¿Dónde está tu base?

El droide permaneció en silencio. Finn buscó la herramienta.

—Vamos, BB, dile.

El droide se movió de un lado a otro y finalmente murmuró algo breve.

—¿El Sistema Illenium? —preguntó Rey.

Finn encontró el conductor pilex y se lo dio a Rey.

—Exactamente, el Sistema Illenium. —Él intentó sonar como si siempre lo hubiera sabido—. Vayamos hacia allá tan pronto como podamos, ¿no?

—Si logro hacer que esta nave vuelva a funcionar, los dejaré en la terminal Ponemah, pero eso es lo más lejos que puedo llegar.

—¿Y qué hay de ti? —dijo Finn.

Rey lo miró como si la respuesta fuera obvia.

—Necesito regresar a Jakku.

—¿Regresar a Jakku? ¿Por qué todos quieren regresar a Jakku?

El parpadeo de las luces del interior del carguero hizo que la discusión acerca de Jakku se volviera irrelevante.

No fue el motivador.

Rey descubrió que lo que estaba causando aquel problema era peor. Mucho peor.

La consola de la cabina de mando estaba muerta.

Todos los controles estaban anulados. Los motores estaban inertes, las luces se atenuaron, el armamento de la nave estaba congelado. Alguien había tomado un control remoto sobre el carguero y lo había paralizado.

Rey se colocó en el lugar del piloto, sintiéndose paralizada. Miró a través de la ventana de la cubierta y no vio nada más que espacio. Un inquebrantable rayo tractor emitido por una enorme nave espacial los estaba arrastrando desde la parte trasera del carguero.

Al regresar del puerto de observación, Finn se hundió en el asiento del copiloto.

—Es la Primera Orden.

La Primera Orden sólo había sido un rumor y un nombre para Rey hasta ese día.

—¿Qué hacemos? Debe haber algo...

—Morir —aseguró Finn.

Rey volvió a probar la consola, pero no tuvo suerte.

—Debe haber otras opciones además de morir.

El carguero crujió, mientras el rayo tractor lo arrastraba hacia el hangar de su captor. Todo parecía estar perdido, hasta que Finn tuvo una idea, y ella, como no se le ocurría nada mejor, aceptó.

Tomaron unas máscaras de respiración de los casilleros y se escondieron, junto con BB-8, debajo de la cubierta de la estancia. Finn colocó la placa suelta en su lugar, por encima de ellos. Rey intentó arrancar el seguro que había utilizado para sellar la fuga de gas.

—¿Estás seguro de que esto funcionará con los soldados de asalto?

—Sus máscaras filtran el humo, no toxinas —respondió Finn.

—Ustedes, los de la Resistencia, vaya que saben de lo que hablan.

Finn hizo una mueca que a ella le pareció extraña, pues había querido hacerle un cumplido.

De pronto, las luces del carguero brillaron. Un ruido hizo eco mientras la rampa de abordaje se extendía.

—¡Ahí vienen! —exclamó Finn.

Rey pudo escuchar cómo abordaban los soldados de asalto. No había tenido el tiempo suficiente para arrancar el seguro que había apretado unos momentos antes para que no hubiera fuga, lo que significaba que no podría dejar escapar el gas que aplacaría a los soldados. Lo único que podían hacer en ese momento era permanecer en silencio y esperar a que los soldados olvidaran revisar los compartimentos escondidos.

El par que abordó el *Halcón Milenario* no era de soldados de asalto, sino de contrabandistas. Uno era viejo, humano y de aspecto desaliñado. El otro era casi medio metro más alto y mucho más peludo. Entraron al carguero con un aire de cariño y cuidado, como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que habían caminado por sus pasillos.

La pintura de las paredes estaba descascarada en muchos más lugares de los que recordaban. La arena había erosionado los pisos y muchos conductos estaban expuestos. La nave había envejecido, y ellos también. A pesar de todo lo que había pasado en ese tiempo, el carguero en el que alguna vez atravesaron la galaxia no se veía muy distinto respecto a aquel último día que lo vieron.

—Chewie —dijo el anciano—, estamos en casa.

Su «primer oficial», término que usaba más por cariño que para hacer alguna distinción en el rango, dio un jubiloso rugido. Chewbacca era un wookiee, una alta y greñuda especie que tenía la fuerza para arrancar brazos, pero también la inteligencia para utilizar las más avanzadas tecnologías. Años atrás, Han Solo le salvó la vida a Chewbacca; desde ese día, y según las costumbres wookiees, Chewbacca se unió a su salvador, sin importarle la opinión del joven de aquel entonces.

Ese joven ya no era tan joven. Su cabello había encanecido y tenía arrugas en el rostro que combinaban con las de su chaqueta de pilotaje, pero Han Solo estaba lejos de pasar a mejor vida, y menos ahora, cuando después de años de buscarla finalmente se reencontraba con la única nave espacial que había amado: el *Halcón Milenario*.

Sus pilotos actuales no fueron difíciles de hallar. Una placa de la cubierta de la estancia no estaba unida al suelo. Chewbacca terminó de romperla y Han señaló con el bláster a dos jóvenes: un hombre y una mujer, ambos humanos, y a un moderno droide de modelo redondo. Los jóvenes alzaron las manos en señal de rendición.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Han—. ¿Dónde está su piloto?

—Yo soy... el piloto —tartamudeó la chica.

—¿Tú? —Han difícilmente podía creer que alguien tan joven pudiera pilotar un carguero tan modificado y de un temperamento tan particular como el *Halcón*.

—Sólo somos nosotros. Finn, BB-8 y yo —contestó la chica.

Chewbacca se paró firmemente a un lado de Han y rugió una pregunta.

—No, de verdad —replicó la chica—, somos los únicos a bordo.

Finn abrió mucho los ojos.

—¿Puedes entenderle a esa cosa?

—Y «esa cosa» puede entenderte a ti, así que cuidado —replicó Han—. Salgan de ahí.

Los dos salieron del agujero con el droide. Han volvió a mirar con curiosidad a la chica.

—¿Dónde encontraste la nave?

—En el Puesto de Niima —respondió.

—¿Jakku? ¿En ese basurero?

—¡Gracias! —exclamó Finn. Luego miró a la chica, como si aquella pregunta confirmara lo que él había dicho—. ¡Basurero!

—Te dije que debíamos verificar dos veces las Extensiones Occidentales —le dijo Han a Chewbacca. Ellos habían pasado por ese sistema en su transporte de carga, poniendo muy poco interés en Jakku, cuando los sensores del transporte detectaron una señal familiar, la del *Halcón*—. ¿Quién lo tenía? ¿Ducain?

—Se lo robé a Unkar Plutt —respondió la chica.

—¿Quién?

Ella bajó las manos.

—Él se lo robó a los Chicos Irving, quienes se lo robaron a Ducain.

—¡Quien me lo robó a mí! —exclamó Han—. Quiero que le digas que Han Solo recuperó para siempre al *Halcón Milenario*.

Ambos jóvenes se quedaron boquiabiertos. Han enfundó su arma y fue con Chewbacca a visitar la cabina de mando que no había visto en tanto tiempo.

CAPÍTULO 10

HAN SOLO. El *Halcón Milenario*. Aunque Rey sabía muy poco acerca de la Primera Orden, lo sabía todo acerca de Solo y de su famosa nave. Había escuchado que los comerciantes contaban historias de sus aventuras y había practicado sus maniobras legendarias en su simulador de vuelo.

Rey corrió para acercarse al anciano.

—¿Este es el *Halcón Milenario*? ¿Y usted es Han Solo?

Él sonrió, torciendo la boca.

—Solía serlo.

BB-8 rodó detrás de ella, mientras Finn se unía a ellos, agregando sus propias preguntas.

—¿Han Solo? ¿El general de la Rebelión?

—No —agregó Rey—, el contrabandista.

Finn parecía desconcertado.

—¿No fue un héroe de guerra?

Rey recordó el poder que sintió cuando arrancó los motores en Jakku. Todo tuvo sentido.

—Esta es la nave que atravesó el Corredor de Kessel en catorce pársecs.

—Doce —corrigió Han, y repitió con sorna el número que ella acababa de decir—: Catorce... —Pero pareció aún más ofendido cuando leyó la pantalla de la cabina de mando—. ¡Oigan, algún lechero de moofs colocó un compresor en la línea de ignición!

Rey y los demás se le unieron en la cabina de mando.

—Unkar Plutt lo hizo. Yo también creí que era un error, pone mucha presión sobre...

—... el hiperpropulsor —agregó Han, terminando su oración, y la miró detenidamente. Las arrugas de sus ojos lo hacían una persona difícil de descifrar. ¿Acaso estaba enojado con ella? ¿O impresionado?

Parecía enojado por lo que le dijo a su compañero.

—Chewie, ponlos en una cápsula de escape y envíalos al planeta habitado más cercano.

—Espera... no... ¡Necesitamos tu ayuda! —Rey miró a BB-8—. ¡Este droide necesita llegar a la base de la Resistencia cuanto antes! Lleva consigo un mapa con la ubicación de Luke Skywalker.

El nombre tuvo un efecto inmediato en Han. Las duras líneas de sus arrugas se suavizaron, su mirada se volvió distante; ante los ojos de Rey, se convirtió simplemente en un anciano triste.

—¿Tú eres el Han Solo que peleó con la Rebelión? —preguntó Finn—. Tú lo conociste.

—¿Conocerlo? —Han soltó un largo suspiro—. *Sí*... yo conocí a Luke.

Un ruido metálico proveniente del transporte hizo eco en la cabina de mando. La ensoñación dejó de reflejarse en las facciones de Han y su dureza volvió.

—No me digan que un rathtar se soltó —murmuró.

—Espera... ¿un qué? —preguntó Finn.

Han y el wookiee se apresuraron a salir de la cabina de mando. Rey se negó a quedarse atrás, y lo mismo hicieron Finn y BB-8, siguieron a los contrabandistas y bajaron por la rampa de abordaje del *Halcón* hacia la bahía de carga del transporte que conducía Solo.

Finn continuó con las preguntas al mismo tiempo que Han y Chewbacca apretaban el paso a través de los pasillos principales del transporte de carga.

—No transportas rathtars, ¿cierto?

—Sí transporto rathtars.

Al entrar a la gran bodega principal de la nave, Han tecleó una de las tantas consolas. Un holograma tridimensional del transporte de carga se materializó, mostrando una pequeña nave con forma de tenaza acoplada a él.

—Son los Guavianos Letales, debieron seguirnos desde Nantoon. —El wookiee gruñó—. Eso nunca está bien. Odio eso.

—¿Qué cosa? —preguntó Finn.

—Cuando alguien que quiere matarnos nos encuentra. —Han y Chewbacca se apresuraron hacia la cabina de mando, obligando a Finn, a Rey y a BB-8 a seguirlos una vez más por el pasillo.

Rey finalmente tuvo la oportunidad de preguntarle a Finn aquello que la preocupaba.

—¿Qué es un rathtar?

Finn volteó a verla.

—¿Alguna vez escuchaste acerca de la Masacre de Trillia?

—No.

—Qué bueno —replicó.

—Le estoy llevando tres al Rey Prana —presumió Han.

—¡Tres! —Finn hizo un gesto de negación.

Rey lo ignoró.

—¿Cómo los metiste a bordo?

—Digamos que solía tener una tripulación más grande.

Han se detuvo en el pasillo y presionó un botón oculto en la mampara. Una sección del suelo se replegó, dejando a la vista una escalera.

—Quédense debajo de la cubierta hasta que yo lo diga.

—¿Qué hay de BB-8? —preguntó Rey.

—Él se queda conmigo —respondió Han—. Cuando me deshaga de la pandilla, podrán tenerlo de regreso y seguir con su camino.

Finn esperó a que Rey bajara por la escalera.

—¿Y los rathtars...? ¿En dónde los guardas?

Un gran estruendo sacudió el pasillo. Detrás de una portilla de transpaciencia ubicada en la pared del pasillo apareció una fila circular de largos dientes, lo suficientemente grandes como para masticar a un wookiee.

Han rio.

—Bueno, ahí está uno.

La criatura volvió a embestir la portilla.

—¡Ahora ve abajo! —le dijo Han a Finn.

Finn lo hizo rápidamente. Rey se apartó para mirar a Han.

—¿Y tú qué harás?

—Lo mismo que siempre hago —le contestó—: hablar y hablar hasta salirme con la mía.

Chewbacca volteó los ojos y gruñó.

Rey observó cómo Han y a Chewbacca corrieron a toda prisa por el pasillo, discutiendo durante todo el camino. BB-8 corrió detrás de ellos, sin emitir un solo pitido. Su ojo radar miró a Rey, y la trampilla del suelo se cerró.

Han, Chewbacca y BB-8 no habían avanzado mucho cuando se encontraron con sus visitantes no deseados. Un portal se abrió y de él salieron seis miembros de los Guavianos Letales. Cinco de ellos eran matones y estaban armados con cañones de percusión; vestían un uniforme escarlata moteado, canilleras en las piernas y unos espaldares en los hombros. Al centro de sus brillantes cascos rojos había un círculo oscuro. No había una sola mancha de color en el chaquetón de piel ni en las botas del sexto guaviano, su líder. Él no usaba casco; quedaban al descubierto su cabello castaño y su rostro, que se veía demasiado añorado para una vida criminal. Sin embargo, el cañón de percusión que apuntaba a Han y a Chewbacca decía lo contrario.

—Puedo manejarlo, déjame a mí —le susurró Han a su compañero. Chewbacca resopló, como siempre que Han tomaba el control. No sería lo mismo si no lo hiciera. Era parte de su rutina.

BB-8 se quedó del lado del wookiee y se escondió detrás de su pierna peluda.

El líder guaviano avanzó hacia ellos.

—Han Solo, eres hombre muerto.

Han le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Bala-Tik, ¿cuál es el problema?

Bala-Tik no le devolvió la sonrisa.

—El problema es que te prestamos cincuenta mil para este trabajo.

—Y vas a recibir magníficas ganancias.

—También le pediste prestados cincuenta mil a Kanjiklub —aseguró Bala-Tik.

—¿Quién te dijo eso?

—Kanjiklub.

—Oh, vamos. No puedes confiar en esos pequeños fenómenos —suspiró Han, y después utilizó su cálida y amigable voz una vez más—. Bala, ¿cuánto tiempo llevamos de conocernos?

—La pregunta es por cuánto tiempo más nos conoceremos. No creo que por mucho, con esas excusas —aseveró Bala-Tik—. Queremos nuestro dinero de vuelta. Ahora.

—¿Crees que es muy fácil cazar rathtars? Me gasté ese dinero.

—Kanjiklub también quiere que le devuelvas su inversión.

—Nunca hice un trato con Kanjiklub.

—Díselo a Kanjiklub.

Un segundo portal se abrió detrás de Chewbacca y Han. De él salió un variopinto grupo de matones, y ninguno de ellos era ni perdedor ni pequeño. Comparados con los Guavianos Letales, vestían más como los piratas que eran, con parches en los ojos y sucias chaquetas, pero sus variadas armas eran igual de letales.

Chewbacca resopló cuando el cabeza del segundo grupo a bordo dio un paso adelante. El hombre tenía una complexión parecida a la de una aceituna, un bigote afilado y la mirada igual de punzante. Han lo saludó con la misma sonrisa fingida que había usado con Bala-Tik.

—Tasu Leech, ¡qué agradable es verte!

Leech escupió unas cuantas palabras en su idioma nativo, y Han no necesitó hablarlo a la perfección para entender. El bandido quería que Han y Chewbacca se pudrieran.

Leech alzó su rifle-bayoneta, pero Bala-Tik bloqueó su línea de ataque.

—Esa unidad BB... —le dijo a Han, mirando al droide—. La Primera Orden está buscando una como esa. Y a dos fugitivos.

—Es la primera vez que escucho acerca del tema —dijo Han.

De pronto, un sonoro ruido metálico pareció contradecir aquello. Han se encogió. ¿Qué estaban haciendo esos chicos?

El primer oficial de Leech, un repugnante bribón a quien Han conocía como Razoo Qin-Fee, le ordenó a los otros buscar en el carguero.

—¿De dónde sacaste al droide? —preguntó Bala-Tik.

—Es mío, eso es todo —respondió Han.

—Nos llevaremos al droide —declaró Bala-Tik—. Y nuestro dinero.

Razoo repitió la amenaza de Leech, agregando que Han podía decidir entre que se llevaran al droide libremente o sobre su cadáver.

Después las luces comenzaron a parpadear. El constante sonido de los mecanismos que los rodeaban dejó de escucharse debido a un terrible barullo de chasquidos y escurrimientos que hizo eco a lo largo del pasillo.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —murmuró Han.

Finn también tenía un mal presentimiento sobre aquello.

Él y Rey se arrastraron a lo largo del túnel de servicio y llegaron a la salida de ventilación, lo que les permitió escuchar y ver un poco de lo que estaba sucediendo en el pasillo. Rey quiso ver un poco más, por lo que se subió a una viga de soporte para

asomarse a través de la ventila, pero la viga se rompió bajo su peso, haciendo el sonido que alertó a los matones de Kanjiklub y los hizo buscarlos.

Sin embargo, los bandidos eran el último de sus problemas en ese momento. Mientras husmeaba en la caja de fusibles que controlaba tanto la iluminación de la nave como sus puertas de seguridad, Rey profirió un terrorífico «oh, oh». Las luces parpadearon arriba de ellos, pero las puertas blindadas no bajaron, lo que hubiera hecho que cada banda quedara atrapada, como era la intención.

—«Oh, oh», ¿qué? —preguntó Finn.

—Fusibles equivocados —respondió Rey.

El terrible sonido que siguió confirmó que, efectivamente, habían sido los fusibles equivocados. En lugar de cerrar todas las puertas de seguridad de la nave, las habían abierto, y de ese modo había liberado a todo aquello que había estado encerrado.

—Rathtars —dijo Finn tragando saliva.

Finn se arrastró por el túnel detrás de Rey, su supervivencia dependía de permanecer lo más lejos que pudieran de los rathtars, y el *Halcón Milenario* sería el mejor lugar para eso. Finn deseó que Han y Chewbacca se les unieran, pero, al escuchar el alboroto de arriba, pensó que probablemente no iba a ser posible.

—¡Nuevo plan! —gritó aquel a quien Han llamó Bala-Tik—. Mátenlos y tomen al droide.

Se escucharon los disparos de los blásters, seguidos de gritos.

Finn se estremeció. Había escuchado suficientes sonidos como esos el día anterior.

Sin embargo, los gritos continuaron, eran más y se repetían con mayor frecuencia como para ser sólo de un par de contrabandistas; ni siquiera un wookiee herido podría proferirlos por sí mismo.

Los rathtars.

Finn levantó la primera trampilla de acceso que vio y salió como pudo. Al encontrar el pasillo libre de hombres y monstruos, ayudó a Rey a subir; después hizo una señal.

—El *Halcón* está por aquí.

—¿Seguro?

—No —contestó, pero de cualquier manera corrieron hacia esa dirección.

—¿Cómo son los rathtars? —preguntó Rey.

—Horribles —respondió, dando vuelta en una esquina y retrocediendo de inmediato—. Se ven justo así.

Rey se congeló, cubriéndose la boca. Al dar vuelta en la esquina, una abominación redonda, palpitante y llena de tentáculos luchaba contra un bandido, aunque no era precisamente una pelea. Los tiros bláster del bandido no hacían otra cosa más que rebotar en los bulbos sensoriales que cubrían el cuerpo del carnívoro, haciéndolo enojar.

Atrapado en sus tentáculos, el hombre gritaba mientras lo envolvían las enormes fauces llenas de filosos dientes.

Finn agarró a Rey y la alejó para que corrieran de regreso por el pasillo, pero la velocidad humana no es algo que preocupe a un rathtar. De pronto, un tentáculo golpeó y enredó a Finn.

Él peleó, pateó, mordió y golpeó. El agarre del tentáculo, parecido al de una tenaza, solo se afianzó más alrededor de su cintura, arrastrándolo hacia la boca de la bestia. Como al bandido antes que a él y a aquellas pobres criaturas de la Masacre de Trillia, Finn iba a ser masticado y machacado en cientos de pedazos.

Él ya no escuchaba sus propios alaridos. Solo escuchaba a Rey gritando su nombre.

—¡Finn!

Rey gritó su nombre dos veces mientras la bestia daba la vuelta a la esquina, llevándose a Finn. Ella corrió tras ésta, pero una vez más la criatura resultó más rápida al dar la vuelta en otra esquina. Parecía querer disfrutar su comida en paz.

Rey se detuvo, vislumbrando la señal de una puerta. Empujó el panel de ésta y entró al cuarto de control auxiliar del gran carguero.

Se dirigió hacia el grupo de pantallas que mostraban las secciones interiores de la nave. En una se veía el pasillo por donde el asqueroso monstruo arrastraba a Finn, quien seguía luchando por escapar.

Cuando el rathtar pasó por una intersección, Rey tocó la consola que estaba debajo de los monitores. Ahí no había fusibles que pudiera confundir; sólo debía activar la mampara de esa puerta de seguridad. Ésta se soltó y rebanó el tentáculo que sujetaba a Finn.

Las bocinas transmitieron el alarido del rathtar herido, pero Rey estaba concentrada en el otro lado de la puerta de seguridad, donde Finn se arrancaba de un tirón los restos de tentáculo. Ella localizó su ubicación y salió disparada del cuarto de control.

Cuando lo encontró, temblaba y respiraba con dificultad.

—Una puerta... se cerró... en el momento en que...

—Qué suerte —respondió Rey.

Cubriéndose detrás de una pila de contenedores, Han pudo ver a su bebé. El *Halcón Milenario* yacía tranquilo en el otro extremo de la bahía de carga.

Los disparos bláster iluminaban el aire y golpeaban los contenedores. Un grupo formado por guavianos y matones de kanjiklub les disparaban. Han les disparó a su vez, y lo mismo hizo Chewbacca, en cuclillas a un lado de su compañero, empuñando su

ballesta wookiee. BB-8 se metió entre ellos, indefenso ante ese tipo de ataque de largo alcance.

Han calculó la distancia hacia su nave. No estaba muy lejos. El problema sería que se convertiría en un blanco fácil para los matones sobrevivientes, que le disparaban a lo lejos, desde el pasillo.

Pese al riesgo, tenía que intentarlo.

—Yo abriré la puerta —le dijo a Chewie—. Cúbrenos.

Le hizo una seña con el dedo al droide, indicándole que lo siguiera, y entonces los dos corrieron hacia el *Halcón* ante los ojos de sus atacantes. Mientras tanto, Chewbacca agotó la mitad de su bandolera, arrojando disparo tras disparo de plasma en el pasillo.

Han y BB-8 llegaron ilesos al *Halcón*. Han abrió la compuerta y la rampa de abordaje descendió.

Después comenzó a disparar para cubrir a Chewbacca.

—¡Chewie! ¡Vamos!

El wookiee rugió y corrió hacia la nave. Con su enorme zancada cruzó buena parte del trayecto en la mitad del tiempo que le tomó a Han. Pero no fue lo suficientemente rápido. Un disparo bláster le dio en el hombro y el wookiee cayó.

Han dejó que BB-8 se encargara de subir la rampa, tomó la ballesta de Chewie y se reintegró al tiroteo. Le disparó al guaviano que se atrevió a lanzar aquel tiro que hirió al wookiee y después utilizó cada músculo de su cuerpo para levantar a su pesado amigo. Juntos avanzaron tambaleándose hacia el *Halcón*, mientras Han disparaba a los bandidos.

Su puntería era casi perfecta, y la de los bandidos, no. La mayoría de ellos retrocedió, pues habían perdido a muchos, mientras que Han y Chewie lograron llegar al *Halcón*.

—¡Han! —gritó una voz femenina. Los dos chicos atravesaron corriendo la bahía en dirección hacia ellos.

—Cierra la compuerta detrás de nosotros —le ordenó a la chica y recargó a su amigo sobre Finn—. Tú cuida a Chewbacca.

Finn casi se cae de la rampa debido a la peluda carga que tenía sobre él.

—¿Cómo hago eso?

Han dejó que Chewie le rugiera las indicaciones y se apresuró hacia la cabina de mando, cuyo funcionamiento recordaba a la perfección. Se colocó en su gastado asiento y comenzó a levantar los interruptores y a girar los discos para iniciar la secuencia de despegue. A pesar de que no lo había hecho en años, en ningún momento vaciló; conocía el procedimiento del *Halcón* de memoria. Durante muchas noches oscuras, Han logró conciliar el sueño al repasarlo en su cabeza.

Casi no notó cuando la chica tomó el asiento de Chewie.

—¡Oye! ¿Qué haces?

Ella se inclinó hacia la consola del copiloto y presionó una serie de botones.

—Unkar también instaló una bomba de combustible. Si no la preparas, no iremos a ningún lado.

Han observó las miras y los calibradores. La chica estaba en lo cierto.

—Odio a ese tipo.

—Y necesitas un copiloto.

Han se burló.

—Ya tengo a uno. Está allá atrás.

Los alaridos de Chewbacca se escuchaban en la bahía médica. A pesar de cómo sonaban, Han no podía determinar si se debían al dolor o al enfado que le ocasionaban los intentos de su enfermero por calmarlo.

—¡Solo es un raspón! —gritó Finn, lo que ocasionó que el wookiee enfureciera aún más.

Después de revisar que la chica hubiera preparado la bomba de combustible, Han calentó los motores y preparó la computadora de navegación para que calculara las rutas.

—Observa el propulsor, daremos el salto a la velocidad de la luz.

Ella lo miró absolutamente perpleja.

—¿Desde el interior del hangar? ¿Acaso eso es posible?

Han continuó haciendo los ajustes del vuelo en su consola.

—Nunca me cuestiono nada, sino hasta después de hacerlo —le advirtió a la chica. Se abstuvo de admitir que, como ella, no estaba muy convencido de que funcionaría.

Pero no tuvieron más opciones cuando un rathtar saltó desde el pasillo y aterrizó encima de la nave. En unos cuantos segundos avanzó por el casco hasta abrazar la cabina de mando. La chica se estremeció cuando la criatura intentó morder a través de la ventana para comérselos, dejando rastros de baba.

—Nunca me imaginé que este día sería así —aseguró Han—. Inclina los escudos...

Ella presionó sus controles.

—¡Listo!

—¡Los de allá atrás, agárrense! —gritó Han a sus otros pasajeros.

—¡Sin problemas! —respondió Finn.

Han sujetó la palanca del hiperpropulsor y le dio a la computadora de navegación un segundo más para calcular.

—¡Vamos, nena, no me falles!

Tiró la palanca.

Algo silbó. No se movieron. Los dientes del rathtar siguieron intentando masticar la ventana, mientras que el *Halcón* permanecía categóricamente en el hangar.

—¡¿Qué?! —exclamó Han. Si Plutt se había metido con su hiperpropulsor, Han tendría que ir personalmente a Jakku y estrangular a ese estúpido.

—El compresor... —indicó la chica.

—Por supuesto. —Ese lechero de moofs había instalado un compresor en la línea de ignición. Han estuvo a punto de alcanzarlo y encenderlo, pero la chica lo hizo por él. La fulminante mirada del viejo se convirtió en una sonrisa que le demostraba su agradecimiento.

Han volvió a tirar la palanca.

CAPÍTULO 11

EL PRECIPITADO salto al hiperespacio del *Halcón* azotó a Finn contra todas las paredes de la bahía médica, pero no lo hizo pedazos, aunque el wookiee herido parecía ansioso de hacerlo él mismo. Cada vez que Finn le administraba una inyección o intentaba ponerle una venda, Chewbacca rugía y sacudía a Finn con tanta fuerza que este pensó que sus brazos saldrían volando.

—Chewie, me tienes que soltar, ¿entiendes? ¡Ayúdame!

El wookiee gruñó y sujetó con más fuerza a Finn. Pero lo peor fue que las alarmas comenzaron a sonar por toda la nave, haciendo que a Finn le costara más trabajo pensar.

Volteó hacia la entrada y gritó tan fuerte como pudo.

—¡Necesito ayuda con esta bola de pelos!

Han apareció en la bahía médica, gruñendo también.

—Si lastimas a Chewie, te las verás conmigo.

—¿Lastimarlo? ¡Ha estado a punto de matarme seis veces! —reclamó Finn. Chewbacca lo agarró de la camiseta y gruñó—. Lo cual está muy... bien —tartamudeó.

Han se apresuró a resolver el asunto de las alarmas, murmurando algo acerca del hiperpropulsor.

Aunque la aparición de Han fue breve, logró calmar a Chewbacca, y Finn logró vendarle el brazo al wookiee sin perder ningún miembro.

Cuando las alarmas se callaron, Han regresó a la bahía médica. Finn se quitó del camino y comenzó a jugar con el holoajedrez. Escuchó cómo Chewbacca le gruñía algo que tenía un tono de disculpa a Han.

—No digas eso; lo hiciste muy bien. —Han revisó el vendaje—. Vas a estar bien. —Después miró a Finn—. Buen trabajo, gracias.

Sorprendido ante el agradecimiento de Han, Finn titubeó.

—De nada.

El ajedrez holográfico de criaturas se materializó sobre el tablero, emitiendo los sonidos de las distintas especies. Avergonzado, Finn buscó el botón de apagado. Han parecía sorprendido de que Finn no lo hallara.

—Así que son fugitivos, ¿no?

Finn ladeó la cabeza en dirección a BB-8.

—La Primera Orden estaría dispuesta a matarnos a todos con tal de tener el mapa que está en el cerebro de ese pequeño. —Sus dedos movieron rápidamente un control, y las piezas de ajedrez desaparecieron.

Rey entró y le hizo un gesto a Finn y al droide.

—Ellos están con la Resistencia y yo estoy con ellos.

Han miró a Finn y a Rey una vez más, y después se volteó hacia BB-8.

—Veamos qué traes.

BB-8 rotó el lente de su cúpula y proyectó en el aire una parte de un mapa tridimensional de la galaxia. Finn se quedó boquiabierto al ver estrellas, sistemas solares y nebulosas que nunca antes había visto.

Han dibujó una línea invisible a través del mapa.

—Esto no está completo. Sólo es una parte.

Finn miró cuidadosamente el mapa. Había grupos de estrellas que no coincidían entre ellos y pedazos negros que debían estar poblados con planetas y estrellas.

—Desde que Luke desapareció, la gente lo ha estado buscando —aseguró Han.

—¿Por qué se fue?

Han titubeó y después dejó escapar un suspiro.

—Estaba entrenando a una nueva generación jedi. Un chico, un aprendiz, se volvió en su contra y destruyó todo. —Las arrugas de Han parecieron multiplicarse ante el recuerdo—. Luke se sintió responsable y se alejó de todo.

Eso no fue lo que la Primera Orden le había contado a Finn.

—¿Sabes qué le pasó?

—Ha habido todo tipo de rumores e historias —dijo Han—. La gente que mejor lo conoce piensa que fue a buscar el primer templo jedi.

Rey parecía sorprendida.

—¿Los jedi eran reales?

—Lo mismo me pregunté muchas veces. Pensaba que eran puros cuentos. Algún tipo de poder que mantenía unidos al bien y al mal, a la luz y a la oscuridad. —Agitó la cabeza y sonrió—. Lo más loco del asunto es que... es real. Los jedi, la Fuerza, son reales. Todo es verdad.

Finn sintió que el cerebro le dolía. La noción que tenía acerca del universo se desmoronaba frente a él. ¿En realidad existían los jedi y la Fuerza? ¿Acaso la Primera Orden también les había mentado acerca de ellos? Finn dudó que un contrabandista tan experimentado como Han Solo creyera en tales mitos a menos que tuviera pruebas tangibles de que fueran reales.

Lo que Han dijo a continuación no se discutió. Utilizó las mismas palabras de Finn.

—La Primera Orden está dispuesta a matarnos a todos por ese mapa.

Si Kylo Ren era el que los encontraba, la muerte sería el castigo más clemente, temió Finn.

Kylo Ren se encontraba de pie junto al general Hux en una cavernosa sala de comando en el puesto de avanzada secreto de la Primera Orden, la base Starkiller. En su hora libre, todos los técnicos y oficiales vaciaron el salón, dando a Ren y a Hux un poco de privacidad para conversar con el Líder Supremo, Snoke. Su holograma resplandecía frente a ellos sobre un estrado elevado, y era enorme, aunque Snoke fuera pequeño. Estaba sentado en su trono, con las manos encontradas, que se tocaban sólo con las

puntas de los larguiruchos dedos. La piel que se veía debajo de su manto parecía de un rosa pálido y traslúcido. Tenía cicatrices en la frente y en la barbilla, y su nariz, que alguna vez le rompieron, sobresalía con un doloroso ángulo. Pero lo más desconcertante era el desequilibrio de sus ojos. Se asomaban entre la capucha, que los hacía parecer dos estrellas oscuras; su ojo izquierdo estaba más abajo que el derecho. Las sombras ocultaban el resto de su cuerpo, lo que reforzaba la dominante presencia de su voz.

—El droide estará muy pronto en manos de la Resistencia —indicó Snoke—. Eso dará a nuestros enemigos los medios para localizar a Skywalker y tendrán de su lado al más poderoso aliado. Si Skywalker regresa, los nuevos jedi se levantarán.

Hux agachó la cabeza como muestra de respeto.

—Líder Supremo, asumo total responsabilidad de...

—Sus disculpas no son una estrategia, general. Estamos aquí, ahora. Lo que sucederá después es lo que importa.

Ren guardó silencio, dejando que Hux hablara.

—Tengo una propuesta. El arma. La tenemos. Está lista. Me parece que ha llegado el momento de usarla.

—¿En contra de quién? —preguntó el Líder Supremo.

—La República. Contra su centro de gobierno; es un sistema completo —agregó Hux—. En el caos que le seguirá al ataque, la Resistencia no dudará en investigar un asalto de escala tan devastadora, y en el proceso...

—Se revelarán —interrumpió Snoke.

Hux asintió.

—Y si no lo hacen, los habremos destruido.

—Sí... intrépido... Bien. Adelante —le ordenó el Líder Supremo a Hux—. Supervisa los preparativos.

Hux hizo una reverencia ante el holograma.

—Sí, Líder Supremo. —Salió de la sala, dejando a Ren a solas con la imagen.

La voz de Snoke adquirió un tono paternal.

—Nunca antes había tenido a un estudiante con tanto futuro... como tú.

—Son sus enseñanzas las que me fortalecen, Líder Supremo —indicó Ren.

—Va más allá de eso. Son tus orígenes. Es de lo que estás hecho: del lado oscuro... —agregó el Líder Supremo, titubeando antes de pronunciar las siguientes palabras— y de la luz.

Ren sintió sobre él los ojos del Líder Supremo; aunque eran incorpóreos, lo analizaban.

—Kylo Ren —prosiguió—, he visto la elevación y la caída del Imperio Galáctico. Los historiadores se han equivocado. Lo que derrocó al Imperio no fue una estrategia débil ni la arrogancia. Tú sabes muy bien lo que fue.

Ren escupió la respuesta como si fuera veneno.

—Los sentimientos.

—Sí, los sentimientos —repitió el Líder Supremo—. Si Lord Vader no hubiera sucumbido ante la emoción en ese momento crítico, si el padre hubiera matado al hijo, el regreso de Skywalker no sería una amenaza en la actualidad.

Ren entendió que el Líder Supremo le contaba la historia de Vader para ponerlo a prueba.

—Yo soy inmune a la luz —dijo Ren, poniéndose de pie, alto y firme.

—Ha habido un despertar en la Fuerza. ¿Lo has sentido?

—Sí —respondió Ren.

—Los elementos se alinean, Kylo Ren. Tú solo estás atrapado en los vientos de una poderosa tormenta. Tus lazos no sólo son con Vader, sino con el mismo Skywalker. Leia...

—No hay necesidad de preocuparse. Juntos destruiremos a la Resistencia —le aseguró Ren a su maestro—. Y al último jedi.

—Quizá el droide que buscamos está a bordo del *Halcón Milenario*, que una vez más es pilotado por tu padre, Han Solo. Ni siquiera tú, maestro de los Caballeros de Ren, has enfrentado una prueba de tal magnitud.

Ren hizo el mejor esfuerzo por esconder su sorpresa.

—No importa. Él no significa nada para mí. Gracias a su entrenamiento, no seré seducido.

Ren hizo una reverencia y se dio la vuelta para salir, sintiendo la mirada del Líder Supremo sobre él, aun cuando abandonó el salón.

Rey se asomó al exterior desde la cabina de mando del *Halcón Milenario*. Las líneas de la velocidad de la luz se habían fusionado con su destino: un planeta solitario y espectacular. Debajo de una capa de nubes resplandecía un planeta verde y azul. Una maraña de lagos y ríos rodeaba extensos territorios verdosos, abundantes en vegetación. Si Jakku tenía un opuesto, ese era Takodana.

—No sabía que había esta cantidad de vegetación en la galaxia —dijo ella.

Su sobrecogimiento solo incrementó cuando el *Halcón* aterrizó y ella desembarcó, contemplando el entorno sin ninguna clase de filtros. Una antigua fortaleza de piedra yacía en medio de un lago cristalino y de un denso y vibrante bosque.

Han descendió de la rampa de abordaje y se dirigió a ella, le ofreció un bláster y ella lo miró.

—He estado en situaciones complicadas. Puedo arreglármelas sola.

—Por eso mismo te estoy dando esto —dijo Han.

Ella tomó el bláster. Era un modelo antiguo, casi tanto como el *Halcón*.

—Es pesado.

—¿Sabes cómo dispararlo?

Ella le sonrió.

—Apuntas y tiras el gatillo.

—Un poco más en este modelo. Si pones más fuerza, tendrás mejores resultados —indicó—. ¿Tienes un nombre?

Ella levantó el arma y apuntó a sus alrededores, practicando su puntería.

—Rey.

—Rey —dijo, como probando el nombre—. Rey, he estado pensando en agregar a alguien más a la tripulación. Un segundo oficial, alguien que nos siga el ritmo a Chewbacca y a mí, y que sea lo suficientemente inteligente para saber cuándo no debe meterse en el camino. —Su voz perdió algo de su mordacidad—. Alguien que aprecie al *Halcón*.

—¿Me estás dando trabajo? —preguntó ella.

—No hay una paga inmediata, y no voy a ser amable contigo...

—Me estás ofreciendo un trabajo.

—Sólo lo estoy pensando —agregó Han.

Rey escogió sus palabras con mucho cuidado.

—Bueno... si lo haces, me sentiría muy halagada. Pero hay un lugar en donde debo estar.

—¿Jakku?

—Ya estuve fuera por mucho tiempo —respondió Rey.

Han asintió.

—Avísame si cambias de parecer. —Él se inclinó hacia la escotilla del *Halcón*—. ¡Chewie! ¡Revísalo lo mejor que puedas! No estaremos aquí por mucho tiempo. —Han volteó de nuevo hacia ella—. Sonrías demasiado, Rey.

Rey no dejó de sonreír mientras él se alejaba.

CAPÍTULO 12

CHEWBACCA se quedó cuidando el *Halcón*. Han dirigió a Rey, a Finn y a BB-8 hacia un tramo de escaleras de piedra que llevaban hacia la fortaleza propiamente dicha. Habían pasado años desde la última vez que él estuvo ahí y vio a su dueña, y esperaba que la buena opinión que tenía ella acerca de él no hubiera cambiado. De otro modo, quizás habría sido mejor quedarse con los rathtars.

—Otra vez... ¿para qué estamos aquí? —preguntó Finn.

—Para subir a tu droide a una nave segura. ¿Piensas que sólo fue cuestión de suerte que Chewie y yo encontráramos al *Halcón*? Si pudimos encontrarlo con nuestros escáneres, la Primera Orden no habrá estado muy lejos de hacerlo. ¿Quieres que BB-8 llegue a la Resistencia? Maz Kanata es nuestra mejor opción. Ella ha dirigido este lugar durante miles de años. Maz es un gusto adquirido —le dijo Han a los jóvenes—. Así que dejen que yo hable con ella, y, hagan lo que hagan, no miren fijamente.

—¿A qué? —preguntó Rey.

—A nada —contestó Han bruscamente.

En la parte más alta de las escaleras traspasaron una reja abierta, después fueron hacia un pasillo que los llevó hacia un gran salón. El lugar era tan escandaloso y hostil como cualquiera de los que Han frecuentaba. En las muchas mesas que había estaban sentados narquois con barbas azules, ubdurianos que reían a carcajadas y esponjosos frigosianos amarillos. Una mujer con un mono elástico, blanco y negro, estaba sentada en el regazo de un fornido dowutin. Un gabdorino deforme se tambaleaba en una pata de palo. Tres bípedos de pelaje blanco a quienes Han conocía como los trillizos Hassk gruñían desde una esquina. Él nunca demostraba temor en cuchitriles como aquel. Al caminar a través de la multitud con los chicos, lanzó algunas miradas y amenazas feroces para protegerlos de cualquier agresor en potencia.

Sólo hubo alguien a quien Han no insultó. Era pequeña y delgada, tenía la piel arrugada como la de Han, pero del color de un cítrico podrido. Los extremos de un pañuelo bien apretado caían de su cabeza calva, pero el resto de su vestimenta era holgada. Artilugios de todos los tipos colgaban de un cinturón de piel animal alrededor de su cintura; además, algunos anillos y brazaletes adornaban sus dedos y muñecas. Pero la característica más llamativa de su persona eran los lentes, gruesos como los de un telescopio, que cubrían sus ojos, y la voz chillona que salía de su pequeña boca.

—¿Haaan Sooooolo?

El gran salón se quedó tan callado que Han hubiera podido escuchar el movimiento de un gusano.

—Hey, Maz —respondió.

—Pasar desapercibidos —susurró Finn—. Perfecto.

—¿Sigues en los negocios? —le gritó Han a Maz.

—¡Ya casi no! —gritó, acercándose hacia ellos desde la mitad del salón—. Gracias a cierto tipo que no me paga desde hace aproximadamente veinte años. —Ella llegó donde estaba Han y lo miró—. ¿Puedes imaginar algo tan horrible?

Han se retorció.

—Quizá ya pueda hacerlo.

—¿En dónde está mi novio? —preguntó Maz.

—Chewie está reparando el *Halcón*.

—Es un wookiee tan dulce. —Maz miró a Finn y a Rey, y les dijo—: Lo lamento.

—¿Qué cosa?

—Que él los haya metido en este lío, sea cual sea. —Maz volteó a ver a Han una vez más—. ¡Vamos! ¡Siéntate! Estoy impaciente por saber qué necesitas de mí esta vez.

A Poe Dameron la salvación le llegó en forma de lanzadera carraca. Aquella mezcla de piezas encontradas y restauradas se acercó a él, silbando. En su atontado estado de deshidratación, Poe nunca había visto algo tan hermoso.

El diminuto conductor de la lanzadera era de la especie blarina y tenía una piel escamada, mucho más apta para el desierto de Jakku que la de Poe, pero además llevaba prendas que cubrían la mayor parte de su cuerpo, incluyendo lentes reflejantes sobre los ojos. Él le ofreció a Poe una sonrisa muy «dientuda».

—¿Disfrutando del sol?

—Estoy perdido —respondió Poe.

—Claro que lo estás. ¿Dónde dejaste tu speeder?

—Nunca tuve una —dijo Poe. El blarina chasqueó la lengua.

—Entonces tendré que saquearte.

—¿Por qué harías eso? Estoy perdido, y se dice por ahí que los blarina son una especie excepcionalmente hospitalaria.

El hocico del blarina se arrugó.

—Ese no es mi estilo. Seguramente hablaban de otros blarina.

—Toma lo que quieras —agregó Poe, extendiendo los brazos—. Como verás no tengo mucho que puedas saquear.

El blarina levantó sus lentes. Las ranuras de sus pupilas tenían un brillo dorado.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí, sin «nada»?

—Escapé de la Primera Orden robando uno de sus cazas TIE —explicó Poe—; le disparé a un Destructor Estelar y luego hice un aterrizaje forzoso en este basurero arenoso.

El blarina echó hacia atrás su cabeza y rompió en una risa burlona que no pudo detener en un buen rato.

—Esa es la mentira más ridícula que he escuchado en mi vida. Absolutamente increíble —dijo, limpiándose las lágrimas de risa—. Súbete, amigo.

El blarina le extendió una mano con cinco pequeñas y gruesas garras. Poe la tomó y subió tambaleándose a la lanzadera. Llevó las rodillas hacia su pecho y entró apretujado al asiento del pasajero, el cual estaba diseñado para alguien mucho más pequeño.

—¿De casualidad tendrás agua?

—¿De casualidad tendrás un nombre, humano?

—Poe. Poe Dameron.

—Me alegro de conocerte, Poe Dameron. —El blarina le tendió una cantimplora de metal—. Soy Naka Iit.

Poe tomó tanta agua como pudo a través del popote de la cantimplora. Sólo se daba tiempo para respirar entre trago y trago.

—Necesito... salir... de este planeta.

Naka se volvió a colocar los lentes sobre los ojos.

—Claro que sí. Ya tenemos suficientes locos en Jakku. —Volvió a encender los motores y consiguió algo de elevación—. El asentamiento más cercano es el Puesto de Niima, pero no llevaría ni al peor de mis primos ahí. Está controlado por un flácido costal corrupto conocido como Plutt. La única vez que volveré a ver a ese cretino baboso será cuando lo entierren. Entonces habrá una pelea para saber quién arrojará la primera palada de arena.

—¿Hay algún otro lugar?

—Conozco a un comerciante blarina en la ciudad de Blowback llamado Ohn Gos; tiene debilidad por las historias lacrimógenas; quizá pueda sacarte de Jakku a un precio justo.

—No tengo créditos —confesó Poe.

—Ese es tu problema, no el mío. Si no quieres ir...

—Llévame ahí —pidió Poe.

Naka aceleró la lanzadera. Los tres motores se quejaron en protesta, sacudiendo al conductor y al pasajero. Poe pensó que esa cosa iba a explotar en cualquier momento. Sin embargo, Naka no parecía preocupado.

Un momento después fueron atacados por disparos láser provenientes de una duna cercana.

Poe miró sobre su hombro. Un camión speeder se acercaba hacia ellos. Otra erupción en una duna del lado opuesto confirmó que la persecución no era amigable.

Naka gruñó.

—El clan Strus. Esa manada de endemoniados ladrones quiere mi lanzadera.

Poe volvió a mirar hacia atrás.

—Pues la van a tener a menos que vayamos más rápido.

—Ésta no es una cápsula de carreras, es un lugre recolector.

—Puedo hacer que vaya más rápido, pásame el volante.

—Sobre mi muda de piel muerta, nunca te dejaría...

El tamaño de Poe lo favoreció, tomó el volante de control con una mano, mientras empujaba al blarina con la otra. Al cabo de un instante, Naka se encontró en el asiento de Poe mientras éste ocupaba el del conductor, asegurando el volante con las rodillas.

En lugar de acelerar, Poe disminuyó la velocidad.

—¿Qué porquería estás haciendo? —Naka se quitó los lentes—. ¿Acaso es algún tipo de truco?

—Hazles señas de que vamos a detenernos —indicó Poe.

Naka gruñó.

—Esto es lo que me pasa por ser hospitalario.

El blarina se puso de pie e hizo señas con ambas manos. El camión speeder cesó el fuego y desaceleró; muy pronto iba en posición paralela a Poe. Los bandidos se asomaron por debajo de la caja de la camioneta, sonriendo ante su trofeo.

Poe les sonrió también y apagó dos de los motores, como si se fuera a estacionar, pero eso nunca pasó. Sus rodillas tiraron hacia abajo el volante de control, dirigiendo la lanzadera hacia el cielo.

La tobera propulsora deshizo una duna y la lanzadera salió disparada hacia arriba, como si fuera una nave espacial. Los bandidos no tuvieron tiempo de reaccionar y pronto se vieron cubiertos por una tormenta de arena. Poe siguió llevando la lanzadera hacia las nubes, mucho más allá de lo aconsejado para una lanzadera común.

Despidiéndose de los bandidos que se habían quedado abajo, Naka volvió a carcajearse. Sus perseguidores no lograron elevarse, seguramente porque la arena y la sal habrían tapado los repulsores del camión.

—Tú debes ser parte de la Resistencia —le dijo a Poe—. Nadie intentaría algo tan loco como esto.

—«Valiente» es la palabra que preferimos —contestó Poe.

—Llámalo como quieras, locura es locura. —Naka sacó una basura de su diente—. Pero lo único que tengo es esta lanzadera, y tú la salvaste.

—¿Ves lo que te pasa por ser hospitalario?

Naka resopló con su hocico.

—No abuses de tu suerte. Me apalabraré con Ohn Gos y te sacaremos de Jakku, pero hasta ahí llega la hospitalidad de Naka Iit.

—Es más que suficiente para mí. Gracias.

—Agradéceme todo lo que quieras, pero, mientras más lejos esté de tus locuras, más seguro me sentiré.

Esa fue la primera vez que Poe se rio desde que aceptó su misión.

Finn comió hasta el hartazgo de todo lo que había en el festín que Maz les sirvió, pero Rey se atiborró. Él vio cómo la delgada chica devoró absolutamente todo aquello que servían en la larga mesa de azulejos, como si en cualquier momento se lo fueran a

arrebatarse. Aparentemente, el sabor y el aspecto no parecían importarle. Tener comida en el estómago parecía ser su objetivo principal. ¿Qué habría comido en Jakku? O, más bien, ¿qué no habría comido?

Han hizo reír a Maz con la historia de su escape de los guavianos y los matones de Kanjiklub, y notoriamente omitió cualquier mención de los rathtars. Maz se emocionó cuando le contó lo que BB-8 llevaba consigo.

—¡Un mapa que dirige al primer templo jedi! ¡Al mismísimo Skywalker! Nunca he perdido la esperanza en él.

—Es bueno escuchar eso, porque necesito pedirte un favor —dijo Han.

Maz ladeó la cabeza hacia Han.

—Necesitas un préstamo. —La sonrisa de Han tembló—. Sí, escuché lo de los rathtars. —Ella miró a Rey—. ¿Qué tal está la comida?

—¡Deliciosa! —exclamó Rey, entre bocados.

Han le hizo un gesto a BB-8.

—Necesito que lleves al droide con la Resistencia.

—¿Yo? —preguntó Maz.

—Y el préstamo suena bien —agregó Han.

Maz se acercó a Han.

—Te ayudaré a encontrar un camino y a evitar a las tropas de cazadores de Snoke. Pero ese viaje hacia la Resistencia no debo hacerlo yo, y lo sabes.

—Leia no quiere verme.

—¿Y quién puede culparla? Pero esta batalla va más allá de ti y de esa buena mujer. Han, ve a casa —dijo Maz con firmeza.

—¿Qué batalla? —preguntó Rey, totalmente perdida.

—La única batalla: aquella contra el lado oscuro. A través de los años he visto al mal tomar varias formas: los sith, el Imperio. El día de hoy es la Primera Orden. Su sombra se extiende a lo largo de la galaxia. Debemos pelear contra ellos. Todos nosotros.

—Eso es una locura —señaló Finn—. Mire a su alrededor. No hay manera de que no hayamos sido reconocidos. Apuesto que la Primera Orden ya está en camino. —Él dejó de hablar cuando notó que Maz ajustaba sus goggles, haciendo que sus ojos se vieran aún más grandes—. Solo, ¿qué está haciendo ella?

—No tengo idea —respondió Han—, pero no es nada bueno.

Maz se subió a la mesa y caminó directamente hacia donde estaba Finn.

—Si vives lo suficiente, ves los mismos ojos en distintas personas. Y en este momento estoy viendo los ojos de un hombre que quiere escapar.

—Usted no sabe nada sobre mí —contestó bruscamente Finn—. Ni de dónde soy, ni lo que he visto. Usted no conoce a la Primera Orden como yo, nos matarán. Todos debemos escapar. —Él se puso de pie—. Me voy.

Rey frunció el ceño por el asombro.

—¿Qué?

—Necesito ir al Borde Exterior, ahora —replicó Finn, ignorándola.

Maz señaló la entrada, hacia una mesa del gran salón.

—Cabeza grande, camiseta roja, arma brillante, casco rojo brillante con llamas en las orejas... Ellos se dirigen al Borde Exterior. Intercambiarán transporte por trabajo. Ve — le ordenó.

Finn miró a Rey. Ella no lo hizo. Él se levantó, desenfundó su arma y se la regresó a Han.

—Ha sido un placer conocerte, de verdad.

Han tampoco le dirigió la mirada ni tomó la pistola.

—Quédatela.

No se intercambiaron más palabras. Todo era demasiado decepcionante después de lo que habían vivido, pero así era la vida de un soldado. Te acercas a las personas durante situaciones intensas, y lo siguiente que sabes es que serán enviados por distintos rumbos.

El rumbo de Finn sería cualquier mundo civilizado, lejos de la Primera Orden y de la Resistencia.

Rey permaneció sentada en la mesa de Maz, dolida por la partida de Finn. Ella le salvó la vida tantas veces, y, a pesar de eso, la estaba dejando ahí como un cartucho de bláster vacío. Se reprendió a sí misma por pensar que él sería diferente. Si su corta vida le había enseñado algo, era que todos aquellos que estuvieran cerca de ella siempre la abandonarían. Así era como funcionaba la galaxia: lo mejor era vivir solo y ver por uno mismo, así nadie te lastimaría, así sobrevivirías.

Entonces, ¿por qué de pronto se encontró a sí misma yendo tras él?

Finn estaba parado frente a una mesa en el gran salón, preguntando a una persona vestida de rojo, con una capa negra alrededor de los hombros y un casco ancho, si lo podía llevar. Debía ser el capitán de la nave espacial del que habló Maz. Por lo que Rey pudo notar, el capitán podía ser un humano debajo de todo ese atuendo, aunque su regordete teniente con pata de palo y el resto de la tripulación definitivamente no lo eran.

Rey ignoró las miradas de los alienígenas y se paró al lado de Finn.

—¿Qué estás haciendo?

—Dame un segundo —le dijo Finn al capitán, y alejó a Rey de la mesa.

Ella no le daría la oportunidad de presentarle alguna excusa.

—Escuchaste lo que dijo Maz; formamos parte de esta batalla. Ambos formamos parte.

—Mientras lo miraba de cerca, la furia de Rey se calmó. Vio a un joven tan confundido y en conflicto como ella—. Debes sentir algo al respecto.

Él desvió la mirada.

—No soy quien tú crees. No soy... especial. No en ese sentido.

—Finn, ¿de qué hablas? Te he observado. Te he visto en acción...

—Soy un soldado de asalto —dijo Finn.

Su confesión la confundió aún más. ¿Él era un soldado de asalto? ¿Un soldado de la Primera Orden? ¿Acaso todo lo que sabía de él, o sentía por él, era una mentira?

—Me arrebataron de una familia que nunca conoceré. Crecí y entrené para hacer una sola cosa: matar al enemigo. Pero en mi primera batalla, tomé una decisión: no iba a matar para ellos. Así que hui y te encontré a ti. —La voz de Finn se quebró, pero de inmediato se repuso—. Me preguntaste si formaba parte de la Resistencia y me miraste como nadie nunca lo había hecho. Me sentí avergonzado por lo que fui. Pero mi tiempo con la Primera Orden se acabó. Nunca volveré. —Hizo una pausa—. Rey, ven conmigo.

—No te vayas —le rogó Rey.

—Cuídate, por favor —le dijo Finn con tristeza. Sin más que decir, se reunió con el capitán y la tripulación. Rey se dio la vuelta y se alejó, así no tendría que verlo nunca más.

Kylo Ren estaba furioso.

Furioso con el general Hux y su tripulación, por haber dejado que el carguero se les escapara. Furioso consigo mismo por no confiar en los sentimientos que percibió en el soldado que vio en Jakku. Furioso porque el Líder Supremo aún creyera que él, Kylo Ren, pudiera convertirse a la luz.

Se arrodilló en su oscura alcoba a bordo del Destructor Estelar. A pesar de que estaba solo, habló con una voz suave y respetuosa.

—Discúlpame. La he vuelto a sentir, una atracción hacia la luz. El Líder Supremo lo percibe. Enséñame otra vez el poder de la oscuridad y no dejaré que nada se interponga en nuestro camino. Enséñame, abuelo, y terminaré lo que empezaste.

La pieza central del santuario era un símbolo que alguna vez fue temido en toda la galaxia. Las llamas lo envolvieron y lo derritieron, convirtiéndolo en una figura aún más monstruosa que antes. Aunque era frío al tacto, la maldad emanaba de él como si siguiera ardiendo.

Era la reliquia de un hombre muerto con quien Kylo Ren sentía un oscuro vínculo.

Eran los restos quemados de la máscara de Darth Vader.

CAPÍTULO 13

CUANDO REY regresó a la mesa de Maz, Han y la reina pirata seguían debatiendo acerca de qué hacer con BB-8. Rey no se detuvo. Se sintió motivada a explorar el castillo, a descubrir un rincón silencioso donde pudiera estar sola. BB-8 se le unió.

Rey deambuló por un pasillo, donde encontró una escalera de piedra que bajaba en espiral hacia una oscuridad parcial. Ella descendió. El último paso que dio la llevó a un pasillo subterráneo. BB-8 soltó un sonidito nervioso, pero ella siguió hacia delante. El pasillo la dirigió a una puerta cerrada; antes de tocar el candado, ésta se abrió.

Ella entró a lo que parecía ser una bodega. Algunas cajas estaban apiladas debajo de unos arcos. Contenedores de extraños tamaños abarrotaban las repisas. Aquello que no estaba cubierto por lonas tenía una gruesa capa de polvo.

A la mitad de la habitación yacía una pequeña mesa de madera, y en esa mesa estaba una pequeña caja de madera, la cual llamó la atención de Rey como ninguna otra cosa de la habitación. Se acercó a la caja y la abrió.

Ella escuchó una respiración, o algo más parecido a un áspero sonido de ventilación, por lo que se dio la vuelta. La puerta por la que entró había sido remplazada por un oscuro pasillo. Al final, dos siluetas, una con un casco y una capa y la otra de un joven no mucho mayor que ella, luchaban entre sí con sus sables de luz. Uno era rojo y el otro azul. Sables de luz.

—Rey.

Ella buscó a su alrededor para ver quién había dicho su nombre.

—¿Hola?

Nadie respondió, ni siquiera BB-8. ¿A dónde había ido?

Al final del pasillo, un extraño niño la miraba. Apenas había dado unos cuantos pasos hacia él cuando todo a su alrededor empezó a dar vueltas. Mareada, se cayó hacia un lado, hacia la pared que, por alguna razón, de pronto se convirtió en un campo lleno de pasto.

En el pasto estaba clavado un sable de luz rojiza. Después, el cielo se nubló y se oscureció. La lluvia comenzó a caer. El sable fue arrancado de la tierra y soltó una descarga eléctrica, como la de un rayo en la tormenta.

El que recibió el ataque fue un hombre. No podía ver su cara, pero podía escuchar su grito.

Empapada, se levantó. Siete guerreros, envueltos en mantos oscuros, se le acercaron.

Rey intentó correr. Se volvió a caer y notó que había un incendio en la noche; un templo en llamas.

Cuando volteó, los guerreros se habían ido. En su lugar se encontraba otra figura con una capa y una unidad astromecánica R2. La figura con una mano metálica tocó la cúpula plateada del droide.

Al igual que los siete guerreros, aquella escena también se desvaneció.

En un parpadeo se encontró de rodillas en un bosque. La nieve cubría la tierra y las extremidades de los árboles. Nunca antes había visto nieve real, sólo arena.

Ella se paró, temblando. En las profundidades del bosque escuchó los sonidos de la guerra, el silbido de los blásters, el crepitar de los sables de luz, la muerte.

Alguien le habló a sus espaldas. Era una voz tranquila, amable e inquietantemente familiar.

—Quédate aquí. Volveré por ti.

Ella buscó en la oscuridad, entre los árboles.

—¿Dónde estás?

—Volveré, cariño. Te lo prometo.

Rey no quería que el dueño de aquella voz volviera; ella quería que se quedara.

—¡Estoy aquí! ¡Justo aquí! ¿Dónde estás?

Como en sus sueños no escuchó respuesta, continuó corriendo por el bosque, sin darse por vencida en su búsqueda.

Un hombre con una máscara metálica, vestido de negro, se paró frente a ella, con la empuñadura de un sable de luz en la mano.

La helada mirada de la máscara la detuvo en seco. Rey no era alguien que soliera gritar, pero fue precisamente lo que hizo al caer.

La nieve no amortiguó la caída. El suelo en el que cayó era de piedra. Adolorida, se sentó. Una vez más se encontró en el pasillo subterráneo del castillo.

—Ahí estás. —Maz estaba parada en el pasillo ante la escalera.

La cabeza de Rey seguía dando vueltas y difícilmente pudo hablar.

—¿Qué... fue eso?

Maz le echó un vistazo a la entrada de la bodega detrás de Rey.

—Te llamé.

Rey se levantó, temblorosa.

—No debí haber entrado ahí. Lo siento.

—Escúchame —agregó Maz—. Esto significa algo. Algo muy especial.

—Necesito regresar. —Rey respiró profundamente, intentando calmarse.

—Sí, Han me contó —indicó Maz, sonando compasiva—. Lo que sea que hayas estado esperando, o a quien sea, puedo verlo en tus ojos... y lo sabes desde hace mucho... no regresará. Pero hay alguien que aún puede hacerlo... con tu ayuda.

Después de todo aquello por lo que Rey había pasado, después de ver a Finn marcharse, sus emociones eran un caos.

—No.

Maz tomó la mano de Rey.

—Ese sable de luz era de Luke. Y antes, de su padre. Ahora ha llegado a ti. El origen que buscas no está en tu pasado; está en tu futuro. No soy jedi, pero conozco la Fuerza. Se mueve y rodea a todas las cosas vivas. Cierra los ojos. Siéntela. La luz siempre ha estado ahí. Te guiará.

—Toma el sable.

Rey retrocedió.

—Nunca más volveré a tocar esa cosa. No quiero ser parte de nada de esto.

Ella soltó la mano de Maz y corrió: subió las escaleras, atravesó el pasillo, se adentró en el bosque. Y no se detuvo.

La capitán Phasma estaba de pie con un grupo de generales y almirantes en una plataforma elevada por encima de la plaza de armas, en la base Starkiller. Abajo se encontraban reunidos los mejores y más brillantes militares, alineados en orden y en posición de firmes. Filas de cazas TIE y de caminantes bordeaban los territorios, alrededor de los cuales se alzaban unas traicioneras montañas cubiertas de nieve.

Detrás de Phasma ondeaba lo que parecía ser el panorama más impresionante, el objeto en el que estaban concentrados todos los que se encontraban abajo: una colosal bandera de la Primera Orden.

El general Hux se dirigió al mitin desde el borde de la plataforma.

—Esta feroz máquina que ustedes han construido y que ahora tenemos enfrente, le pondrá fin al despreciable Senado y a la flota de la Nueva República. —Su voz amplificaba hacía eco en las montañas—. Cuando este día termine, los sistemas que queden se inclinarán ante los mandatos de la Primera Orden. ¡Todos recordaremos este día como el día final de la última República!

Al inicio todo permaneció en silencio. Sólo se escuchaba el sonido de la brisa helada que llevaba los copos de nieve de un lado para otro en la plaza de armas. Después resonó una erupción. Desde las montañas se había disparado un rayo de luz tan intenso que muchos tuvieron que desviar la mirada. El visor de Phasma la había protegido de quedar ciega; ella miró directamente hacia la luz. El sonido vino después: una onda expansiva que derribó muchas formaciones rocosas. Phasma permaneció erguida, manteniendo el equilibrio.

Nadie pudo ver lo que sucedió a continuación. El planeta que acogía la base Starkiller estaba lo suficientemente lejos del objetivo del rayo.

Afuera del castillo, junto a Chewbacca, Han inspeccionó una sección del cielo de Takodana a través de un compacto y delgado telescopio. Había escuchado muchas teorías acerca del origen de una estrella que había nacido recientemente. Ninguna de ellas tenía

sentido. Los nuevos cuerpos estelares no aparecían solo brillando en el cielo de la noche a la mañana.

El telescopio de Han calculó que la nueva estrella estaba a muchos, muchos años luz de distancia, lo que bajo circunstancias astronómicas normales significaba que, en realidad, había nacido años atrás. Además, si los cálculos estaban en lo cierto, sus coordenadas estelares parecían ser las mismas que las del Sistema Hosniano, donde se localizaba la capital de la Nueva República.

¿Acaso el Sistema Hosniano se había convertido en una nova? ¿Había sido destruido? Han se atrevió a considerarlo. Si era así, ¿cómo había sucedido tan rápido?

—Era la capital de la República —dijo Finn, acercándose a Han y a Chewie desde atrás—. La Primera Orden la destruyó.

Han bajó el telescopio. Su mente se imaginó los peores escenarios posibles. Si Leia había estado en la capital...

—¿En dónde está Rey? —Los ojos de Finn recorrieron los alrededores del patio del castillo.

—Creí que estaba contigo —dijo Han.

Maz caminó hacia ellos.

—Rey está donde necesita estar. Ustedes tres, vengan conmigo. Hay algo que deben ver.

Maz llevó a Han, Chewbacca y Finn de regreso al castillo, después descendió por unas escaleras y, finalmente, caminó hacia una bodega llena de cacharros. Se dirigió hacia una pequeña mesa, donde yacía una caja abierta. Ella acercó la caja y tomó un cilindro cuya longitud era de alrededor de un cuarto de brazo.

Han supo lo que era porque lo había visto en acción. Incluso alguna vez lo utilizó. Era la empuñadura del sable de luz de Luke Skywalker.

—¿De dónde lo sacaste? —le preguntó.

Maz admiró la empuñadura entre sus alargados dedos.

—Es una larga historia, una muy buena, que les contaré después. —Para sorpresa de todos, ella miró a Finn—. Tu amiga se encuentra en un gran peligro —le dijo—. Toma esto y encuentra a Rey.

Ella le extendió la empuñadura a Finn y él la tomó. Una detonación los hizo temblar. Algunos pedazos del techo cayeron encima de ellos. Los estruendos continuaron en otras áreas. No se trataba de un tiroteo que se hubiera salido de control ni de una vieja granada de mano que hubiera perdido el seguro. El castillo estaba siendo atacado.

—Esas bestias. Están aquí —dijo Maz.

CAPÍTULO 14

REY finalmente dejó de correr en las profundidades del bosque. No entendía por qué había corrido por tanto tiempo; simplemente sintió la necesidad. Ahora lo único que sentía era cansancio.

Anunciándose con un pitido, BB-8 rodó hacia ella, quien parpadeó. ¿Otra vez estaba teniendo visiones? ¿O realmente la había seguido hasta ahí?

El astromecánico silbó una pregunta: quería saber hacia dónde tenían la intención de ir. ¿Tenían? Que hubieran viajado juntos en el pasado no significaba que también lo harían en el futuro. Finn se lo había dejado muy claro a ella.

Pero, a pesar de las súplicas de Rey, el pequeño droide se rehusó a abandonarla. Él iría adonde ella fuera, hacia Jakku y de regreso si eso era lo que quería.

—No. Necesitas regresar con ellos —le dijo—. Eres importante, mucho más que yo. Ellos te ayudarán a completar tu misión mejor de lo que yo lo hubiera hecho.

El cielo retumbó. A través de un agujero entre las copas de los árboles, se dio cuenta de que un escuadrón de naves de guerra iba en dirección al castillo de Maz. La insignia de un círculo dentado en el interior de un cuadrado rojo adornaba todas las naves.

La Primera Orden los había encontrado. Rey corrió hacia el castillo, no podía abandonar a Han Solo o a Chewbacca ante un pelotón de fusilamiento de la Primera Orden. Han Solo le había ofrecido un trabajo: formar parte de su tripulación. Ella debía demostrarle que estaba en lo cierto al confiar en su lealtad.

Al salir por la cima de una colina que tenía vista al castillo se dio cuenta de que era demasiado tarde: los cazas TIE volaban con rutas precisas alrededor de la fortaleza, atacándola con cañones láser. Soldados de asalto saltaron fuera de los transportes para asegurarse de que no quedara nada vivo y dispararle a aquello que aún se moviera.

Rey corrió sobre del borde del bosque para ver si podía entrar a escondidas por la parte trasera del castillo, pero no pudo hacerlo debido a una nave que se acercaba a tierra firme. De la trampilla desembarcó una figura cubierta con una capa y una máscara metálica. Era la misma figura a la que había observado en la visión que tuvo en la parte subterránea del castillo.

Los disparos bláster sonaban por todas partes, incendiando los árboles que la rodeaban. Una tropa de soldados de asalto la vio. Ella se escondió detrás de un árbol y contestó el fuego con su pistola, o al menos eso creyó. No fue hasta que quitó el seguro del bláster que salió algo más que un simple *click, click*. En la primera ronda de disparos reales hizo bien su trabajo, eliminando a dos soldados y forzando a la tropa a retirarse.

Rey se replegó en la maleza para protegerse mejor.

—Mantente en movimiento y fuera de la vista —le dijo al preocupado BB-8—. Yo me encargo de ellos.

El droide esa vez sí cumplió con las órdenes de ella y se apresuró a adentrarse en el bosque. Rey caminó a paso lento, con el bláster listo.

Sin ninguna advertencia o sonido, el hombre de la máscara apareció en la oscuridad del bosque. ¿Cómo había logrado llegar hasta ella? Difícilmente Rey pudo adivinarlo, pero sí podía conocer su propósito. Él encendió la larga línea de luz roja de su sable; dos lenguas de fuego láser, perpendiculares a la empuñadura, conformaban una cruz encendida que podría representar un peligro para la mano de aquel que lo usara, a menos que tuviera un perfecto dominio del arma.

Rey disparó su bláster. El sable de luz se alzó y rechazó cada disparo que ella hacía. Rey siguió tirando el gatillo, no había nada más que pudiera hacer. Él desvió los rayos y después extendió la palma de su mano hacia ella.

Todas las extremidades de Rey se acalambraron. No había una parte de su cuerpo que pudiera moverse: ni las piernas, ni los brazos, ni los dedos. Incluso le costaba trabajo respirar.

El hombre caminó hacia ella. Su voz, filtrada a través de la máscara, se burló:

—¿Tú me vas a matar?, ¿qué no sabes nada acerca de mí?

La lengua de Rey sí podía moverse.

—¿Por qué no habría de matarte? Sé acerca de la Primera Orden.

Él caminó alrededor de ella.

—Estás asustada, pero yo soy el que debería estarlo. Tú disparaste primero. Tú hablaste de la Orden como si fuera brutal. Sin embargo, yo fui el que se vio obligado a defenderme de ti. —Él se acercó aún más, levantando su sable de luz para clavar el ardiente resplandor en la piel de Rey—. Algo, hay algo. —La miró a través de su visor—. ¿Quién eres?

Aunque podía mover la lengua y los labios, Rey no lo hizo. No le diría nada.

El hombre enmascarado desactivó su sable de luz y lo colgó en su cinturón. Su mano enguantada le rozó la sien y las mejillas. Ella desvió los ojos para no tener que mirarlo, pero aún podía sentirlo, su presencia estimulaba su mente. Unos zarcillos fantasmagóricos se deslizaban por su mente; recuerdos de su juventud brillaban como información en una pantalla de lecturas. Él se oyó decepcionado.

—¿Entonces es cierto? Después de todo, ¿no tienes nada de especial? ¿Solo eres una chatarrera de Jakku?

Rey apretó los labios; los zarcillos seguían haciendo de las suyas en su mente y comenzaron a cavar profundo, como si sus puntas fueran bisturíes. Entre más intentaba retroceder, más afilados se volvían los zarcillos.

Se enredaron alrededor de un recuerdo de Finn que guardaba en su mente.

—Conociste al traidor que solía servirme. Incluso comenzaste a tenerle cariño.

Ella se resistió, intentando pensar en cualquier otra cosa, en cualquier otra persona. Entonces, se dio cuenta de que había permitido a Ren el acceso que necesitaba.

—¿Has visto el mapa!

Los zarcillos fantasmagóricos que se enterraban en sus recuerdos como garras finalmente destrozaron su mente. Afortunadamente, quedó inconsciente.

Cuando llegaron a nivel de suelo, Maz le dio a Finn una sencilla orden.

—Encuentra a la chica y al droide.

Finn miró los escombros que los rodeaban. Había perdido su bláster al escapar del castillo.

—Necesito un arma.

Maz sujetó la muñeca de Finn.

—Tienes una.

Él activó el sable, que titilaba en su mano y pesaba muy poco. Cuando lo agitó en el aire, lo sintió como una extensión de su brazo, una extensión mortífera.

El rayo azul brillante también alertó al escuadrón enemigo. Los soldados de asalto comenzaron a dispararle.

Han y Chewbacca se tiraron al suelo para cubrirse y responder el fuego. Tres soldados de asalto aparecieron detrás, apuntándole al dúo desprevenido. Finn hizo lo único que se le ocurrió para salvar a ese par: se abalanzó hacia los soldados.

Estos quedaron tan atónitos como Finn cuando el sable atravesó su armadura, piel y huesos. A esos dos los cortó de inmediato, el tercero soltó su rifle y blandió un arma melé de su propiedad, un bastón de control para pelea que resplandecía con electricidad de color azul. Finn se le abalanzó, pero el soldado se agachó y empujó a Finn hacia atrás, tirándolo. El soldado levantó el bastón para acabar con Finn, pero un disparo bláster lo mató primero.

El tirador no era otro que Han Solo. El viejo contrabandista y el wookiee corrieron hacia Finn.

—¿Estás bien? —preguntó Han, dándole una mano para levantarlo.

Finn recogió el sable de luz, que se retrajo cuando cayó.

—Sí, estoy bien, claro. Gracias.

Por cuánto tiempo más permanecería así era la verdadera pregunta. Los refuerzos de los soldados de asalto llegaron y los rodearon, superándolos en número, eran más de tres por cada uno de ellos.

—Suelten las armas... ¡ahora! —gritó el soldado.

Han y Chewbacca hicieron lo que les ordenaron. Finn soltó el sable de luz con recelo. Un soldado se acercó al arma y la recogió.

Sus dos compañeros murmuraron y gruñeron acerca de qué hacer después. Pero, cuando otro escuadrón se acercó, ya no hubo nada que hacer. Ahora eran prisioneros de la Primera Orden y probablemente nunca más volverían a ver las estrellas.

Finn le echó un último vistazo al cielo para ver el brillo de las estrellas encima de él.

Pero no eran estrellas, eran X-wings.

Un escuadrón bajó en picado hacia la superficie del lago, sus cañones le disparaban a cualquier nave de la Primera Orden que se le ponía enfrente. La mayoría de los cazas TIE estaban estacionados alrededor de los escombros del castillo y no se esperaban un ataque sorpresa. Los cazas TIE se convirtieron en aquello en lo que habían convertido el castillo: ruinas humeantes.

—¡Es la Resistencia! —celebró Han.

Todos, incluyendo captores y presos, huyeron a buscar refugio. Las armaduras blancas se convirtieron en blancos fáciles para los X-wings. Los soldados de asalto cayeron en numerosas cantidades.

Finn alcanzó un rifle tirado pero decidió no utilizarlo. Quería el arma que Maz le había dado, así que recuperó el sable de luz de un soldado de asalto caído.

El X-wing líder, blanco con rayas naranjas, giró bruscamente para ametrallar a los soldados de asalto y cazas TIE restantes.

—¡Qué gran piloto! —se dijo Finn.

Finn entrevió a una figura saliendo del bosque hacia la nave que la esperaba. Llevaba una capa y una máscara, y parecía que no le preocupaban aquellos soldados de asalto que morían a su alrededor.

Kylo Ren.

Él llevaba en los brazos a una mujer joven y pálida.

—¡Rey!

Finn corrió hacia la nave. El fuego enemigo acabó con todo lo que lo rodeaba.

—No, no, no. Rey... ¡Rey!

Sus gritos se perdieron tras el estallido del despegue. La nave de la Primera Orden y otras naves sin daños salieron disparadas hacia la atmósfera.

Finn regresó al castillo, intentando contener las lágrimas, y encontró a Han.

—Se la llevó —exclamó Finn—. ¿Lo viste? Se fue, ¡Rey se fue!

Han empujó a Finn.

—Sal de mi camino.

Finn se detuvo, anonadado. Unos cuantos metros más lejos, escuchó a Maz hablándole suavemente a BB-8.

—Sí, ahora ellos tienen a Rey —le dijo, y el droide pitó—. Lo sé, pero no podemos perder la esperanza. Comparte lo que tienes con tu gente, te necesitan.

El droide rodó obedientemente. Maz caminó hacia Finn.

—Parece que tengo mucho qué recoger, ¿no? —Ella lo miró a través de sus lentes y sonrió—. ¡Oh, guau!

—¿Qué? —preguntó Finn.

—Ahora veo algo más —aseguró—. Ahora veo los ojos de un guerrero.

Su hijo había formado parte del ataque. El hijo de ellos.

Su corazón estaba al borde de romperse, Han estaba parado en medio de los restos de la batalla y, de pronto, miró a una mujer a la que no había visto en mucho tiempo. Ella descendió de una nave de la Resistencia que aterrizó cerca del castillo. El uniforme sencillo que llevaba no se parecía en nada a las vestimentas reales que tenía cuando él la miró por primera vez en un pasillo de la Estrella de la Muerte, décadas atrás. Su cabello castaño había encanecido y, aunque seguía trenzándolo, ya no tenía la sutileza de su juventud.

Ella caminó hacia Han; no había perdido su majestuoso andar. Su droide protocolo, que alguna vez fue dorado, ahora era de un color bronce desgastado, excepto por un brazo rojo que le había sido trasplantado; parloteaba a su lado. Su denominación oficial era C-3PO, aunque Han tenía muchos apodos para él. La historia se encargó de otorgarle a esa mujer muchos nombres y títulos, desde Princesa de Alderaan a líder de la Resistencia, pero para Han esa mujer era simplemente Leia, su esposa.

BB-8 se alejó con C-3PO para una reunión informativa entre droides. Han supo después que C-3PO había sido quien descubrió su ubicación en Takodana. Un simple droide sirviente de la Federación Galáctica que trabajaba con Maz, y que además formaba parte de la red de espionaje de la Resistencia transmitió a C-3PO que BB-8 se encontraba ahí. Ello significaba que Han le debía la vida a la vieja lata dorada, aunque nunca lo admitiría.

Una vez que los droides se fueron, marido y mujer compartieron un momento juntos, a solas.

—Cambiaste tu peinado —le dijo Han.

Ella observó su atuendo.

—Es la misma chaqueta.

—No. Es una nueva.

Ese momento de tranquilidad fue efímero.

Dando grandes zancadas, Chewbacca apareció con un eufórico rugido y envolvió a Leia entre sus brazos. Sus gruñidos y aullidos la hicieron sonreír. Contento, el wookiee subió a la nave.

Los dos siguieron el ejemplo del wookiee y se abrazaron. Han difícilmente podía recordar la última vez que tuvo a Leia tan cerca. Él la extrañaba y odió tener que interrumpir ese momento con noticias acerca de su hijo.

—Lo vi —le dijo Han—. Él estuvo aquí.

Leia cerró los ojos, pero no se sorprendió; parecía que ya lo sabía.

Rey tiene una vida solitaria en Jakku como chatarrera.



Finn fue entrenado por la Primera Orden para ser un soldado de asalto, pero muy pronto se da cuenta de que debe elegir un camino distinto.



El piloto Poe Dameron es un héroe en la Resistencia.
Su leal droide, BB-8, es pequeño pero valiente.

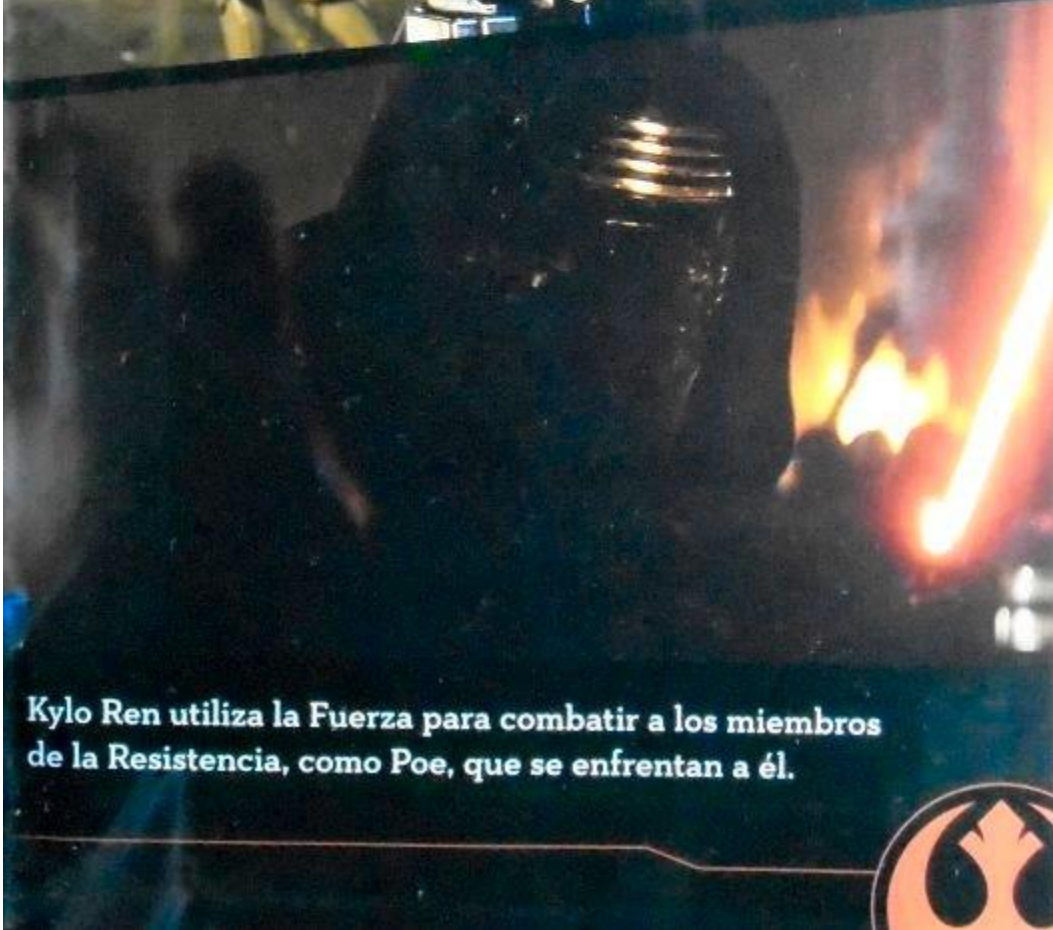


Kylo Ren cree en el poderío de la Primera Orden.

La capitán Phasma y los soldados de la Primera Orden destruyen la aldea de Lor San Tekka, en Jakku.

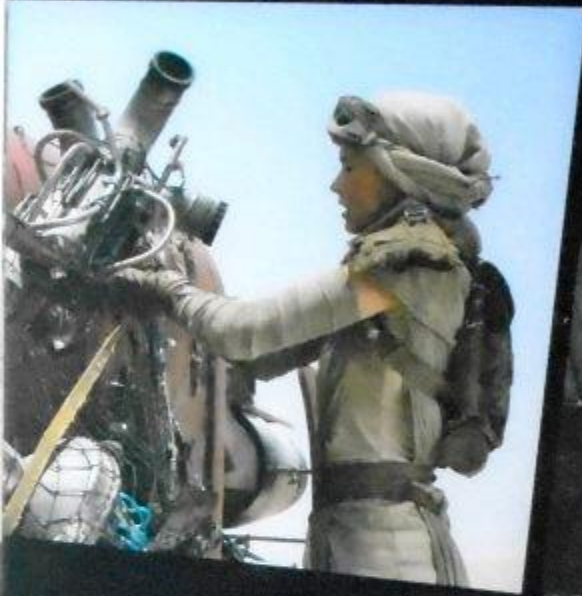


Kylo Ren utiliza la Fuerza para combatir a los miembros de la Resistencia, como Poe, que se enfrentan a él.



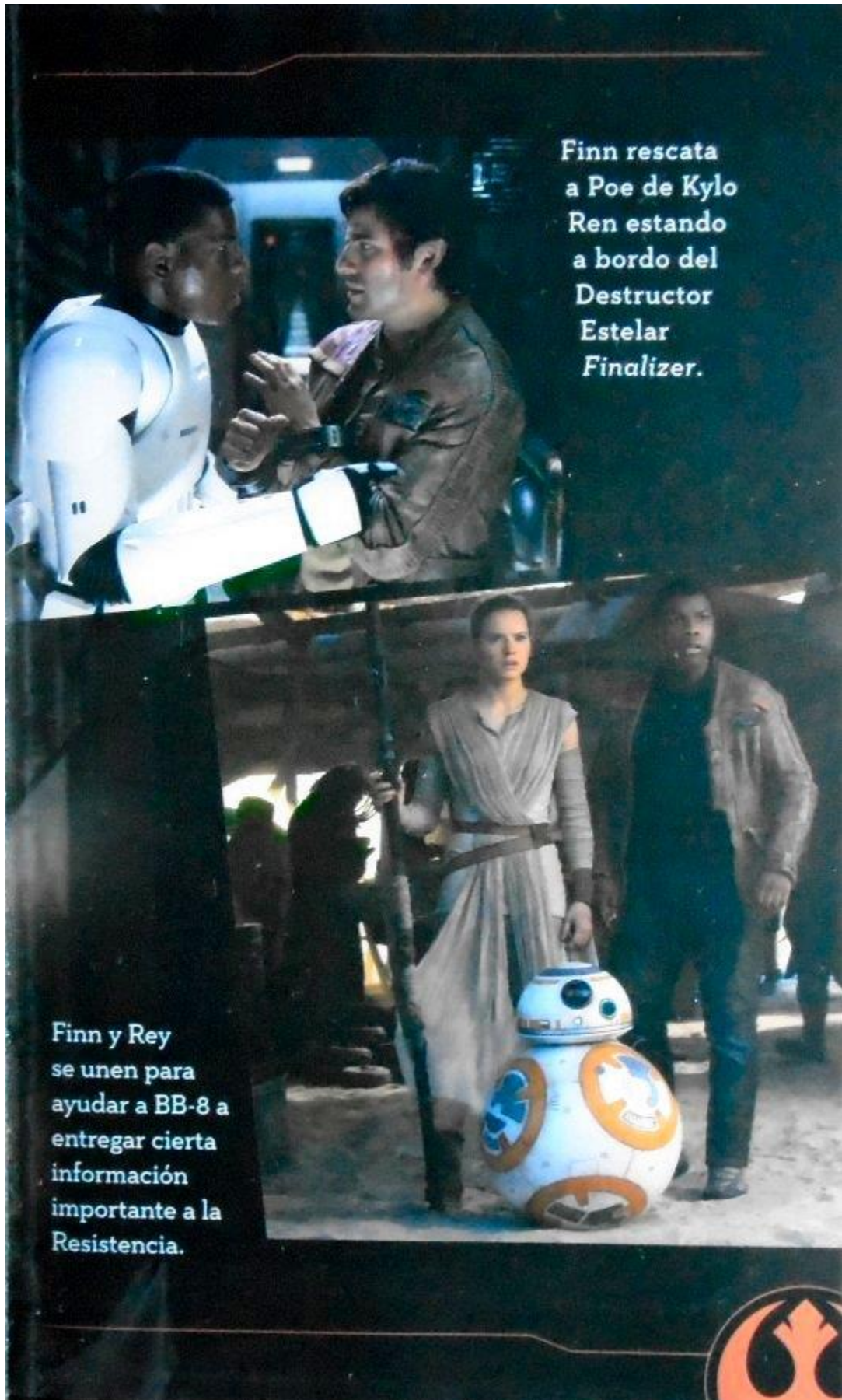
Rey carga de piezas que encontró en Jakku el speeder que construyó ella misma.

Es terrible intercambiar piezas con Unkar Plutt, pero Rey no tiene otra opción si quiere comer.



Rey rescata a BB-8 de un teedo chatarrero.

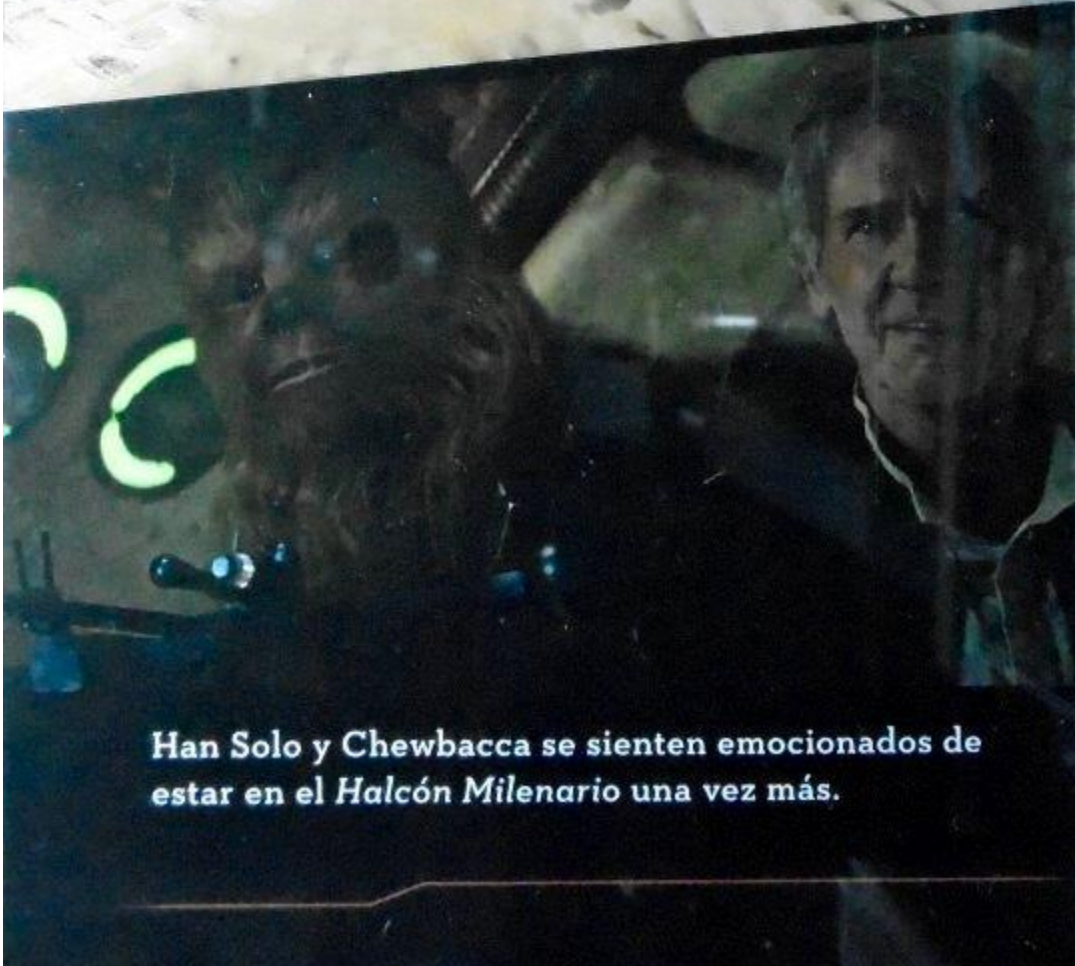




Algunos cazas TIE persiguen al *Halcón Milenario* a través del basurero de naves espaciales en Jakku.



Han Solo y Chewbacca se sienten emocionados de estar en el *Halcón Milenario* una vez más.





La general Leia Organa dirige la Resistencia desde una base escondida en D'Qar.



Kylo Ren enciende su sable de luz modificado para enfrentarse a Rey y a Finn.



CAPÍTULO 15

NAVEGAR el cinturón de asteroides de D'Qar parecía un viaje de placer comparado con todos los peligros que Poe enfrentó en Jakku. Condujo hábilmente su X-wing alrededor de las rocas que orbitaban, después descendió a través de la atmósfera del planeta verde y vio el bosque a través de la ventana, antes de llegar a la sede de la Resistencia. La base estaba justo como la había dejado antes de partir a su misión. Las enredaderas se entretejían alrededor de los edificios y bunkeres de duracreto, y los camuflaban. A diferencia de las movedizas arenas de Jakku, ahí la tierra permanecía firme bajo de los pies de Poe.

Se sentía bien estar en casa.

BB-8 salió disparado hacia él, atravesando el área de aterrizaje e inundándolo con pitidos. Estaba infinitamente feliz. Poe se dio la vuelta para mirar al soldado de asalto al que había nombrado Finn, y se acercó.

—Poe, Poe Dameron —exclamó Finn con una gran sonrisa—. ¡Estás vivo!

—Tú también —observó Poe, correspondiendo a su sonrisa.

—¿Qué te pasó?

—Recobré la conciencia justo después de que tú saliste disparado del TIE y logré evitar un choque total, pero no una travesía espantosa por el desierto. Si un chatarrero no me hubiera recogido ni me hubiera ayudado a salir de Jakku, ahora estaría enterrado en una duna. Pero eso no se compara con lo que tú has hecho. Escuché que completaste mi misión y, lo mejor de todo, que salvaste mi chaqueta.

Finn comenzó a quitársela.

—Lo siento, aquí está...

Poe lo detuvo.

—Quédatela, te queda bien. Yo ya tengo una nueva. —Sonrió. Era muy cierto que la galaxia obraba de maneras misteriosas. Ambos habían sido entrenados para ser enemigos, pero, contra todo pronóstico, ahora eran como amigos—. Eres un buen hombre, Finn. La Resistencia necesita el apoyo de más personas como tú.

—Poe, necesito tu ayuda.

Cuando Poe supo en qué consistía la solicitud de Finn, llevó al antiguo soldado de asalto hacia el interior de la base, para presentarle a la única persona que podría ayudarlo.

—General, siento interrumpirla, él es Finn y necesita hablar con usted.

La general Leia Organa se disculpó y abandonó la reunión con el equipo de comando, y volteó a ver a Poe y a su compañero.

—Y yo necesito hablar con él —le contestó—. Lo que hiciste fue increíblemente valiente.

—Gracias, señora —respondió Finn—. Pero estoy aquí para hablarle de una amiga mía que fue tomada como prisionera durante el enfrentamiento en Takodana.

Ella suspiró.

—Han me contó acerca de la chica. Lo siento.

—Finn está familiarizado con el arma que destruyó el Sistema Hosniano —agregó Poe—. Él trabajó en el planeta donde fue construida.

Leia tomó las manos de Finn.

—Nos urge conocer cualquier cosa que sepas.

—Está localizada en un planeta que funciona como la base principal de la Primera Orden —indicó Finn—. Estoy seguro de que ahí llevaron a mi amiga. Necesito llegar ahí, rápido.

—¿Cómo se llama la chica? —preguntó Leia.

—Rey —respondió Finn, suavemente.

Rey despertó y se encontró atada a una plancha de interrogación, tan inclinada que casi estaba de pie. Su interrogador merodeaba cerca de ahí, mirándola a través de la máscara de metal.

—¿En dónde estoy? —le preguntó.

—Eres mi invitada —le dijo, sin sonar nada hospitalario.

Él hizo un gesto. Los grilletes que la sujetaban se soltaron y se sobó las zonas de sus brazos que habían estado prensadas.

—¿En dónde están los demás... los otros que peleaban conmigo?

Él resopló.

—¿Te refieres a los traidores, asesinos y ladrones a los que llamas «amigos»? Te sentirás aliviada de saber que no tengo la menor idea.

Alivio era la última emoción que Rey podía sentir en ese momento. ¿Cómo podía creerle cualquier cosa? Estaba llena de furia hacia él; tenía ganas de arrancarle la máscara y clavársela en el cráneo. Él la miraba a ella con la misma helada expresión metálica.

—Aún quieres matarme.

—Eso es lo que pasa cuando eres atrapada por una criatura con una máscara.

Él sostuvo la mirada fija de ella, después llevó las manos enguantadas a los lados de su máscara, y se la quitó.

Tenía el rostro de un hombre joven, pero su mirada era la de uno viejo. Sus labios y su oscuro cabello contrastaban con su pálida tez, una que no había visto el sol en mucho tiempo. Parecía un estudiante que no disfrutaba su aprendizaje. Uno que sólo percibía los grandes problemas de la galaxia y no los simples placeres.

—Cuéntame del droide —dijo.

—Es una unidad BB con un impulso de selenio y un hiperescáner vindicador termal, un sistema de propulsión giroscópica interna autocorrectora, el sistema óptico se corrigió para...

Él entrecerró los ojos.

—El mapa, eso es lo que necesito.

Ella mantuvo la boca cerrada e intentó olvidar lo que había visto. Pero, mientras más intentaba olvidarlo, más claro lo veía. De pronto se dio cuenta que ese era uno de sus trucos. Necesitaba comenzar a pensar en algo más.

—Puedo tomar lo que quiera de tu mente —le dijo.

—Entonces no necesitas que te diga nada.

—Es cierto —dijo. Sus dedos acariciaron el rostro de ella.

Al estar liberada de sus grilletes, ella podía empujarlo, que era probablemente lo que él quería, pero eso le haría perder la concentración. Y necesitaba toda la que fuera posible para impedir que él explorara aún más profundo.

Ella construyó su barrera con la emoción que le había dado sustento desde que tenía memoria.

—Has estado muy sola. Has tenido miedo de irte a alguna otra parte. —Los zarcillos reptaron alrededor de sus recuerdos, de sus sueños—. Por las noches, desesperada por conciliar el sueño, puedes imaginarte un océano. Puedo verlo. Puedo ver la isla.

Al pensar en su soledad y recordar la tristeza que había llenado su vida, los ojos de Rey se llenaron de lágrimas. Recorrieron su rostro gotas que habrían sido muy preciadas en Jakku.

—Y Han Solo —dijo él—. Sientes que él es el padre que nunca tuviste.

Su tono se suavizó, como si le importara.

—Déjalo ir. Te decepcionará.

Rey sabía que eso era una treta. Al hombre no le importaba otra cosa más que él y sus logros.

—¡Sal... de... mi... cabeza! —gritó llena de ira.

Temor no era lo que ella sentía. No le tenía miedo. Sabía lo que él era capaz de hacer e intentaba luchar contra aquello. Pero él estaba hablando de sí mismo, de lo que él sentía, de su debilidad. El miedo era el portal a su mente.

Ella volteó los zarcillos hacia él. Sus sentimientos y sus recuerdos eran fáciles de leer. Su mente era un océano de miedo agitado.

—Tú, tú tienes miedo de no ser tan fuerte como... —Ella titubeó. La imagen de otro hombre con una capa negra y una máscara predominaba en aquel torbellino. Era la misma silueta que había percibido en la visión que tuvo en la bodega subterránea del castillo de Maz. Él tenía un nombre—: Darth Vader.

Él apartó la mano enguantada de su rostro. Estaba anonadado, como si hubiera sido golpeado con una ráfaga invisible.

Él movió las manos, y los grilletes volvieron a apresar las muñecas de la chica, aún más fuerte en esta ocasión. El dolor que le causaba no disminuía la satisfacción de verlo trastabillar a través de la celda, humillado y derrotado.

Han se sentó en el salón de estrategia con los comandantes superiores de la Resistencia. Tamborileaba los dedos, esperando a que C-3PO retirara un extraño objeto de BB-8. Han ya le había dicho a todos que el mapa estaba incompleto, pero Leia insistía en que ella y su equipo debían verlo por su cuenta.

Una vez que retiró el objeto con mucho cuidado, C-3PO lo dejó en una mesa redonda en el centro de la habitación. Sobre la mesa, el mapa estelar se materializó en aquella gran amplificación que Han había visto en el *Halcón*. Leia y su equipo estudiaron el mapa, mientras Han analizaba sus rostros. Nadie parecía estar contento con lo que tenían enfrente.

C-3PO hizo notoria su decepción.

—General, desafortunadamente este mapa contiene datos insuficientes, por lo que no coinciden con ningún sistema en nuestros registros.

—Te lo dije. —Han no pudo evitar insistir en eso.

Leia agitó la cabeza.

—Qué tonta fui en creer que podía encontrar a Luke y traerlo de vuelta.

Han se suavizó al ver a su esposa tan afligida.

—Leia...

—No hagas eso —le dijo bruscamente.

—¿Hacer qué?

—Ser afectuoso conmigo. —Ella salió de la habitación.

Han fue tras ella.

—Oye, estoy aquí para ayudar.

Ella siguió caminando por el pasillo.

—¿Y eso cuándo ha ayudado? Y no me digas «la Estrella de la Muerte».

Él se paró frente a ella.

—¿Podrías detenerte y escucharme durante un minuto? ¿Por favor?

Ella resopló. Aún tenía la paciencia de una princesa, la cual era muy poca. Pero se detuvo y lo miró.

—Te escucho, Han.

Han no endulzó sus palabras; ella era inmune ante tales encantos, así que él fue directo a la raíz del conflicto: su hijo.

—No planeaba venir aquí. Sé que cada vez que me miras, te acuerdas de él, por eso me alejé.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que no quiero recordarlo? ¿Que quiero olvidarlo? —Ella agitó la cabeza—. Lo quiero de regreso.

—Se ha ido, Leia. Siempre lo atrajo el lado oscuro. No había nada que pudiéramos hacer para detenerlo, sin importar cuánto lo hubiéramos intentado. Había demasiado de... Vader en él.

—Por eso quise que entrenara con Luke —agregó Leia—. Nunca debí mandarlo lejos. Ahí fue cuando lo perdí. Cuando los perdí a ustedes dos.

—Y tú y yo tuvimos que lidiar con eso a nuestra manera —aceptó Han—. Yo regresé a aquella única cosa para la que siempre fui bueno.

—Ambos lo hicimos —respondió Leia, con tristeza.

—Y perdimos a nuestro hijo para siempre.

—No —aseguró Leia—. Fue Snoke.

—¿Snoke?

—Él sabía que la Fuerza iba a ser intensa en nuestro hijo —dijo ella—. Que nació con el mismo potencial para el bien y para el mal.

—¿Tú supiste esto desde el principio? ¿Por qué no me dijiste? —preguntó Han.

Leia no dijo nada en su defensa, y Han no insistió.

—Así que Snoke vigilaba a nuestro hijo.

—Siempre, desde las tinieblas —le explicó Leia—. Incluso antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, él manipuló todo, arrastrando a nuestro hijo hacia el lado oscuro.

Han suspiró. Había días en los que deseaba no haber sabido nada de aquellas cosas. La Fuerza lo desconcertaba. Él habría dado lo que fuera con tal de que su hijo fuera común y corriente... como él. Era más fácil navegar el Corredor de Kessel en once pársecs que hacer regresar a alguien del lado oscuro.

—Pero nada es imposible, Han. Tengo la sensación de que si alguien puede salvarlo, ese eres tú.

—¿Yo? —Han frunció el ceño—. No. Si Luke no pudo hacerlo, con todas sus habilidades y su entrenamiento, ¿quién puede hacerlo?

—Luke es un jedi, pero tú eres su padre. Aún hay luz en él; lo sé.

CAPÍTULO 16

KYLO REN se arrodilló ante su oscuro maestro en el salón del puesto de avanzada en la base Starkiller y le reportó su falla.

—La chatarrera, esa chica, ¿se resistió ante ti? —El holograma del Líder Supremo, Snoke, enorme e imponente en el estrado, miró abajo, hacia Ren.

—Eso es todo lo que ella es, sí. Una chatarrera de Jakku. Sin entrenamiento alguno, pero poderosa con la Fuerza. Más fuerte de lo que se imagina —dijo Ren, levantándose.

—¿Sientes compasión por ella?

—¿Compasión? ¿Por una enemiga de la Orden? No, nunca —insistió Ren.

—No es ella quien te está haciendo fallar. Es tu debilidad —advirtió Snoke—. ¿Dónde está el droide?

El eco de unas botas en el piso del salón precedió a la voz del general Hux.

—Ren creyó que ya no era valioso para nosotros. Creyó que podía obtener todo lo que fuera necesario de la chica. Como resultado de esto, lo más probable es que el droide haya sido regresado a las manos del enemigo.

Ren sintió la furia de su maestro, aunque la voz de Snoke no la delataba.

—¿Ya localizamos la base principal de la Resistencia?

El general se detuvo ante el estrado e hizo una reverencia.

—Pudimos rastrear su nave de reconocimiento en el Sistema Illenium. Nos estamos coordinando con nuestras naves espías para comprobar dónde se encuentra la ubicación específica de la base.

—No la necesitamos. Preparen el arma. Destruyan su sistema —ordenó el Líder Supremo.

Hux perdió la compostura.

—¿El sistema? Líder Supremo, tendremos la ubicación de la nave en cuestión de horas, y...

—No podemos esperar. Mientras más tiempo les demos, más oportunidades tendrán para encontrar a Skywalker y convencerlo de regresar para desafiar nuestro poder.

Ren hizo acopio de valor.

—Líder Supremo, puedo obtener el mapa de la chica y acabaremos con ese asunto. Sólo necesito su orientación.

El holograma del Líder Supremo se enturbió como las nubes de una tormenta enturbian al crepúsculo.

—Tú me prometiste que cuando se tratara de destruir a la Resistencia no me fallarías.

Ren se estremeció, su confianza desapareció.

—General, prepare el arma.

—Sí, Líder Supremo. —Hux lo saludó y salió del cuarto de comando.

—Kylo Ren —dijo el Líder Supremo—, parece que debo recordarte algo, debo enseñarte el poder del lado oscuro. Tráeme a esa chica.

Finn observó una representación tridimensional del planeta helado en el que fue entrenado. Alrededor de él, en el salón de estrategia cubierto de enredaderas, se encontraban los comandantes de más altos rangos de la Resistencia. Entre los que Finn pudo reconocer estaba el almirante Satura, la general Organa y el almirante Ackbar, el legendario comandante mon calamari de la Alianza Rebelde por su histórica victoria en Endor. Todos, serios y solemnes, examinaron el mapa planetario que se proyectaba desde una mesa central circular.

Poe Dameron y el capitán Snap Wexley, un piloto de cabello oscuro, dieron un paso al frente para informar al equipo aquello que Finn les había dicho. El planeta, conocido como la base Starkiller para Finn, contenía un arma que cumplía con las expectativas de su nombre. Empleaba el núcleo planetario como dínamo y utilizaba el sol del sistema como lente; el arma Starkiller podía disparar un rayo de energía, de energía oscura, para ser precisos, a través del hiperespacio a otras estrellas o planetas. El golpe se dispararía al núcleo del objetivo para hacerlo implosionar, convirtiéndolo en polvo estelar, el mismo que lo había conformado.

—Es otra Estrella de la Muerte —dijo un veterano barbudo con largo cabello blanco, refiriéndose a la estación espacial del Imperio que había servido como arma para destruir planetas décadas atrás.

—Me gustaría que ese fuera el caso, mayor Ematt. —Poe cargó otro holograma esférico—. Esta era la Estrella de la Muerte. —El orbe estaba cubierto por metal en lugar de bosques nevados y montañas congeladas, y el cráter que era su lente de enfoque superláser se encontraba forjado en el hemisferio norte. La Estrella de la Muerte sólo era una pequeña luna al lado del holograma del planeta helado—. Esta es la base Starkiller.

Finn habló.

—El general Hux nos dijo que es el arma más poderosa que se haya construido jamás. Dijo que su radio de alcance cubre la mitad de la galaxia.

El atento silencio de los oficiales se convirtió en una charla nerviosa. Han Solo, irritado, interrumpió.

—No me importa qué tan grande sea. ¿Cómo la hacemos estallar?

El silencio regresó.

Aunque era delgado y bajo de estatura, en un instante el almirante Satura tuvo todas las miradas encima de él cuando dio un paso al frente.

—La nave debe estar en su momento más vulnerable cuando está completamente cargada. Si el oscilador del campo de contención se destruye de alguna manera, liberará la energía acumulada, y no en una línea de fuego, sino a través del núcleo planetario. Si

bien esto quizá no causara la destrucción total de la base, al menos dejaría al arma permanentemente dañada.

El almirante Ackbar agitó su cabeza de color salmón. Su voz gutural sonaba como si estuviera hablando debajo del agua, el hábitat natural de su especie.

—Nada de eso es posible. En el instante en que movamos nuestras fuerzas de su escondite, la Primera Orden sabrá que conocemos la ubicación del arma y movilizará sus naves para protegerla. Su flota es demasiado grande como para que nosotros consigamos salir ilesos.

La general Organa mostró a todos el datapad que había estado leyendo durante la reunión.

—De acuerdo con esto, no tenemos tiempo para analizar más la situación. Están cargando el arma una vez más. Y creo que todos podemos adivinar muy bien cuál será su siguiente objetivo.

El corazón de Finn dio un vuelco. Sus nuevos amigos no tenían posibilidades contra la Starkiller. Casi se le ocurre sugerir que huyeran, ¿pero hacia dónde?

Poe desafió los ánimos alicaídos al proponer una idea.

—Podrán elevar los escudos, pero si podemos encontrar la manera de atravesarlos, podemos y vamos a llegar a ese oscilador con todo lo que tengamos.

—Cualquier plan es inútil mientras sus escudos estén habilitados —refutó Ackbar.

Han no estaba preocupado.

—Muy bien, entonces lo primero que haremos será deshabilitar los escudos. Chico, tú trabajaste ahí. ¿Qué puedes decirnos?

El miraba a Finn y en cuestión de segundos todo el salón hizo lo mismo. Dependían de él. Así como alguien más que no estaba ahí. Alguien a quien podría salvar si pudiera entrar a la base Starkiller.

—Puedo deshabilitar los escudos, sé dónde se ubican los controles importantes —indicó Finn—. Pero necesito estar ahí, en el planeta, tener acceso al lugar.

—Yo te llevaré —afirmó Han, sin titubear.

La general Organa volteó a ver a su marido.

—¿Cómo, Han?

Finn notó que Han le regaló a la general la misma sonrisa torcida que le había mostrado a Rey.

—Si te digo, no te gustará.

Con el plan listo, todos salieron de ahí para realizar los preparativos. Por primera vez desde que había desertado de la Primera Orden, Finn sintió que su entrenamiento sería de utilidad.

Han gritó a todos los técnicos que trabajaban en el *Halcón* que se largaran y comenzó a hacer el mantenimiento necesario por sí mismo. En realidad eso significaba dar órdenes a diestra y siniestra.

—Chewie, revisa el acelerador horizontal. Finn, ten cuidado con esos dentonds; son explosivos.

Finn miró preocupado el contenedor que cargaba.

—¿Lo son? ¿Por qué no me dijiste?

—No quería ponerte nervioso —indicó Han—. Cuando termines de subirlos, ve a hablar con algunos de esos técnicos de X-wing y ve si puedes conseguirnos un regulador termal para tener de respaldo.

Una voz hizo que Han dejara de mirar hacia el *Halcón*.

—Sin importar cuánto peleemos, siempre he odiado verte partir —dijo Leia, caminando hacia él.

—Es por eso que me fui —le respondió con una sonrisa de complicidad—, para que me extrañes.

Leia rio.

—Bueno, pues gracias por eso.

—Algunas cosas nunca cambian —contestó.

—Sí. Aún me vuelves loca.

El tocó sus hombros y se puso serio.

—Leia, hay algo que he querido decirte desde hace mucho tiempo.

Ella alzó el brazo y tocó sus labios con su dedo.

—Dímelo cuando regreses. Él abrazó a su esposa.

—Si ves a nuestro hijo, tráelo a casa —le pidió. Han le dio un fuerte abrazo a Leia, decidido a hacer justamente lo que le había pedido.

CAPÍTULO 17

REY yacía atada a la plancha de interrogación, pero no se sentía como una prisionera. Algo sucedió cuando hizo retroceder la mente de su captor. Sintió una liberación, como si un par de grilletes se hubiera hecho añicos. Grilletes que no sujetaban sus muñecas, sino a su persona.

Ella no lo entendía del todo, ya habría mucho tiempo para realizar una introspección a fondo si lograba salir de ahí. Pero, hasta ese momento, eso no parecía que fuera a suceder. Los grilletes que la sujetaban a la plancha no se iban a romper, sin importar cuánto tirara. Y aun si lograba romperlos, tendría que lidiar con el soldado de asalto que vigilaba la puerta dentro de su celda.

Pero quizás había otra manera de salir, ella había logrado que su captor retrocediera valiéndose de su determinación pura, de la fuerza de su mente. Tal vez, con un poco de suerte, podría evocar esa fuerza una vez más.

—Oye, tú —le dijo al soldado.

El soldado la miró, su expresión era ilegible detrás del casco. Eso hacía que lo que estaba a punto de intentar fuera más fácil, pues no se distraería con su individualidad. Ella sólo vería a un dron sin rostro de la Primera Orden, y una de las cosas que los drones hacían era obedecer órdenes.

—Me quitarás estos grilletes —le ordenó al guardia—, abandonarás la celda, con la puerta abierta, y te retirarás a tu cuartel.

El soldado siguió mirándola, debía creer que estaba loca si esperaba que le hiciera caso. Aunque tal vez lo estaba.

Rey lo intentó una vez más, dirigiendo la determinación de su mente y haciendo que esta atravesara el casco, hacia su interior, como lo había hecho con su interrogador.

Ella repitió la orden, pronunciando cada palabra de su discurso en su mente, para que hiciera eco en la de él.

El soldado caminó hacia ella, con el rifle bláster preparado.

—Quitaré estos grilletes y abandonaré la celda, con la puerta abierta, me retiraré a mi cuartel y no le contaré a nadie de nuestro encuentro.

Él hizo lo ordenado, liberándola de los grilletes.

Ella siguió reclinada en la plancha, sorprendida de que su truco hubiera funcionado. El soldado se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, cargando su rifle.

—Y soltarás tu arma —le dijo.

No hubo titubeo alguno.

—Y soltaré mi arma —repitió y la dejó en el suelo, abrió la puerta de la celda y salió, aparentemente hacia su cuartel.

Ella permaneció en la plancha. La puerta de la celda estaba abierta, el rifle estaba en el suelo, el soldado de asalto se había ido.

Cuando vio que no regresaba, Rey supo que no estaba loca. También supo que lo que acababa de hacer no tenía nada que ver con la suerte.

Finn debió descansar durante el viaje del *Halcón* por el hiperespacio, pero su mente no conseguía desconectarse. Intentó jugar holoajedrez, aunque perdió dos veces contra la computadora en tiempo récord. Nada podía distraerlo, nada podía tranquilizar su mente. Recordó sus visiones triunfales en el transporte de la Primera Orden hacia Jakku. Su euforia. Recordó a Slip.

Finn fácilmente pudo haber compartido el destino de FN-2003. Y si lo hubiera hecho, ¿cuál sería el estado de la galaxia en ese momento? ¿Acaso BB-8 habría logrado llegar a D'Qar? ¿Acaso Poe habría sido una víctima más de la Primera Orden? ¿Acaso Rey seguiría recogiendo escombros y estaría a salvo de aquella captura?

A Finn no le habían enseñado a ponderar ese tipo de preguntas. Lo habían entrenado para disparar y pelear. Y sabía que debía confiar en esas habilidades cuando llegaran a la base Starkiller, en caso de que lo logaran. En primer lugar, seguía sin tener idea de cómo conseguiría el *Halcón* escurrirse entre los escudos planetarios.

Finn abandonó la estancia y fue a la cabina de mando, importunando a Han y a Chewie.

—¿Cómo vamos a entrar?

Han siguió trabajando en los controles.

—Ningún sistema de defensa planetario puede mantenerse en un rango constante. Eso requeriría mucha energía. Los escudos fluctúan en rangos predeterminados. No le permiten la entrada a aquello que no viaja a la velocidad de la luz.

—¿Pero cómo vamos a entrar sin ser partidos a la mitad por el escudo oscilatorio? —preguntó Finn.

—Fácil. No vamos a ir a una velocidad menor que la de la luz.

—¿Vamos a aterrizar a la velocidad de la luz? ¡Nadie ha hecho eso nunca!

Chewbacca rugió algo que hizo sonreír a Han.

—Nos estamos acercando al sistema; si yo fuera tú, me sentaría —le advirtió Han a Finn—. Prepárate, Chewie.

Finn se dejó caer en un asiento y se colocó el cinturón. Han y Chewbacca observaron la información en distintos monitores.

—Y... —Han hizo una pausan—. ¡Ahora!

Los dos pilotos trabajaron en conjunto, levantando manivelas, presionando botones, girando discos. Cuando salieron de la velocidad de la luz, Finn parpadeó y se dio cuenta de que seguían vivos. Habían tenido éxito en contra de todo pronóstico. Los escáneres indicaban que habían saltado el escudo de la base Starkiller.

Pero, a la velocidad a la que iban, Finn se preguntó cuántos parpadeos le quedaban. Estaban inmersos en una rápida trayectoria que los haría estrellarse contra la superficie del planeta.

—Estoy levantando el vuelo —le gritó Han a su copiloto—. ¡Si voy más alto, nos verán!

Entre los dos lograron equilibrar el *Halcón* antes de que chocaran, pero no pudieron evitar un aterrizaje súbito. Después de cortar las copas de los árboles en una amplia franja de bosque, el *Halcón Milenario* finalmente se derrapó hasta detenerse en un campo de nieve.

Kylo Ren atravesó un pasillo de piedra de la base Starkiller. La acumulación de energías en el núcleo planetario imitaba la tempestad que se forjaba en su interior. Había sido informado de que, de alguna manera, la chica se había escapado de su celda.

No le hizo demasiadas preguntas al oficial que reportó su escape, ni al soldado que la había estado vigilando. Él fue a verlo con sus propios ojos.

La celda estaba vacía.

Activó su sable de luz y destrozó la plancha de interrogación mientras gritaba y cortaba todo a su alrededor, después se concentró en hacer lo mismo con las paredes.

La caldera de su corazón tenía la fuente de su propia energía oscura: se llamaba furia.

CAPÍTULO 18

HAN caminó trabajosamente a través del bosque nevado con Chewbacca y Finn. Sus piernas le dolían, y el helado viento se arremolinaba salvajemente entre los árboles. Él ya se sentía viejo para ese tipo de cosas.

A Han tampoco le gustó abandonar el *Halcón Milenario* a medio enterrar en la nieve. Así que le dio una palmadita de buena suerte cuando desembarcó; no se imaginaba qué haría si la volvía a perder. El hecho de haberla encontrado contra todo pronóstico —una probabilidad 19077000 a una, según C-3PO— le daba esperanza de que, quizá, todo saldría muy bien.

Finn señaló hacia delante, hacia una parte despejada del bosque.

—Hay un túnel contra inundación sobre la cresta de aquella montaña. Podemos entrar por ahí.

Todo le pareció demasiado fácil a Han.

—¿Estás seguro de que no hay compuertas a lo largo del túnel? —preguntó—. Podemos atravesar vallados sencillos, pero...

—No hay compuertas; eso frustraría el propósito del túnel.

Han miró al chico.

—Tú dijiste que te colocaron en esta estación, pero nunca nos dijiste cuál era tu especialidad.

—Saneamiento —indicó Finn.

—¿Saneamiento? Entonces, ¿cómo sabrás desactivar los escudos?

—No sé cómo desactivar los escudos, Han —contestó honestamente Finn—. Estoy aquí para rescatar a Rey.

Chewbacca rugió. Han giró hacia Finn.

—¿Algo más que hayas pasado por alto? ¿Que hayas olvidado decirnos? La gente cuenta con nosotros. La galaxia cuenta con nosotros.

—Solo, logramos llegar hasta aquí, ¿cierto? Nos las ingeniaremos.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo?

A Han ya se le habían acabado las ideas.

Esa vez fue Finn quien mostró una sonrisa traviesa.

—Usaremos la Fuerza.

—No he tenido tiempo para explicártelo, chico, pero así no funciona la Fuerza.

Y tampoco habría podido explicárselo si hubiera tenido tiempo, pero eso no se lo dijo a Finn.

Rey corría de prisa pasillo tras pasillo, cargando el rifle bláster de su antiguo guardia. Había paredes recubiertas de metal, mientras que otras eran de piedra irregular que formaba escondites y rendijas en las que podía resguardarse en caso de que alguien se acercara.

Llegó a un estrecho puente que había sido construido a lo largo de una pared y que carecía de un barandal para evitar que alguien se precipitara hacia un profundo abismo. Más allá del puente, Rey vio algo que podría ayudarla a salir de ese lugar: unos cazas TIE se encontraban acoplados en el hangar.

Algunos soldados de asalto que custodiaban la entrada hablaban entre ellos, por lo que no notaron su presencia, como tampoco los otros soldados que ella escuchó aproximándose; pero, si no hacía algo rápido, cualquiera de las dos patrullas la descubriría.

Rey aseguró su rifle al hombro y saltó del puente.

No cayó al abismo, se colgó, agarrando el borde del puente con los dedos y afianzando los pies contra la pared. Ella había practicado ese tipo de cosas. Recolectar piezas en Jakku conllevó muchos ascensos peligrosos; lo importante era no mirar hacia abajo.

Rey notó una trampilla en la parte más lejana del muro al inspeccionar el área debajo del puente.

Retiró una mano del borde del puente y la movió medio metro antes de volverla a poner encima, poniendo a prueba su agarre. Después hizo lo mismo con un pie, y encontró algunos bordes en la piedra, en los que se apoyó. Siguiendo con ese proceso, Rey se movió cuidadosamente a lo largo de todo el puente. El equilibrio era vital. Y nunca miró hacia abajo.

Al estar a punto de llegar a su destino, le dio un codazo al panel de acceso. La trampilla se abrió y ella pudo arrastrarse hacia una bahía de mantenimiento.

Un droide de reparación rodó hacia ella, y después se siguió de largo para realizar algún tipo de función preprogramada. Rey se apresuró a cruzar la bahía, dudando que cualquier otro droide pudiera ser tan precario en sus funciones.

Finn conocía la distribución de los oscuros túneles contra inundación tan bien como sabía limpiar su rifle. Podía recorrer el laberinto con un escudo antidisparos sobre sus ojos y aún así llegar a donde quisiera.

Guió a Han y a Chewbacca a través del fango hacia un portal sin identificar en las alcantarillas. Sólo se usaba para el transporte de emergencia de utensilios de limpieza, pero los del equipo de saneamiento lo usaban con frecuencia como una entrada a la base.

Finn digitó un código, y el portal se abrió.

—Mientras menos tiempo pasemos aquí, más suerte tendremos —aconsejó Han.

—Sí, lo sé —respondió Finn.

Los llevó por los pasillos que recordaba que eran patrullados con menor frecuencia y escogió bien, pues no encontraron a nadie.

El primer vistazo que echó a la actividad que había en el interior de la base hizo que Finn se detuviera. Un soldado de asalto se dirigía hacia ellos, vestía una capa negra y una armadura cromada que había sido limpiada y pulida después de la redada en Jakku. Era su antigua comandante, la capitán Phasma.

El problema de Finn desapareció cuando se dio cuenta de que ella sería la clave para deshabilitar los escudos. Él y Han se escondieron, mientras Chewbacca apareció de sorpresa, la desarmó y la llevó a la vuelta de esa esquina.

Finn dirigió el arma hacia el casco de ella.

—Capitán Phasma, ¿me recuerda? ¿Aún quiere inspeccionar mi bláster?

Phasma forcejeaba mientras el wookiee la sujetaba.

—Claro que te recuerdo, Efe-Ene-Dos-Uno-Ocho-Siete.

—Ya no me llamo así. Soy Finn. Un nombre real para una persona real. Y ahora yo estoy al mando.

Con el wookiee sujetándole el brazo y la pistola de Han apuntándola, junto con la de Finn, Phasma no tuvo otra opción más que ir con ellos hacia el cuarto de control del escudo.

No había nadie ahí, ya que los escudos tenían sistemas automáticos y los técnicos sólo visitaban el lugar si necesitaban resolver algún problema. Los arquitectos ni siquiera consideraron la posibilidad de una intrusión en potencia. ¿Quién en su sano juicio se infiltraría tan adentro en la base militar principal de la Primera Orden?

Finn prefería no estar en su sano juicio cuando se trataba de los preceptos de la Primera Orden. Esa fue su verdadera ventaja. Los oficiales estaban tan cegados por el régimen de entrenamiento, que no eran capaces de predecir lo que alguien como él, alguien anómalo, haría.

Colocó a Phasma frente a una consola y le ordenó iniciar la desactivación. Cuando ella se rehusó, él oprimió el bláster con más fuerza contra su casco.

—Hazlo.

Y así fue. Presionar unas cuantas teclas fue lo único que se necesitó para anular los sistemas automáticos e iniciar una secuencia que desactivaría los escudos.

Finn observó cómo descendían los niveles del escudo generador.

—Solo, si recuerdo correctamente lo que nos dijeron acerca del sistema del escudo, no nos queda mucho tiempo para encontrar a Rey.

—No te preocupes, chico, no nos iremos de aquí sin Rey. —Han mantenía apuntado el bláster hacia Phasma—. ¿Pero qué hacemos con ella? ¿Hay algún vertedero de basura o una compactadora de desechos cerca de aquí?

—Claro que lo hay.

Cuando los escudos estuvieron completamente desactivados y habían destrozado a disparos la consola, dejándola irreparable, arrojaron a Phasma hacia el vertedero de aguas residuales de la base. Finn sólo sintió lástima por la armadura.

CAPÍTULO 19

—LÍDER NEGRO —crujió una voz en el hipercomunicador del X-wing de Poe—. Vaya a la subluz. Ataque, repito, ataque a discreción.

Poe sonrió. Los dos escuadrones bajo su cargo, el Azul y el Rojo, y él habían estado viajando a través del hiperespacio, cerca de la base Starkiller, esperando las órdenes de los cuarteles de la Resistencia. A él le comenzó a preocupar que esas palabras no llegaran. Pero sí llegaron, lo que significaba que el equipo de Finn había completado su misión. Los escudos estaban desactivados.

—Roger, Base —respondió por el comunicador. Le envió un comando a la base del droide astromecánico BB-8—. Escuadrón Rojo, Escuadrón Azul, sigan mi ejemplo.

—Entendido, líder Negro. —La voz del capitán Wexley se escuchó por el comunicador fuerte y clara.

Los otros pilotos también confirmaron, incluyendo a Nien Nunb, el famoso sullustano que pilotó el *Halcón Milenario* con Lando Calrissian en Endor, y a Jess Pava en el Azul Tres, una joven impetuosa, cuya valentía a bordo de un X-wing excedía la de los pilotos más experimentados.

Los pilotos alardearon que la batalla venidera quedaría en los libros de historia, como la de Yavin y Endor. Poe no se unió a la conversación. La historia se escribiría sola; su trabajo era cumplir con el objetivo de la misión y mantener a la mayor parte de su equipo vivo, para que pudieran seguir alardeando.

Los elevadores que dirigían al hangar necesitaban códigos de seguridad. Rey no quería arriesgarse a introducir un código falso y así alertar a la base acerca de su ubicación. Esperó para ver si podía ir detrás de uno de los droides, pero ninguno parecía tener tareas por ese camino. Estaba atorada.

El techo retumbó. A través de una rendija de ventilación observó cómo algunos cazas TIE se lanzaban hacia el hangar. Quizás estaban haciendo algún tipo de ejercicio de pilotaje o, tal vez, había un ataque contra la base. Cualquiera que fuera la causa, significaba que sus medios de escape habían despegado. Necesitaba pensar en otra forma de salir.

Rey abrió a la fuerza una rejilla del suelo y gateó a lo largo de un conducto de ventilación. Escuchó voces en el pasillo que estaba arriba. El conducto no estaba totalmente cubierto en la parte que se dirigía a la pared del pasillo, por lo que debió moverse muy rápido para no ser vista.

Pero alguien la vio: Han Solo y su equipo. Él estaba en el pasillo y le sonrió, Chewbacca también estaba ahí, así como alguien a quien creyó que no volvería a ver.

Rey y Finn se dieron el más grande de los abrazos.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó? —preguntó Finn—. ¿Te lastimó?

—Estoy bien. ¿Qué están haciendo aquí?

Finn intentó actuar como si nada.

—Vinimos por ti.

Chewbacca gruñó, confirmándole a Rey lo que ella había pensado y esperado. Finn miró al wookiee.

—¿Qué dijo?

—Que fue tu idea —respondió Rey.

Han se entrometió antes de que el reencuentro se volviera demasiado emotivo.

—Podemos hacer una fiesta después. Yo llevo el pastel. Pero, en este momento, necesitamos salir de aquí.

Rey estuvo de acuerdo. Pero se aseguraría de que Han cumpliera su promesa. En sus diecinueve años de vida, nunca había probado un pastel.

Poe disparó los láseres de su X-wing hacia los cazas TIE que habían despegado de la base enemiga.

—¡Cúbranse los unos a los otros! —comunicó a sus escuadrones—. Hay demasiados, pero eso sólo quiere decir que habrá más objetivos. ¡No dejen que esos matones los asusten!

—Azul Tres, tienes uno en la retaguardia —vociferó Snap Wexley por el comunicador—. Desciende y danos una vista más amplia de todo esto.

—Entendido —respondió Jess. Su X-wing bajó en picado, poniendo al descubierto al TIE que la perseguía. Poe lo hizo añicos.

—Te debo una —dijo Jess.

—Sí, me debes otra ronda de ataque —contestó Poe—. Intenta mantenerte cerca. ¡Equipos, síganme!

Los cazas TIE se arremolinaban alrededor de ellos en gran número, rompiendo las formaciones de los X-wing. Unos cuantos de los compañeros de escuadrón se quedaron con Poe y comenzaron a bombardear la instalación que albergaba el oscilador Starkiller. Arrojaron todo lo que pudieron hacia la estructura, lo suficiente como para pulverizar una ciudad pequeña. Sin embargo, cuando Poe volvió a mirar, la instalación permanecía de pie, mostrando sólo daños menores.

—¡No estamos dejándole ni un solo rasguño! —exclamó. ¿De qué estaba hecha esa cosa?

Su consola sonó. Poe revisó el escáner, identificando cientos de drones buscadores, disparados desde emplazamientos ocultos. Ya había visto algunos de estos drones misiles en algunas batallas, pero nunca cientos de ellos. Intentar quitarlos del camino sería casi imposible.

—Tenemos mucha compañía —dijo Poe a sus compañeros de escuadrón—. Él logró inclinar su caza estelar para evitar ser atacado desde atrás mientras disparaba a los buscadores que atacaban la proa de su X-wing.

Por más talentosos que fueran, la mayoría de sus compañeros de escuadrón no tenían sus mismos reflejos, que actuaban en microsegundos, ni su intuición. Ellos pudieron esquivar a cinco buscadores realizando una serie de maniobras increíbles, pero después se encontraron en una trayectoria de colisión con un sexto. Y sólo se necesitaba un buscador para hacer explotar un X-wing.

Los dos escuadrones de Poe resultaron diezmados, ese fue el resultado. Pero se rehusó a perder la esperanza. Sobre todo porque Finn se encontraba abajo. El soldado de asalto renegado había rescatado a Poe de un destino peor que la muerte a bordo de un Destructor Estelar. Finn y su equipo encontrarían una manera de hacer que todo saliera bien.

Finn encontró una trampilla de emergencia que dirigía al exterior de la base Starkiller. Aunque era mediodía, la luz solar disminuía rápidamente, lo que indicaba que el arma Starkiller estaba absorbiendo energía oscura. Arriba, en el cielo sombrío, cazas TIE y drones buscadores hostigaban a un grupo de X-wing mucho más pequeño que el que había sido enviado originalmente. Uno de los X-wing, negro con rayas naranjas, volaba alrededor de un TIE. Finn respiró aliviado, Poe seguía con vida. ¿Pero por cuánto tiempo más si se enfrentaba ante tales cantidades abrumadoras de enemigos? Finn necesitaba hacer algo al respecto.

Han debió pensar lo mismo.

—Chewie tiene una bolsa llena de explosivos que no hemos usado. Sería una pena llevarlos de regreso al *Halcón*. ¿Cuál será el mejor lugar para usarlos?

Ya que sus amigos en el cielo estaban lo suficientemente ocupados esquivando al enemigo como para hacer un bombardeo, Finn pensó que sólo había un lugar a donde ir.

—El oscilador es el único objetivo sensible, pero no hay manera de entrar ahí.

—Sí la hay —dijo Rey.

Todos la miraron. Chewbacca hizo la pregunta.

—He visto el interior de las paredes. El diseño es igual al de los Destrucción Estelares que he saqueado por años. Llévenme a una estación de cruce, podemos llegar al oscilador.

—Si puedes hacer eso, estaremos listos —dijo Han.

Discutieron el plan. Han y Chewie se dirigirían hacia la instalación de contención con los dentons. Mientras tanto, Finn y Rey debían encontrar una nave que los llevara hacia la estación de cruce que Rey podría manipular para abrir las complejas puertas de contención. Una vez dentro de la instalación, Han y Chewbacca instalarían los

explosivos. Después, Finn y Rey los rescatarían con la nave y los cuatro se dirigirían al *Halcón*.

Finn y Rey encontraron su medio de transporte en un área de mantenimiento cercana. Se le escabulleron al soldado de asalto que vigilaba y se subieron a un deslizador de nieve descubierto. El soldado se percató de ello cuando Rey encendió los motores, pero, para cuando disparó el rifle, Rey ya había salido de ahí, volando.

El fuego láser de la batalla de cazas estelares golpeó uno de los costados de la nave de nieve. Rey batallaba para mantener la nave en lo alto, mientras Finn cambiaba posiciones para dispararle a otro deslizador de nieve que había comenzado a cazarlos.

Finn disparó, pero falló las descargas iniciales. El piloto que los perseguía era hábil. Pero Finn se había convertido en un gran artillero durante los pasados días. Su siguiente ronda no falló.

—¡Lo tengo!

Rey estacionó el deslizador cerca de la estación de cruce y bajó de éste de un salto. Abrió a la fuerza el panel de mantenimiento y comenzó a desconectar cables.

En el horizonte, Finn alcanzó a ver oleadas de energía oscura deteniéndose en la instalación de contención. Él había visto el mismo patrón aéreo durante las pruebas del arma Starkiller. La señal indicaba que el arma estaba casi completamente cargada.

Rey sacó de un tirón un puñado de fibras de circulación.

Finn no podía entender qué ganarían al tirar esos cables. Sólo quería creer que lograrían abrir las complejas puertas.

Han y Chewie acechaban cerca de una entrada de servicio en la instalación de contención. Tres soldados de asalto la vigilaban. Cuando la puerta de servicio se abrió de repente, detrás de los soldados, estos se miraron sorprendidos. Chewbacca disparó su ballesta. Un soldado cayó pero los otros se dieron la vuelta y dispararon. Su tino no fue bueno, pero el de Han sí lo fue. Él les disparó a ambos antes de que pudieran hacerlo ellos.

Un cuarto soldado, del otro lado de la puerta, se retiró de inmediato. Han escuchó que pedía ayuda, pero, para el momento en que esta llegara, él y Chewie habrían instalado los explosivos y ya estarían en camino al *Halcón* con los chicos. Después, de regreso a D'Qar... de regreso con Leia.

Han y Chewbacca entraron a la instalación. Las máquinas zumbaban y las pantallas parpadeaban, indicando que la energía oscura recolectada estaba a punto de llegar al nivel máximo. Destruir esos aparatos no dañaría el arma. Han consideró las altas columnas de piedra conectadas en varios niveles por puentes; parecían ser el soporte de la estructura entera. Quizá, si él y Chewie pudieran derrumbarlas, lograrían colapsar el techo. Eso le daría la oportunidad a Poe y a sus pilotos de disparar un tiro limpio hacia el arma que tendrían debajo.

Han tomó algunos dentons del saco de tela de Chewbacca.

—Vamos a instalarlos en todas las columnas de soporte que encontremos.

Chewbacca rechazó la idea con un rugido. Han volvió a revisar los dentons.

—Tienes razón, no tenemos municiones suficientes para derribar más de una. —Han señaló la columna más cercana—. Pondremos todas las que tenemos en aquella columna; tú por arriba, yo por abajo. Nos encontraremos aquí.

Se separaron, pero, cuando apenas habían dado unos pocos pasos, Han volteó para mirar a su compañero. Chewie hizo lo mismo. Sostuvieron la mirada y después retomaron el paso para terminar su trabajo.

Han instaló las cargas explosivas alrededor de la base de la columna y programó cada una para una detonación activada a distancia. Antes de instalar la última, escuchó un ruido metálico. Han se escondió detrás de una viga de soporte y esperó antes de poder echar un vistazo.

Su hijo miraba a su alrededor con cautela desde un puente.

Han no sabía si él lo veía o no. Los ojos de su hijo estaban ocultos debajo de aquella repugnante máscara metálica. La máscara que era el rostro de Kylo Ren.

Con la capa ondeándole detrás, su hijo descendió para revisar la planta baja. Han se metió a un hueco oscuro. Se quedó quieto cuando su hijo pasó a un lado de su escondite. La sangre de su sangre estaba muy cerca, más cerca de lo que había estado en años. Han no pudo evitar intentar alcanzarlo. El joven era su hijo, después de todo.

—Ben —dijo él.

Su hijo volteó al ser llamado por el nombre que Han y Leia le habían dado.

—Han Solo —le respondió a su padre—. He esperado este día durante mucho tiempo. Han salió de su escondite.

—Quítate esa máscara. No la necesitas. Aquí no. No conmigo.

La expresión inalterable de la máscara se burló de Han.

—¿Qué crees que verás si me la quito?

—El rostro de mi hijo —agregó Han.

—Tu hijo ya no existe. Él era débil e idiota, como su padre. Así que lo destruí. —Con las manos enguantadas de negro, se quitó el casco.

Ben tenía el mismo pelo ondulado y oscuro que Han recordaba, ahora lo llevaba a la altura del hombro; las mejillas de su madre, la barbilla de Han. Aunque ahora todo en él era delgado y severo, como si se estuviera matando de hambre. Y sus ojos no eran los ojos cafés que Han recordaba. Ahora estaban apagados, oscuros y terriblemente tristes.

—Eso es lo que Snoke te quiere hacer creer —respondió Han—. Y no es verdad, mi hijo sigue vivo; lo estoy viendo en este momento.

Ben lo miró con desdén.

—No. El Líder Supremo es sabio. Él sabe lo que realmente eres, Han Solo.

Una tropa de soldados de asalto se detuvo en seco detrás de Ben. Han sabía que Chewbacca estaría apuntando su ballesta desde arriba. También sabía que Chewie no dispararía a menos que Han le hiciera una señal.

Han se acercó un poco más a su hijo.

—Snoke te está utilizando por tu poder: está manipulando tus habilidades. Cuando obtenga lo que necesita de ti, te destruirá. Te hará a un lado. Sabes que eso es verdad.

Ben agitó la cabeza.

—Es demasiado tarde.

—No, no lo es. La verdad nunca llega demasiado tarde. Salgamos de aquí. Ven a casa. Tu madre te extraña.

Los ojos de Ben se entrecerraron aún más. ¿Acaso Han vio un débil brillo parecido al de las lágrimas? Quizá Leia tenía razón. Quizá él podría salvar a Ben como Luke salvó a su padre.

—Me estoy haciendo pedazos —le dijo Ben con voz temblorosa—. Y quiero... quiero liberarme de este dolor.

Han se detuvo en el puente; su hijo comenzó a acercarse.

—Sé lo que tengo que hacer, pero no sé si tengo la fuerza para hacerlo. ¿Me ayudarías?

Han le contestó como cualquier padre lo haría.

—Sí, haré lo que sea.

Ben desenfundó la empuñadura de su sable de luz y la tendió hacia él. Han miró la empuñadura y después a su hijo. Finalmente, estiró una mano para tomarla.

—Gracias —le dijo Ben, y encendió su sable de luz.

Al inicio, Han no sintió nada más que un intenso calor en el pecho, después los pulmones no le respondieron, su corazón dejó de latir, sus piernas se tambalearon y se dejó caer. El feroz sable se hundió más, y supo que esa vez, en esa difícil situación, Chewie no podría salvarlo.

Durante los últimos minutos de su vida pensó en el *Halcón*, en su peludo primer oficial y en su hermosa princesa, pero sólo veía a su hijo: la oscuridad de sus ojos y su tristeza.

Han perdonó a su hijo por lo que le había hecho y deseó que algún día su hijo también lo perdonara.

CAPÍTULO 20

EN UNO de los puentes de la instalación, Finn soltó un grito ahogado. Ahí abajo vio desplomarse a una de las últimas leyendas de la galaxia: el famoso héroe de la rebelión, el poseedor del récord del Corredor de Kessel, el capitán del renombrado *Halcón Milenario*.

Kylo Ren retiró el sable de luz de su cadáver. Han Solo estaba muerto.

—No —fue lo único que Rey pudo decir—. No, no, no...

Finn la rodeó con su brazo. Los dos habían entrado a la instalación para decirle a Han que tenían un deslizador y que estaban listos para partir. No habían entrado para verlo morir, ni para escuchar el alarido tan profundo y ensordecedor que, si hubieran estado más cerca, habría destrozado los tímpanos de sus oídos.

Desde un puente más abajo, Chewbacca rugía estruendosamente y disparaba su ballesta. Un quarrel le dio a Kylo Ren en el costado, haciéndolo caer sobre el puente.

La tropa de soldados de asalto detrás de Ren le disparó al wookiee. Chewbacca liquidó a un par de ellos, después se replegó hacia un pasillo. Antes de que desapareciera, Finn lo vio presionar el control de activación remota.

Las cargas alrededor de la columna parpadearon, después, una tras otra, comenzaron a detonar. La columna de piedra se vino abajo como un árbol gigante. Al perder la estructura de soporte que sostenía el pesado cemento a prueba de bombas, el techo se resquebrajó y una lluvia de escombros comenzó a caer.

Kylo Ren se puso de pie trabajosamente. Miró hacia arriba y vio a Finn y a Rey. Algunos miembros de la tropa siguieron la mirada de Ren y comenzaron a dispararles.

Rey respondió el fuego pero Finn no. Necesitaba ambas manos para empujarla antes de que quedaran sepultados bajo los escombros.

Chewbacca avanzaba como un tornado por el pasillo, bramando por la furia. Olvidó cualquier tipo de precaución y se dejó llevar. Quería hacerle saber a cualquier soldado de asalto de la Primera Orden que osara detenerlo que él sería quien causaría su muerte.

Y aquellos pocos que intentaron hacerlo lo comprobaron.

Un soldado de asalto recibió un quarrel de su ballesta en el pecho. A otros dos los arrojó hacia una intersección de pasillos, donde fueron achicharrados por el fuego bláster de sus camaradas. El guardia de la puerta no pudo salir a tiempo del complejo. Chewbacca utilizó sus garras con él.

El código de honor wookiee le impedía utilizarlas para cualquier otra cosa que no mera escalar. Pero el honor no existía entre aquella escoria de la Primera Orden. Kylo

Ren había roto todas las reglas cuando cometió parricidio, al matar al hombre que no sólo era su padre, sino el más cercano y querido amigo de Chewbacca: Han Solo.

Solo. Para algunos de sus amigos su apellido parecía ir de acuerdo con su personalidad. Pero Chewbacca no pensaba lo mismo. A pesar de que a veces hacía creer a otros que era un piloto solitario, Han nunca hizo nada a solas; Chewbacca nunca lo dejó. Los dos habían hecho hasta lo imposible para ayudarse entre ellos. Sus lazos eran tan fuertes como los de una familia.

Y Han era la familia de Chewbacca.

El wookiee aulló, hundiéndose furiosamente las garras entre los huecos de la armadura del guardia, hasta que este no se volvió a retorcer. Una vez que aventó al soldado, Chewbacca presionó el panel de acceso. La puerta de energía se abrió.

Afuera, el helado paisaje lo esperaba. Una ráfaga de viento revolvió su pelaje, parecía ser un helado recordatorio de lo que había perdido y de hacia dónde se dirigía.

Chewbacca estuvo a punto de darse la vuelta y correr de regreso al interior del complejo. Eso habría sido suicida, pero le daría otra oportunidad contra aquel traidor, contra esa abominación de hijo. Dudaba que un único disparo quarrel hubiera sido suficiente para matar a Kylo Ren.

El wookiee había sido testigo de la muerte muchas otras veces, al igual que de la esterilidad de la venganza. Matar a Kylo Ren no le daría ninguna satisfacción, porque no salvaría a Han.

«Los chicos. Salva a los chicos».

Aquel pensamiento le llegó a Chewbacca con la áspera voz de Han. Él titubeó en la entrada, sabía que no era Han hablándole desde la tumba. Chewbacca no era del tipo supersticioso. Era solo algo que su compañero le habría dicho, con sus modos tan irritantes, quejándose de que, una vez más, tendría que arriesgar su pellejo por alguien más.

Así era Han. Siempre quejándose, pero siempre haciendo lo correcto.

Chewbacca corrió por la nieve hacia un deslizador.

Entró trabajosamente, encendió los repulsores y se dirigió hacia el *Halcón*.

Los escáneres del deslizador de nieve lo alertaron por adelantado: había seis soldados de asalto que resguardaban el carguero corelliano. Chewbacca alistó los cañones del vehículo y derribó a tres de ellos antes de que se dieran cuenta de que no era un piloto de la Primera Orden. El resto comenzó a dispararle, fallando cuando Chewbacca detuvo los motores y saltó del deslizador. Arremetiendo hacia ellos, disparó su ballesta y derribó a otros dos soldados, sacándolos de la rampa de abordaje.

El último soldado de asalto corrió a toda velocidad hacia el *Halcón*, pero, antes de que pudiera tocar el panel para cerrar la compuerta, Chewbacca estiró uno de sus largos brazos y asió el borde inferior de su casco. Después lanzó hacia atrás al soldado, quien aterrizó encima de sus camaradas, sobre la nieve.

Chewbacca fue directo a la cabina de mando. Se dejó caer en el asiento de Han e inició la secuencia de despegue. Sus patas podían mover los controles aún más rápido que

las manos de Han. Él nunca le dijo eso a Han, por respeto al frágil ego del contrabandista, pero deseaba que todavía pudieran tener esa discusión.

Finn arrastró a Rey hacia el bosque. Cuando creyeron que ya había una distancia suficiente entre ellos y sus enemigos, disminuyeron el paso para respirar.

—Alto —ordenó alguien.

La distancia no era suficiente. De alguna manera, Kylo Ren los había encontrado. El joven, que sin máscara se veía apenas un poco mayor que Finn, desenfundó su sable de luz y caminó hacia ellos. El disparo quarrel de Chewbacca le había hecho un hoyo en las vestimentas y había hecho añicos la armadura alrededor de su torso. Por lo que parecía, estaba gravemente herido.

Rey levantó su bláster. Ren levantó su brazo y estiró su mano hacia Rey. Para sorpresa de Finn, el dedo con el que Rey iba a tirar el gatillo se congeló y el bláster salió volando de su mano.

Ren hizo otro movimiento rápido con su brazo y Rey fue arrojada hacia un árbol como un títere sin fuerzas.

Finn le gritó.

—¡Rey!

Ella no pudo contestarle, estaba aturdida por el dolor.

Ren volvió a activar su espada. Parpadeaba como una espada de fuego y proyectaba un ardiente resplandor rojizo en la nieve. Al no alcanzar el bláster de Rey, Finn sacó la única arma que tenía: el sable de luz de Luke Skywalker.

Ren titubeó al ver florecer la luz azul del sable.

—Esa arma —dijo— es mía.

Finn le hizo señas con el sable de luz.

—Ven y tómala.

—Para eso necesitaré matarte —dijo Ren, y arremetió contra él.

Finn bloqueó y esquivó la primera ráfaga de ataques de Ren. La nieve del suelo se derretía cuando las hojas de los sables pasaban por lo bajo. Finn no podía encontrar ni un resquicio en las defensas de Ren, a pesar de que el hombre estaba herido. Ren hizo retroceder a Finn, parecía que ganaba poder a partir de la frustración de Finn.

Si algo le había enseñado el entrenamiento a Finn, era que para derrotar al oponente debía hacerle creer que él llevaba la ventaja. Finn se defendió débilmente, después se soltó y atacó a su enemigo. La punta del sable láser cortó el brazo de Ren, pero no hizo más que quemar superficialmente su piel. Ren sólo dio un paso atrás, reexaminando a Finn.

Con el sable de luz azul frente a él, Finn miró a Kylo Ren, listo para hacer lo que fuera. Pero no esperaba la furia con que Ren lo atacó, pues hizo que las embestidas

anteriores parecieran un juego de niños. Su sable láser lo atacaba con movimientos rápidos y contundentes, obligándolo a retroceder.

El arma de Ren abrió una herida en el pecho de Finn. Este cayó, y el impulso del último ataque que intentó hacer arrojó el sable de luz de Luke Skywalker muy lejos de él. Finn miró la luz azul desvanecerse y volver a la empuñadura y, de pronto, su universo se oscureció.

Kylo Ren no volvió a mirar a FN-2187 después de darle la estocada final. Retrajo su sable, volteó y extendió la mano para atraer el sable de luz de Finn.

La empuñadura se tambaleó en la nieve. Atraerla por medio de la Fuerza pareció ser más extenuante de lo que debía ser. El dolor de su herida nublaba su concentración.

Ren se esforzó más. Finalmente, la empuñadura se alzó de la nieve, pasó zumbando junto a Ren y fue a dar a la mano de Rey.

Ella estaba apoyada en el árbol al cual Ren la había lanzado, mirando con asombro el arma, como si no pudiera creer que estuviera sosteniéndola.

—Eres tú —dijo Ren.

Su sorpresa se volvió furia. Ren podía sentirla, como ondas de calor emanando de ella. Rey quería contraatacarlo por lo que les había hecho a sus amigos. Él estaba ahí, parado, incitándola a hacerlo con solo mirarla.

La chica encendió el sable de luz y se dirigió hacia él.

Ren encendió el suyo y bloqueó el ataque; luego contraatacó. Rey lo esquivó y volvió a atacar. Aunque sus movimientos con el sable de luz eran toscos, era claro que sabía cómo pelear con armas de mano. Hizo chocar su hoja de luz una y otra vez contra la de él, sin rendirse, y en algunos momentos lo obligó a echarse para atrás.

Rey estaba muy enojada, así tomaba su poder del mismo pozo que Ren: su furia, y esa era una debilidad que él podría usar para vencerla. Kylo Ren tenía más furia de la que ella podría acumular jamás.

Él la atacó con su sable de luz, blandiéndolo una y otra vez. Ella se defendía pero retrocedía cada vez más, y más, y más.

Sin previo aviso o señal, el techo de la instalación de contención comenzó a caerse.

Ninguna bomba de ningún X-wing lo había atacado. Unas detonaciones en el interior del complejo habían desencadenado el derrumbe. Cómo lo habían logrado Finn y su equipo, Poe no lo sabía, pero agradeció a las estrellas que lo hubieran hecho.

Poe se comunicó con los pocos miembros del escuadrón que habían sobrevivido.

—Todas las unidades, la integridad estructural de nuestro objetivo ha sido violada. Repito: ¡la integridad estructural de nuestro objetivo ha sido violada! Hay una apertura. Esta es nuestra oportunidad. ¡Disparen con todas sus fuerzas y no fallen!

Los X-wing detuvieron las maniobras evasivas y volaron tras él hacia la instalación de contención. Una por una, arrojaron todas las bombas. Las explosiones sacudieron la instalación. Finalmente, la estructura no pudo resistir más. Con una estruendosa detonación que estremeció las montañas, el complejo se desplomó por completo. El fuego lo envolvió en su totalidad. El oscilador del núcleo planetario comenzó a implosionar.

El planeta se estremeció.

Las detonaciones llegaron al núcleo planetario, provocando rompimientos tectónicos en los continentes y cambios inmediatos en la superficie. Los árboles se mecían y se doblaban. Una franja completa del bosque había sido abatida. Una colosal hendidura se abrió en el suelo y se tragó casi todo. Se elevó una enorme nube de polvo. En unos cuantos segundos, Rey se encontró al borde de un precipicio. Ya no podía retroceder más.

Ren dirigió el sable de luz hacia ella.

—Podría matarte ahora mismo, pero creo que hay otra solución.

Rey masculló:

—¡Eres un monstruo!

—No. Necesitas a un maestro —agregó—. Yo puedo enseñarte el camino de la Fuerza.

—¿La Fuerza? —repitió. Parecía confundida y desesperada al mismo tiempo. Rey cerró los ojos por un momento y arremetió contra Ren otra vez, más furiosa que antes. Y, por primera vez, Kylo Ren se enfrentaba a un oponente que tenía más ira que él. O quizá lo que la impulsaba no era la ira. Quizás era otra emoción que él ya no reconocía. Fuera lo que fuera, lo derribó.

Ren se levantó trabajosamente y siguió defendiéndose, pero la fuerza del ataque de Rey fue mayor, tanto que logró desarmarlo.

Ren extendió una mano, llamando a la Fuerza para repeler sus ataques. Al principio, funcionó: Rey se vio rechazada por el férreo escudo de su voluntad, pero después la hoja de su sable de luz atravesó el rostro de Ren. Quemaba.

Él miró a la chica cuyo sable de luz se cernía sobre su pecho. Sintió cómo un escalofrío lo recorría por la frialdad de aquella mirada. Él, quien había estado tan dispuesto a matar, no estaba listo para morir. Kylo Ren tenía miedo.

La chica se alejó de él.

Ren la vio alejarse hacia el cuerpo tirado de FN-2187. Ella había tenido la oportunidad de matarlo, y aun así no lo hizo. ¿Acaso la chica creía que era más fuerte que él? O, peor aún, ¿sentía lástima por él?

La tierra se estremeció y se fracturó entre Ren y los dos jóvenes. Ella no volteó a mirarlo, pero él sí lo hizo, con desprecio. Mientras el planeta hacía erupción alrededor de ella, la chica se arrodilló para envolver el cuerpo de su amigo. Era tan tonta, ella podría morir ahí.

Kylo Ren no lo haría. Una nave aterrizó cerca, el general Hux y un grupo de soldados de asalto salieron de ella. Hux debió rastrear su ubicación a través del transmisor del cinturón de Ren.

Los soldados de asalto levantaron a Ren y lo llevaron a la nave. El general Hux, con aire petulante, caminó a su lado. Ren no le mostró al general ningún gesto de agradecimiento por haberlo rescatado. El hecho de que se hubiera molestado en hacerlo sólo significaba que el Líder Supremo se lo había ordenado.

Kylo Ren guardaría esa gratitud para su maestro.

El arma Starkiller no volvería a matar; el planeta estaba a punto de explotar.

El comunicador de Poe casi produce un cortocircuito ante los pitidos triunfantes de BB-8 y los gritos de alegría de sus compañeros de escuadrón. Poe también se les unió.

Estaba a punto de darle las instrucciones a BB-8 para que buscara a cualquier humano alrededor de la instalación, cuando la lectura de su escáner mostró un carguero corelliano que se elevaba de la superficie y que se identificó a sí mismo como el *Halcón Milenario*. El rugido de un wookiee a través del comunicador confirmó que el equipo de tierra había logrado escapar.

Poe giró su volante y llevó a los X-wings a través de la oscuridad y lejos, muy lejos, hacia las estrellas.

CAPÍTULO 21

UNOS GRITOS jubilosos resonaron a lo largo y ancho de D'Qar. La batalla había terminado. La base Starkiller había sido destruida. La Resistencia había ganado.

La general Leia Organa se retiró a su cuartel y lloró.

Un momento antes de que las holopantallas del centro de comando retransmitieran las detonaciones, sintió el más profundo e intenso de los dolores. Parecía como si su corazón se hubiera roto.

Su marido, Han, había muerto.

Aquellos que conocían a Leia consideraban que había sufrido demasiado, pero que siempre emergía de ese sufrimiento mucho más fuerte y sabia. Sin embargo, inmersa como se encontraba en el dolor que la aquejaba en ese momento, Leia no encontró fuerza. No encontró sabiduría. Sólo encontró angustia y vacío. Falló al evitar que su hijo sucumbiera ante la oscuridad de Darth Vader. Su marido estaba muerto. Y su hermano, perdido.

¿Acaso el dolor acabaría?

Ella dudó que eso sucediera, pero, si se rendía, ¿quién más desaparecería? ¿Cuántos hogares, maridos, hijos y hermanos desaparecerían como los suyos?

Leia no se consideraba fuerte ni sabia. Ella era, cuando mucho, persistente.

Encontró valor en esa persistencia y salió de su cuartel, dirigiéndose a la pista para felicitar a aquellos que regresaban del territorio enemigo.

C-3PO y BB-8 se unieron a Leia cuando el *Halcón Milenario* aterrizó. Una multitud se reunió detrás de ella al ser abierta la rampa del carguero, pero la celebración de todos enmudeció cuando Chewbacca bajó corriendo y cargando a Finn, quien se encontraba severamente herido. Un equipo médico lo asistió de inmediato.

El aplauso fue más fuerte y triunfante para la chica que apareció después. Ella bajó de la rampa y caminó hacia Leia, quien tomó su cara entre sus manos y después la abrazó, compartiendo las lágrimas de la chica.

Poe se dirigió hacia el salón de estrategia, llevando consigo a BB-8. Una multitud de comandos y oficiales de alto rango estaban ahí reunidos, junto con la chica de Jakku, la general Organa y su droide de protocolo. Se reunieron ahí para discutir el aún desconocido paradero de Luke Skywalker.

Poe inició la conversación.

—Kylo Ren me dijo que el segmento que posee BB-8 es la última pieza del mapa que indica el camino hacia la ubicación de Skywalker. Entonces, ¿en dónde está el resto?

La chica intervino en la conversación.

—La Primera Orden lo tiene. Lo extrajeron de los archivos imperiales.

Poe parpadeó, sorprendido.

—¿El Imperio?

—Tiene sentido —dijo el almirante Statura—. El Imperio rastreó los primeros templos jedi. Cuando destruyeron todos los santuarios, debieron obtener una gran cantidad de información.

Poe no tenía nada que decir. Su mirada se desvió de Statura hacia una luz que se había encendido en la parte trasera del salón. Aparentemente olvidado entre un montón de equipo que ya no se usaba, se encontraba un droide astromecánico de clase R2.

—Seguimos en guerra con la Primera Orden, una guerra que no terminará hasta que ella o la Resistencia sean destruidas —agregó la general Organa—. La próxima vez, si no contamos con Luke, no tendremos oportunidad alguna.

La antigua unidad R2 rodó hacia el grupo y profirió una serie de pitidos tan sonoros como los que producía BB-8.

—R2, ¿qué pasa? —preguntó C-3PO, extrañamente emocionado—. No te había visto tan funcional desde... ¡cálmate! Me estás sobrecargando de información.

La unidad R2 no se calmó, silbaba y pitaba como si su electrónica existencia dependiera de eso.

—¿Qué está diciendo? —preguntó la general Organa. C-3PO comenzó a traducir.

—Dice que si la información que ustedes buscan estuvo en los archivos imperiales, es posible que él la tenga en su memoria. Ya se encuentra buscando en sus registros.

La general se asombró ante lo que dijo el droide astromecánico.

—¿R2 tiene el resto del mapa?

—Ciertamente está considerando esa posibilidad —dijo C-3PO con una voz estridente—. Nunca antes lo había escuchado sonar con este nivel de energía.

R2-D2 hizo un sonido de risa, y después proyectó el holograma desde su lente. Ante ellos flotaba un enorme mapa galáctico, aún más grande y más detallado que el que obtuvieron de Lor San Tekka. Sin embargo, como en la ocasión anterior, una parte del mapa estaba en blanco; seguía faltando información.

BB-8 silbó y empujó a Poe.

—Sí, amiguito, espera —dijo Poe—. Yo lo tengo.

Poe tomó el peculiar objeto que Lor San Tekka le entregó y que la Resistencia le devolvió. Lo insertó en el puerto de información de BB-8. El droide permaneció quieto por un momento, mientras leía sus contenidos. Después, BB-8 proyectó su propio mapa celeste. Una vez que sus proporciones se ajustaron, el mapa pequeño embonó en el espacio que faltaba en el mapa más grande.

C-3PO celebró.

—¡Por todas las estrellas! ¡Ahí está! ¡R2, lo lograste!

Una respuesta menos emocionada, pero más conmovedora, vino de la general Organa.

—Luke...

El nombre electrizó al salón. Oficiales que nunca antes habían demostrado emoción alguna se abrazaron. Poe hizo una reflexión: una vez más, las pequeñas victorias contribuyeron a algo mucho mayor.

La chica de Jakku estaba a su lado; Poe, al no saber si debía abrazar a alguien que apenas conocía, se presentó.

—Mmm, hola, soy Poe.

—Así que tú eres Poe —dijo—. Poe Dameron, el piloto X-wing. Yo soy Rey.

—Lo sé —asintió Poe—. Mucho gusto.

Los dos intercambiaron sonrisas. Poe tenía la sensación de que sus caminos pronto se volverían a cruzar.

Rey quería despedirse de Finn antes de salir a su misión, aun cuando sabía que no la escucharía. Él permanecía en coma en la base del centro médico; lo mantenían con soporte vital.

La doctora Kalonia, la misma que atendió a Chewbacca, le aseguró a Rey que su amigo estaría bien. Pero eso se lo había dicho días atrás, y la condición de Finn seguía siendo la misma.

Rey estuvo con Finn por horas y horas. Cuando llegó el momento de partir, se inclinó sobre la cápsula de recuperación y le dio un beso en la mejilla.

—Nos volveremos a ver. Estoy segura de eso. Gracias, mi amigo.

Rey se dirigió a la estancia con R2-D2. Leia la esperaba cerca de la rampa de abordaje. Ella ajustó a la chica la nueva chaqueta de pilotaje que llevaba puesta.

—Me siento orgullosa de ti por lo que estás a punto de hacer.

Rey miró a Leia a los ojos y vio algo más que orgullo.

—Pero también estás asustada. Al enviarme lejos, tu... recuerdas...

Leia soltó la chaqueta de la chica.

—Tú no compartirás el destino de nuestro hijo.

Rey miró hacia el *Halcón*. Chewbacca estaba a punto de terminar con la revisión exterior de la nave.

—Sé que lo que estamos haciendo está bien —dijo Rey—. Así es como debe ser. Así es como tiene que ser.

—Yo también lo sé —aseguró Leia—. Que la Fuerza te acompañe. —Dio unos pasos atrás y sonrió mientras Rey abordaba.

Rey tomó el asiento del piloto, que era donde Chewbacca le pidió que se sentara. A pesar de lo viejo del acolchonado, se sentía cómoda en él.

Chewbacca le alborotó el cabello y se sentó en el asiento del copiloto. R2-D2 rodó detrás de ellos y silbó.

Rey se volvió a familiarizar con los controles, los calibradores y las lecturas. No tuvo que preocuparse por el compresor ni por bombear la línea de combustible. Chewbacca le había quitado a la nave todo aquello que Unkar Plutt le había instalado.

Ella encendió los repulsores, elevando el carguero de la pista. Cuando los motores estuvieron listos, respiró profundamente y despegó el *Halcón Milenario* rumbo a un planeta que no había figurado en los mapas celestes... hasta ese momento.

EPÍLOGO

HUBO UNA VEZ una mística orden de Caballeros Jedi, quienes eran los guardianes de la paz y de la justicia en la galaxia. Muchos fueron los héroes que estuvieron en sus filas. Héroes conocidos por los nombres de Obi-Wan Kenobi, Yoda y Anakin Skywalker. Pero igual que la República que defendían, los Jedi fueron traicionados desde dentro. Su orden se extinguió y, a pesar del gran esfuerzo que se realizó décadas más tarde para reavivarla, la nueva flama no se encendía. Los Jedi se extinguieron casi por completo.

Hubo una vez una chica que se hacía llamar Rey. Ella vivió sola durante muchos años, hasta que conoció el valor de la familia y de los amigos. Con dos de esos amigos pilotó una nave espacial hacia un planeta lejano y aterrizó en una isla rodeada por un océano azul verdoso. Unas escaleras de piedra, talladas en la montaña de la isla, la llevaron a un claro. Ahí la esperaba el ermitaño a quien había ido a buscar.

Hubo una vez un hombre que recibió al nacer el nombre de Luke Skywalker. Nadie lo había llamado por ese nombre en mucho, mucho tiempo. Vivía solo, habitaba aquella pacífica isla de un planeta perdido. Él le permitió a la chica contemplarlo antes de quitarse la capa. Su vestimenta era simple; su cabello, blanco. Una barba lo separaba de su juventud, al igual que la lejanía de aquel planeta lo separaba de su pasado. Pero ahora había sido encontrado.

Hubo una vez un sable de luz que pasó de mano en mano. Su hoja era de color azul. La chica a quien le pertenecía ahora se lo extendió al hombre al que le perteneció alguna vez. Él la miró a ella y después miró la empuñadura que tenía en su mano, como si se tratara de un recuerdo que quisiera olvidar.

Hubo una vez un gran conocimiento acerca de la Fuerza, un campo de energía creado por todas las cosas vivas, que mantenía unida a la galaxia. La Fuerza fue lo que dotó a los Jedi de poder. Les permitió lograr grandes hazañas físicas y mentales, y convertir lo ordinario en extraordinario. Sin embargo, cuando los Jedi fueron cazados y destruidos, el conocimiento de la Fuerza pareció morir con ellos. Muchos años después, individuos sensibles a la Fuerza no tuvieron ni la instrucción ni el conocimiento para evocarla adecuadamente. Su verdadero poder permanecía dormido en sus vidas, era un potencial que nunca había sido despertado. Con el tiempo, las escasas pruebas de su existencia hicieron que algunos creyeran que la Fuerza nunca existió.

Sin embargo, dentro de la chica, del hombre y del sable de luz que sostuvieron, la Fuerza despertó nuevamente.

SOBRE EL AUTOR

MICHAEL KOGGE es el autor de *Empire of the Wolf*, una novela gráfica protagonizada por hombres lobo en la Roma antigua, así como de la serie de libros de *Star Wars Rebels*. En la red, www.MichaelKogge.com es su sede, mientras que su domicilio real está en Los Ángeles.